

Los hijos de Mónica Amdur

IV WEST



Erina Alcalá

EA

CUATRILOGÍA
LOS HIJOS DE MÓNICA AMDER

IV. WEST

ERINA ALCALÁ

**En un beso,
Sabrás todo lo que he callado.**

(Pablo Neruda)

CAPÍTULO UNO

La madre de West Amder, Mónica Amder, siempre estuvo enamorada de su padre, West Amder desde el día que entró al rancho de su madre en Dubois, Wyoming, y ella lo contrató como cocinero. West, se llamaba como su padre.

Su padre había estado cuatro años antes en Nueva York, de joven, estudiando varios cursos de cocina, aprendió y obtuvo su título ser chef y su sueño era montar su propio restaurante en Manhattan.

Era oriundo de Montana. Su abuelo murió y su padre y su tía vendieron el rancho que tenían repartiéndose el dinero. Y su padre tomó rumbo de nuevo a la gran manzana a montar su restaurante. Se había enfadado con su hermana porque no quería que se vendiera el rancho familiar, pero su hermana le dijo que si él se iba, ella no podía hacerse cargo del mismo y quiso venderlo. Así que no les quedó más remedio que venderlo. Y se repartieron el dinero.

Pero al llegar a Cheyenne, Wyoming, cansado y enfadado, su padre vio el anuncio en el que se necesitaba cocinero en un rancho y por un impulso decidió ir a ver. Y vio a su madre y fue un flechazo. Y se quedó allí, enamorado de su madre.

Su madre, Mónica Ponce, había nacido en Málaga, España, de padre malagueño y madre americana, cuyo abuelo, el bisabuelo de John, tenía un rancho en Dubois, un pueblo del estado de Wyoming y cuando este murió, los padres de su madre tuvieron que irse desde Málaga a hacerse cargo del rancho. Y su abuelo lo hizo próspero. Su abuela murió años después y su madre se quedó sola con su abuelo en el rancho y allí creció.

Sin embargo, la noche de la fiesta de graduación del instituto, su madre se acostó con un chico que le gustaba del rancho de al lado y concibió a su hermano mayor Alex, dejándole el apellido Ponce cuando nació.

Sin saberlo, su abuelo, el padre de su madre quiso que su madre Mónica, estudiara en la universidad de Málaga y así estar con sus abuelos paternos.

Y allí nació Alex, en España, su hermano mayor al que su madre le puso su apellido y nunca, ni su abuelo, ni su padre supieron de él hasta que su madre, regresó al rancho seis años después.

Sin embargo, el padre de su hermano Alex, tenía una novia, desde el instituto y se casó con ella y se fue a vivir a California, porque estaba embarazada y eligió entre su madre y su hermano y su novia, y su madre se quedó sola con su hijo en el rancho.

Cuando su madre llegó al rancho con su hermano Alex con casi seis años, su abuelo murió y ella tuvo que reformar el rancho que estaba hecho una pena. Contrató a trabajadores y se enamoró del cocinero, un chico de Montana, su padre West y al que su hermano Alex quiso más que a su propio padre que no fue a verlo nunca más, salvo llamarlo por teléfono y mandarle dinero mensualmente.

No lo volvió a ver hasta los 17 años. Sin embargo, su hermano mayor, si iba al rancho de al lado de pequeño y hasta los 17, con sus abuelos, los padres de su padre que lo querían mucho.

Su padre nunca le puso el apellido y su madre no quiso que West, su padre, le pusiera el suyo, para no hacer daño a su verdadero padre Nolan, y pasó a llamarse Alex Ponce, el apellido de su madre que siempre tuvo y no quiso cambiarlo.

Su madre, se casó con su padre West y tuvo dos gemelos, su hermano John y él mismo. Por eso, ellos se llamaban Amder Ponce, dos apellidos porque su madre decía que en España se tenían los

apellidos, el del padre y de la madre. Y para que los uniera al menos el suyo a todos sus hijos.

Cuando su hermano Alex acabó el instituto, él y su hermano gemelo, tenían diez años y leves recuerdos del rancho, su madre, vendió su rancho y se fueron todos a Nueva York. Su madre les dijo que iban a cumplir el sueño de su padre West de montar un restaurante o una cafetería.

Él, nunca había visto una pareja que se amara más que sus padres. Siempre se lo decía a su madre, conforme crecía, que quería un amor como el de ellos y una mujer como su madre, que se amaban tanto.

El no veía que discutieran sino por tonterías y su padre cogía a su madre en alto y se le quitaba el enfado, y siempre estaba cogiéndola y besándola y ella a su padre igual.

Siendo ellos pequeños, participaban en esos juegos. En la adolescencia, le parecían pesados, pero después, eran una envidia para todo el mundo. Eran su media naranja, el amor de su vida cada uno.

Cuando se fueron a Nueva York, compraron un apartamento enorme y precioso y sus padres montaron una cafetería justo en el bajo del apartamento. Compraron el local y lo diseñaron.

El edificio tenía gimnasio y piscina. Y su madre siempre era la madre generosa que no quería que le faltara nada a sus hijos, y su padre era más recto y lo respetaban y querían y West, se emocionaba a veces con sus hijos, sin disimular nada. Tan solo quería que sus hijos fueran honrados, trabajadores y buenas personas.

Justo el año que se cambiaron a Nueva York, Alex su hermano mayor, recibió una beca para estudiar en Harvard. Había solicitado Derecho y allí, conoció al amor de su vida, su cuñada Sofía, de Marbella, como su madre y su abuelo. Sus padres murieron en un accidente y Sofía tuvo que irse de nuevo a España, pero volvió a por su hermano años más tarde y desde entonces eran otra de las parejas más felices que conocía.

Ella trabajaba como criminalista en el FBI y su hermano era abogado de derecho laboral y financiero. Y tenían ya dos hijos, Ana y Alex. Y sus padres estaban encantados.

West también había estudiado en Harvard, con su hermano gemelo, pero mientras él hacía arquitectura, su hermano John, siempre quiso ser agente del FBI y estudió criminología y un master de dos años. Todos sus hermanos lo hicieron.

Al terminar, tenía 24 años y en unos meses encontró trabajo en un estudio importante de arquitectura en Manhattan y se independizó.

Sus padres le regalaron un apartamento amueblado y decorado, como a su hermano Alex y como casi un año después harían con su gemelo John, ya que éste quiso quedarse a estudiar en casa hasta entrar en el FBI y aprobar los exámenes y se comprara otro en su mismo edificio.

El apartamento era de tres dormitorios y un despacho, precioso y completo con mesa de diseñar y todo lo necesario para trabajar en casa. Se compró un coche y se levantaba temprano, hacía ejercicio en el gym de su edificio y nadaba todas las mañanas. Tenía un cuerpo perfecto. No en vano eran tipos altos, de uno noventa, como su padre, morenos y de ojos negros y profundos, con cuerpos de dioses.

Tuvo suerte de entrar en ese estudio de arquitectura y con los años se hizo un buen nombre. Tenía encargos de gran envergadura a pesar de ser joven.

Era demasiado perfeccionista y trabajador. Se pasaba por las obras y miraba todo al milímetro. Todo debía salir bien. Tenía su propio despacho inmenso para él solo.

Iba todos los fines de semana a ver a sus padres, o a comer a la cafetería los sábados, y salía a veces con su hermano John, que vivía en su mismo edificio y que ya llevaba unos años en el FBI. Salían con chicas y las llevaban a casa, pero mientras John era más mujeriego e independiente y extrovertido y no quería líos con ninguna mujer. Él era distinto, se parecía más a su padre en ese

sentido. No le satisfacía salir una noche con una y al fin de semana siguiente con otra y la vida loca que llevaba su hermano John. Así que a veces no salía con él.

Tuvo un par de relaciones, más bien cortas porque era tan perfeccionista en el trabajo como lo era en las relaciones. Era serio y crítico. Era más introvertido que su gemelo.

Sin embargo era feliz, con su trabajo, su casa y su vida tranquila y como quería llevarla.

Pero todo eso cambió el día que cumplió 31 años. En septiembre, a su vuelta de vacaciones.

Blanca Prieto, era una chica bajita, preciosa, extrovertida. Tenía un pelo largo y moreno por la cintura, liso y unos ojos verdes, que enamoraban. Era una chica graciosa con una sonrisa que derretía un iceberg, tan pequeña como una muñequita...

Hablaba con todo el mundo, ya fuera en el autobús o con algún extranjero que preguntaba por algún lugar. Sabía inglés a la perfección y algo de italiano y alemán. Era una chica feliz por naturaleza. Vivía aún en casa de sus padres. Sin embargo, su hermana Luz, ya se había casado y divorciado y ahora vivía con un policía local de Sevilla.

A su hermana le duro el noviazgo once años y el matrimonio dos, pero ahora estaba feliz.

Su madre, cuando tuvo a su hija Luz, no quiso tener más hijos, porque tuvo una cesárea que fue horrible y sabía con certeza, que, si tenía otro hijo, también le iban a hacer otra cesárea, pero su hermana Luz insistió tanto que tuvieron otro y fue Blanca la que nació, también por cesárea.

Una niña radiante. Y siempre se llevaron bien las dos hermanas a pesar de la diferencia de edad, casi nueve años. Tan solo discutían cuando una se quitaba la ropa a otra, sin permiso.

Sus padres eran los dos funcionarios. Su padre era ingeniero y su madre, profesora de literatura y le encantaba escribir.

Era una romántica empedernida y Blanca a pesar de su coraza extrovertida, las dos hijas le salieron románticas. Su padre era más racional, pero amaba a sus hijas por encima de todas las cosas. Cada vez que abrían la boca, allí estaba el padre a ayudarle. Y la madre, Carmen, disfrutaba comprándoles ropa, aunque tuviesen que ir a descambiarla, pero disfrutaba con ello.

Le encantaba la Navidad y ponía un Belén todas las Navidades y un árbol que eran envidiados.

En la mesa no le cabían a su madre más figuras, porque era una enamorada de la Navidad y a sus hijas les pasó el amor por esas fiestas. Entre otras cosas.

Vivían en una gran casa en Triana con un gran patio de flores que era otra de las cosas de las que su madre estaba enamorada. Decía que era su rincón de oxígeno.

Su hermana Luz era ingeniera como su padre, sin embargo, Blanca, quiso hacer arquitectura. Carrera que terminó con casi 23 años máster incluido.

Y estuvo un año trabajando en un estudio de arquitectura americano, que había conseguido un concurso para hacer unas grandes obras en el puerto de Sevilla.

Cuando llevaba un año y había cumplido los 24 años, su jefe le propuso ir a Manhattan y trabajar allí y a cambio se traería un especialista en puertos de Manhattan. A ella no querían despedirla porque era innovadora y tenía ideas buenas, pero les sería más útil allí, además hablaba dos idiomas y se defendía en otros dos.

Cuando se lo propusieron, fue la chica más feliz del mundo. Era joven, era independiente y estaba más feliz que en toda su vida.

Ahora había que convencer a sus padres de que la dejaran irse, aunque ya tenía 24 años.

Tras muchas conversaciones, los padres no tuvieron más remedio que ceder, pero el nido se quedaba vacío ya que ella vivía en casa aún. Estaba ahorrando para irse a vivir a un piso pequeño, pero ese dinero lo tenía guardado, unos 20.000 euros.

En España ganaba 1.600 euros, pero en Manhattan iba a ganar unos 8.000 dólares, claro que la vida era más cara.

Aun así, sus padres, le dieron 20.000 euros a cada hija, para no hacer distinciones. Eran pudientes y ahora una lo necesitaba y la otra no iba a ser menos.

Así que, tras las vacaciones de agosto, debía empezar a trabajar, en septiembre en Manhattan.

Y tenía todos los datos a final de julio cuando tomó sus vacaciones, de dónde estaba la empresa el nombre, el mismo, la dirección...

Y pensó irse en agosto, el mes que tenía vacaciones para alquilar un apartamento y tener todo listo para trabajar en septiembre.

Así que sacó pasaporte, un par de maletas, los euros cambiados a dólares y un apartamento en Manhattan vacacional a través de Airbnb por una semana, esperaba encontrar un apartamento pequeño cerca del trabajo que fuera una buena zona. Llevaba su contrato de trabajo, porque estaba ya en plantilla, solo que le debían modificar el traslado y la nómina. Y asignarle trabajo. Le dieron una serie de trabajos que ahora se estaban realizando en la empresa para que les echara un vistazo. No obstante, el jefe de allí ya le asignaría un compañero o un trabajo individual.

Y el cinco de agosto, con unos nervios a flor de piel tomaba el avión rumbo a la gran manzana. Su madre se quedó emocionada llorando, que la llamara cuando llegara que tuviese cuidado, que no hablara con todo el mundo como aquí. Y su padre se decía a la madre que ya era mayor.

Cuando Blanca, llegó a Nueva York horas después, tomó un taxi y le dijo la dirección al taxista. Este la dejó en un edificio en Manhattan, sacó las maletas y le dio al portero su papel impreso que le daba acceso al apartamento y este le dio la llave del apartamento. Así habían quedado.

Era un apartamento, pequeño de un dormitorio solamente. Estaba bien, pero era enano y tuvo que hacerse a la idea de que allí no iba a encontrar algo mucho más grande con su sueldo... Ya vería al día siguiente cuando encontrara una inmobiliaria. De momento iba a darse una ducha en el único baño que había y saldría a tomar algo. Luego dormiría hasta el día siguiente.

Ni siquiera había deshecho las maletas. Cuando despertó al día siguiente, salió a desayunar y mirar por la zona. Una vez que desayunó, buscó en el plano la ubicación de la empresa y tras andar casi una hora la encontró. Estaba bien lejos de su apartamento, a la vuelta iría en taxi, pero al menos le gustó el sitio, era un lugar de negocios y había restaurantes. Había pasado un centro comercial un supermercado, cafeterías, y algunos lugares de copas. Le gustaba la zona.

Entró en uno de los edificios y le preguntó al portero si conocía alguna inmobiliaria por la zona. Estaba buscando apartamento.

Este le preguntó que qué buscaba y ella le dijo que un apartamento pequeño.

Le dijo que esperara e hizo una llamada telefónica. Si esperaba, en un cuarto de hora había un agente allí.

Y mientras, se quedó hablando con el portero, se enteró de si la zona era buena, tranquila, si era cara, y sí supo que estaba muy bien vivir allí en esa avenida, se enteró de que había de todo y aunque no estaba en pleno centro, era una zona tranquila.

Cuando llegó el agente, el portero se lo presentó.

Y ella le dijo que estaba en un apartamento vacacional, le indicó su empresa con la mano, porque estaba justo al lado y el agente le dijo que en se mismo edificio donde estaban podía tener algo para ella casi perfecto. Blanca le dijo:

—Quiero dos dormitorios. Bueno uno y un despacho amplio, soy arquitecta y necesito un despacho grande para meter una mesa de diseño y despacho.

—Bueno, vamos ver... ¿Tiene coche?

—No de momento.

—Bueno, cuando tenga, si lo alquila, puede alquilar plaza de garaje también. Me llama y lo

solucionamos. Tenga mi tarjeta.

—De momento no tengo interés. Puedo ir en bus a todos lados.

—Está bien, vamos a ver... Tengo dos en este edificio.

Y se los enseñó.

—Este es uno, planta 15. Da a la avenida y tiene dos dormitorios concepto abierto, se puede quitar un dormitorio. Tiene un baño en el principal y un buen vestidor, y el otro dormitorio es grande también con aseo fuera. El resto lo que ve, este pequeño armario es el cuarto de lavadora y limpieza y el resto, el salón y la cocina y comedor para dos.

—No está mal, pero los muebles y la pintura...

—Sí, el otro es a estrenar, ahora se lo enseñó. Este así tan cual, cuesta 3000 más 500 de comunidad, hay piscina y gym en los sótanos. Es gratis.

—¡Qué bien!

—Vamos al otro, planta 18. También da a la avenida. Está recién reformado. El despacho no tiene muebles. Lo dejaron así, pero el resto es a estrenar, muebles cortinas, cama, todo, hasta los utensilios de cocina. Los suelos...

A ella le encantó.

—Tiene dos vestidores a los lados y dentro el baño, con bañera y ducha. Y una cama extra, y me encanta esta cómoda alta y enorme de cajoncitos. Y los colores.

—Sí, el dormitorio es muy grande y el aseo del salón, pequeño.

—No necesito más. Y el salón y la cocina me encantan. Son ideales.

—Sí, este es más pequeño tiene 70 metros cuadrados, pero le faltan los muebles del despacho, pero da a la avenida. Es maravilloso.

—Y grande para mí —y ella ya ubicó el despacho.

—Y está recién pintado y limpio y mesa de comedor para cuatro, aunque sea pequeña, dos sofás y mesita en la entrada.

—Me gustan todas las lámparas. ¿Y qué cuesta este?

—Igual que el otro.

—¿Y eso por qué?

—Tiene 10 metros cuadrados menos. Y una habitación sin muebles.

—No noto la diferencia de metros. Me quedo con este, si tiene el mismo precio.

—Sí, señorita.

—¿Y cuándo puedo entrar? aunque tengo un apartamento vacacional pagado por una semana.

—No importa, si nos da la fianza, paga la parte correspondiente de este mes sin la semana que tiene pagada y puede entrar ya.

—¿En serio?

—Sí, y ya empieza a pagar en septiembre el mes entero.

—Estupendo.

—Necesito estos datos —Le dio una lista a Blanca. Y ella los miró.

—Los traigo en el bolso.

—Entonces hacemos ya el contrato.

—Claro.

—Pues vamos hacerlo. Se sentaron y ella firmó y le hizo una transferencia y le dio la cuenta para las domiciliaciones de todo, luz, agua comunidad, internet. Todo.

—Aquí tiene sus llaves, las de la entrada y las del buzón. En septiembre le pasarán la siguiente y la diferencia de los gastos.

—Sí, gracias, estupendo.

Y se quedó en su apartamento. Mirándolo todo. Tenía ropa de todo y estaba súper limpio, ni una gota de polvo y tres cerraduras de seguridad.

Iba a ir a su apartamento, llamar a ver si le devolvían el dinero, si se lo devolvían bien si no, ya se lo habían descontado, pero si podía... Tenía que comprar comida, limpieza y el despacho entero. Solo tenía el pc, y era una gran lista.

Tuvo suerte, le devolvieron 200 dólares, al menos para la compra tenía.

Tomó un taxi, las maletas de nuevo y el bolso y le dejó las llaves al portero con una firma de que se iba.

Lo primero que hizo, cuando llegó a su nuevo apartamento, fue llamar casa, mandarles fotos del apartamento y sus padres estaban encantados y ella más porque iba a tener libres si gastaba poco, unos 2500 a 3000 dólares si descontaba gastos. Era una buena suma. E iba a ahorrar. Si podía más aún.

CAPÍTULO DOS

Cinco días después, tenía su apartamento listo. Había puesto un despacho de dulce, completo como un profesional. Con sus dos mesas que daban a la ventana, la de despacho y la de diseñar, sus sillas, armarios y fax e impresora, materiales que no le faltaba de nada.

Tenía su frigorífico lleno y le quedaban 15 días para entrar al trabajo. Así que iba a descansar que eran sus vacaciones, leer y ver los trabajos por internet que estaba realizando y que le había dicho el jefe que llevaban en Nueva York.

Iba por las mañanas a la piscina y hacia bicicleta en el gym, después salía a desayunar e iba casi todos los días a ver algo importante de la ciudad, luego comía algo por ahí y las tardes se daba una ducha y se quedaba dormida y cansada en el sofá.

Por las tardes leía algo o veía la tele y así pasaron las dos semanas en las que ella ya controlaba toda la zona, el autobús para ir al parque... Y era feliz, pero estaba deseando entrar al trabajo y conocer a los compañeros. Y socializar un poco. Porque solo hablaba con su hermana, sus padres, sus amigas y el portero. O algunas personas conocidas de la piscina.

El uno de septiembre entraba por la puerta de su empresa a las siete de la mañana. Su horario era de siete a tres o cuatro, dependía, incluso a veces, le dijeron en recursos humanos que si tenía que ir a la obra más horas, pero fichaban y se las pagaban aparte. A ella le pareció perfecto.

Después pasó por el despacho del director, al que saludó y estaba al tanto de que venía de España y se incorporaba en Manhattan.

—¡Hola Blanca! Qué tal, le dijo el director, el señor Velasco, un señor alto de unos 50 años en un gran despacho amplio al que le hicieron pasar.

—¡Hola, señor Velasco! —Saludó ella pensando que tenía ascendencia latina al menos por el apellido y los rasgos.

—Pase y siéntese un momento, tenemos que hablar.

—Sí señor.

—Sé que has trabajado en España en equipo, en nuestras oficinas de Sevilla.

—Sí, señor. Así es.

—¿Nunca has hecho ningún trabajo sola?

—No, ninguno en el año que trabajé allí. Eran trabajos demasiado enormes.

—Pero serías capaz...

—Por supuesto.

—Muy bien, si no tienes coche aún, en el garaje tenemos coches de la empresa.

—¡Ah bien, gracias!

—¿Tienes carnet?

—Sí, por supuesto. Pero aún no me ha dado tiempo de comprar uno. —Mintió ella y sabía que debía comprarse uno lo antes posible.

—Bien, aunque a veces hagas trabajos en solitario tendrás también que realizar algunos en equipo. Para empezar, te he asignado a uno de nuestros mejores arquitectos, West Amder, con él aprenderás mucho, lleva ya unos años con nosotros y es de los mejores que tenemos, por eso, te he asignado el mismo despacho y te he preparado tus mesas. Es el despacho más grande, pero allí estaréis los dos bien. De momento vas a trabajar con él en un pedido de unas casas victorianas en Nueva Jersey. Está a una hora y media de aquí, pero son un grupo de casas. 50, en una

urbanización que vamos a restaurar. Por si no lo sabes está a casi dos horas de aquí, pero irás con West a diario y quiero planos y cambios en las casas. Es una urbanización entera y vieja y la vamos a modernizar, incluso le voy a hacer un parque, asfaltar y ajardinar las entradas y los patios. Vamos a dejarlas como nuevas. Tienen tres dormitorios y dos baños arriba, y vamos a modificar la estructura.

Toda la información la tienes en tu mesa. Voy a presentarte a West, seguro está viendo los planos, o leyendo toda la información y quiero que entre los dos unáis vuestras ideas y me las presentéis en un par de semanas a lo sumo. Tendréis que ir allí, las llaves están en vuestra oficina, de todas las casas señalizadas y el plano de la finca.

—¿Te gusta?

—Me encanta la idea.

—Muy bien, creo que trabajaremos bien juntos.

—Vamos a ver a West y te lo presento.

Y entró taconeando con su falda por media pierna y su camisa preciosa y con dos botones desabrochados.

Y cuando entró a su despacho, le encantó. Lo primero que vio, fueron dos espacios definidos, iguales. Uno ocupado ya por un hombre moreno y gigante, de ojos negros penetrantes y guapo como él solo, con un cuerpo de mírame y no me toques, pero a ella le dio ganas de tocarlo entero.

Cundo se levantó para saludarla, se sintió una hormiga, incluso con los tacones altos, apenas le llegaba por los hombros.

—¡Hola West! —Dijo el señor Velasco

—¡Hola señor Velasco!

—Habrás visto que hemos doblado tu despacho.

—Sí, lo he visto esta mañana, al llegar.

—Vas a tener una compañera, a veces, otras trabajareis independientemente, pero este trabajo quiero que lo hagáis juntos, son 50 casas. Es Blanca Prieto y viene de España y recomendada por mi socio de Sevilla, donde estamos haciendo el trabajo del puerto.

Y West le dio la mano grande y ella metió su manita en la de aquél hombre y sintió calor recorriéndole el brazo hacia arriba, y se puso colorada, lo que no le pasó desapercibido a West.

—Ya que os he presentado, podéis estudiar el proyecto, juntos y mañana ir a allí y ver la zona y la urbanización in situ. ¿Os parece bien?

—Sí, por supuesto, dijeron ambos,

—Bueno, tú ya sabes cómo va esto West, si tienes que explicarle algo a Blanca, la ayudas.

Pero West estaba acostumbrado a trabajar solo y le había jodido llegar de vacaciones y encontrarse su gran despacho con otro igual a éste, pero la empresa no era suya y había que obedecer.

Cuando vio a esa pequeña hormiga, tuvo ganas de aplastarla. Aunque era una mujer guapa, no le gustó nada, nada de nada. No y como la mujer que no era su tipo, sino que no le gustó la forma de vestir, no quería distracciones, la falda demasiado corta y la blusa demasiado escotada, pintada y con el pelo suelto, y un perfume fresco y deseable.

Y cuando fue a sentarse Blanca a su sillón, West le dijo con desdén:

—Espero que no vayas así vestida mañana a la urbanización.

—No, iré vestida de noche. —Le soltó con una gran sonrisa que él se la hubiese quitado de la cara.

—Bueno, tú me dirás cómo trabajamos, siento haber ocupado tu espacio, pero aquí soy una arquitecta como tú. Espero que sepas llevarlo bien —Le dijo Blanca que no se cortaba un pelo.

Y West apretó la mandíbula.

—Mejor nos llevamos bien West. Estaremos años de compañeros. Siento que ahora no trabajes solo, pero alguna vez tendremos un respiro los dos.

—Aún no te he dicho nada.

—Está bien. ¿A qué hora vamos mañana?

—A las siete cuando entremos nos llevamos los planos y vamos en una de las camionetas de la empresa.

—Perfecto, porque aún no tengo coche.

—Y miramos hoy los planos de las casas.

—Si quieres...

Y ella se llevó su sillón a la mesa de West.

Este estaba anonadado, esa pequeña era un ciclón. Olía mejor que bien, pero no la quería.

—Miramos primero las casas cómo son y qué le podemos hacer —Dijo Blanca.

—Como mande la señorita —Y ella le sonrió cerca, mientras él miraba dentro de su blusa un sujetador negro de encaje, que cómo se acercara demasiado podría verle hasta los pezones, ¡joder!

—La urbanización es a lo largo, con casas a un lado y a otro y una carretera, que ya no es tal en el centro, 25 casas a cada lado. Hay dos clases de casas, una a la izquierda y otra a la derecha de distinto tamaño.

—A ver —dijo ella cercándose más sin ser consciente de ello.

—Eso es... Es una urbanización enorme.

—El patio es grande, vamos a poner piscina.

—¿Les vamos a poner una piscina a todas?

—Al final del patio.

—O unos metros antes, me parece mejor a mi —dijo Blanca.

—Sí, será mejor como tú dices.

—Y le podemos poner una pequeña cascada con piedras —dibujaba ella mientras hacían el patio, con flores alrededor —La piscina podemos cerrarla por si haya niños.

—Bien pensado, patio y césped —Dijo West.

—Sí, tres partes el patio, con un lavadero, cuarto de limpieza y aquí una pequeña estancia para los utensilios de la piscina, y este hueco un aseo que dé al salón. Pequeño y suficiente.

—Eso mismo he pensado yo.

—¿En el salón tiramos paredes y dejamos concepto abierto?

—Por supuesto, si no, nadie las comprará —Decía West. Al parecer tenían la misma idea.

—¿Esto es un muro de carga? Estas casas victorianas están muy compartimentadas y los sótanos dan miedo. —Y fue la primera vez que vio sonreír a ese gigante guapo.

—Sí, exacto.

—Pondremos una viga, que sujete la parte alta.

—Sí señorita.

—Todo abierto, si quitamos estas paredes, cocina, una pequeña despensa. ¿Tiene sótanos?

—Sí señorita, todas las casas.

—Llámame Blanca.

—Es esa puerta de la cocina.

—El garaje.

—El garaje Blanca es de dos plazas y es independiente.

—Mejor.

- ¿Mejor por qué?
- Por los humos, a mí me gustan independientes, ¿Y a ti?
- Pero se puede entrar directamente por la casa.
- Yo los prefiero independientes por seguridad.
- Tendremos que echarlo a suertes.
- Está bien, ya veremos.

Diseñaron la parte de abajo, la cocina con isla, y las escaleras, un despacho que daba a unos de los ventanales de la calle, la parte de arriba con una suite y otras dos habitaciones con armario empotrado y otro baño para compartir. No había más espacio.

- Es mejor independiente el baño, que no dé a ninguna de las habitaciones.
- En eso estamos de acuerdo. Es un ahorro de puertas.
- Además es doble.
- Nos queda el sótano.
- Cuarto de caldera, y eléctrico, un baño con ducha pequeño. Y un gran salón familiar, parte para juegos, parte para ver la tele. —Dijo West.
- Podemos hacer sótanos diferentes... —apuntó Blanca.
- Como por ejemplo...
- Ese que tú dices West uno. Otro igual pero una zona de juegos para niños.
- ¿Y la otra?
- La otra una habitación de invitados con un pequeño saloncito y su baño.
- No estaría mal.
- Sí, así no serían todos iguales. Si luego se decoran diferentes...
- Tienes buenas ideas pequeña.
- Gracias. Cuando terminemos las casas, veremos el paisajismo y el parque. Hay que verlo allí.

- Me parece estupendo.
- ¿Te caigo ya mejor?
- Ni por un segundo. —Y ella se reía.

Cuando acabaron de mirar por encima todo era la hora de comer. Habían pasado horas sin darse cuenta y solo habían mirado las ideas para las casas.

- Ese gigante olía tan bien...
 - ¿Vienes a tomar algo? —Le dijo West.
 - Sí, no sabía si podíamos traernos comida al trabajo.
 - Hay una sala con microondas y máquinas.
 - Ah, pues mañana me traigo comida.
 - Mañana no puedes, estaremos fuera todo el día.
 - Es verdad, bueno, cuando pueda.
 - Bueno, venga, te invito hoy por ser nueva. Y te enseño la sala de comida.
 - Gracias. Te caigo mal, te he ocupado tu despacho y me invitas...
 - Soy un caballero, nada tiene que ver.
 - Gracias West. De verdad, no quiero que te sientas mal por mi culpa.
 - No me sentiré, tienes buenas ideas.
 - ¿De verdad? —dijo ilusionada.
 - De verdad.
 - Pues acepto comer contigo. Y salieron fuera.
- Entraron a una cafetería, y pidieron un plato combinado.

—¡Está bueno! —dijo Blanca.
—¿Es mejor la comida aquí que en Sevilla?
—Ni de lejos. Allí la hacemos con aceite de oliva y se nota la diferencia.
—¿Por qué has pedido venirte aquí?
—Yo, no lo pedí, West, me lo ofrecieron como única alternativa, por las obras que se hacen en el puerto de Sevilla y se han llevado a un arquitecto experto.
—Sí lo sé.
—Bueno, me dijeron que no querían prescindir de mí y me lo ofrecieron.
—¿Y dónde vives?
—Casi al lado, dos edificios más abajo. Tengo un apartamento alquilado de un dormitorio y un gran despacho. Me encanta, es coqueto y pequeño, estaba recién pintado y reformado. ¿Y tú?
—Tengo un apartamento a quince minutos, de tres dormitorios.
—¿Es tuyo?
—Sí, me lo regalaron mis padres cuando me independicé.
—¿Con muebles y todo? —Se sorprendió ella.
—Sí, y a mis dos hermanos también. Mi hermano gemelo vive en mi edificio.
—¿Tienes un hermano gemelo?
—Exacto, John.
—Eres un ricachón —y le sonrió.
—Yo no, mis padres sí tenían dos ranchos y los vendieron.
—¿Y se vinieron aquí a estas moles?
—Mi padre es chef y tienen una cafetería.
—¡Ah!, eso es otra cosa.
—¿Qué edad tienes Blanca?
—24 años ¿Y tú?
—31.
—¿Estás casado?
—No, ni tengo novia, supongo que si te has venido tú tampoco.
—No, tampoco. No me hubiese venido, pero me gusta esta ciudad. Nada que ver con Sevilla. Pero está bien.
—Todo el mundo quiere venirse aquí.
—Sí, pero es un caos por las mañanas.
—Por las mañanas y por las tardes.
—Sí. —Dijo riendo. —¿Entonces mañana vamos a ver la urbanización?
—Sí, creo que vendremos tarde, vamos a medir las casas. En eso tardaremos unos días, porque creo que las de un lado tienen más metros cuadrados que las otras. Y comprobar que son todas iguales. Y vamos a ver la calle, los jardines y el parque y diseñar algo por encima y medir bien.
—¿Todo eso en un día?
—No mujer, en una semana al menos, la otra la trabajamos en el estudio, tenemos que presentar planos realistas y perfectos, ya sabes y pedir permisos, hablar con el contratista y presentar un presupuesto y estar al tanto de la obra. Mientras los obreros trabajan iremos una vez cada dos semanas a ver las obras cómo van. Mientras nos darán otro trabajo. Pero estaremos al tanto hasta estar acabado todo, listo para vender. Tenemos una inmobiliaria y decoradoras. No sé cómo los venderán, si decorados o sin decorar. Esta urbanización se compró en una subasta.
—¿Sí?
—Sí, señorita. A un banco.

—¡Ah estupendo! ¿Te gusta trabajar solo?

—Sí, la verdad.

—Bueno espero no ser un obstáculo para ti. A mí nadie me ha dado un trabajo para mí sola, siempre lo he hecho con otro, pero tengo ganas de que me den un trabajo que pueda llevar yo sola.

—Estoy deseando comprobar eso.

—¿No confías en mí? Tú fuiste joven también.

—Acaso me ves cara de viejo...

—No quería decir eso, ya lo sabes.

—Sí. Lo sé. ¿Postre?

—No, gracias, café, sí.

—Pues café para dos.

Y la tarde la dedicaron a hacer diversos diseños a mano alzada del parque.

Cuando salió del trabajo, estaba agotada y no había hecho nada, ese primer día, ese gigante le había robado la energía, menudo tipazo. Y olía mejor que bien, un traje impecable. La camisa se le pegaba a los músculos como ella se pegaría a ese cuerpo hecho para el pecado. Ganas tenía de verlo vestido informal. Y en cuanto a su ropa, ella vestía así, si no le gustaba, allá él, solo iría con camiseta, zapatillas y vaqueros a la obra. Nada más,

Tenía la sensación de que había sido educado, nada más, pero no sólo era que no le gustaba trabajar en equipo, es que ella no le gustó, por alguna razón que no llegaba a comprender. Y no de la manera de tener pareja, no hacía falta, sino como persona, y ella era buena persona. Bueno allá él. Ojalá terminaran pronto las casas y le dieran un trabajo a ella sola, aunque estuviese en su despacho, iba a hablar lo menos posible.

Con lo bueno que estaba, si fuese más extrovertido sería todo un partidazo, estaba tan bueno... Y miraba como de lado, profundo a los ojos.

Pero salió contenta, tampoco era tan radical en el trabajo y le habían gustado sus ideas. De todas formas eran casi las suyas, por esa razón estaban de acuerdo en todas las ideas.

Tenía que mirar su cuenta y comprarse un coche a la voz de ya. Era imprescindible, uno que fuese coche y todoterreno, no demasiado grande.

Y miró su cuenta. Después de comprar el despacho, un seguro de salud que era imprescindible, y que había estrenado con un ginecólogo y le pidió pastillas anticonceptivas cuando estaba de vacaciones, le quedaban unos 38.000 dólares. Así que tal cuando iba a ducharse, lo dejó y llamó a la agencia para alquilar una plaza de garaje y le dieron una, y se la pasaron a la cuenta y se la pasarían todos los meses.

Le dieron el número y se fue a comprarse un coche. Cogió un taxi y cuando volvió venía en su coche nuevo, blanco, un Ford eco sport. Era precioso, podía servirle para viajar y para ir a las obras. Eso de no tener marchas le encantaba.

Era su coche ideal, pero su cuenta bajó a 25.000 dólares. Ya no se permitiría nada más, hasta Navidad, haber ahorrado algo... Aun así, no estaba nada mal, pero debía ir midiendo el dinero, hasta saber qué gastaba mensualmente, ella anotaba todo para llevar sus cuentas, Cada dólar que gastaba.

Se duchó e hizo algo frugal de cena, ya que comería fuera una semana, y no iba a dejar que la invitara West, pero cuando estuviesen en el despacho, se llevaría comida para ahorrar.

Cuando West, salió del trabajo, iba con un mal sabor de boca. Siempre había sido feliz en su trabajo, había hecho por la empresa más de lo que se pedía y ahora le colocaban a una enana, que parecía una hormiga de un lado para otro con su minifalda y sus escotes, era guapa, sí, pero fuera del trabajo. Estaba acostumbrado a trabajar solo. La chica hacía todo lo que podía y era simpática

y extrovertida y no era tonta para nada. Sino bastante inteligente y aportaba ideas buenas. En eso estaba de acuerdo, pero tenerla todo el día con su olor en la nariz...

Bueno, esperaba que pasara pronto ese tiempo de las casas victorianas y le dieran un trabajo a solas.

Cuando llegó a casa se dio una ducha y antes de cenar lo que la chica, Loren que la tenía contratada un par de horas al día para la casa y la cena, le había dejado, llamó a su madre,

—¡Hola mamá!

—¿Qué tal West hijo?, ¿cómo has pasado las vacaciones?

—Para eso os llamo, para ver cómo las habéis pasado vosotros.

—Bueno, hemos venido hace una semana, hemos pintado el local, ya sabes que pintamos todos los años y limpiamos. Así que hoy ha sido un buen día, ¿Y tú cómo estás?

—He ido a California. A la playa.

—¿Un mes entero?

—Pasé por San Francisco unos días. Y el resto en casa.

—¿Querías playa?

—Sí, necesitaba un descanso ¿Y vosotros?

—Hemos ido a Florida, donde van los viejos. —Y se reía—. Tu padre quería playa este año. ¿Te pasa algo hijo?, estás serio.

—Sí, me pasa.

—A ver cuéntame.

—Han ocupado mi despacho nada más venir de vacaciones.

—¿Cómo es eso?

—Me han puesto un compañero, como es enorme...

—Bueno hijo, si necesitan más personal, tendrán que hacerlo. ¿Es que no te gusta?

—No, no me gusta, estoy acostumbrado a hacer el trabajo solo y encima voy a hacer un trabajo en equipo.

—Porque no sabes trabajar en equipo. Es hora de hacerlo, no siempre lo harás solo a no ser que formes tu propio despacho.

—Ya, pero es una chica para colmo.

—¿En serio? ¿Y qué problema tienes?

—Sí, de Sevilla, española, una enana extrovertida y graciosa.

Y la madre se partía de risa al otro lado de la línea.

—Esa es la tuya, hijo, llenaremos esto de andaluces, faltabas tú.

—Ni de coña, es una enana.

—Como tu madre, así que ni te rías de eso.

—Es distinto, tú eres mi madre. Es una chica buena, es trabajadora, pero no me gusta.

—Pero por qué, es una trabajadora como tú, tendrás que aprender a trabajar en equipo y en solitario, eso ya sabes. Y quizá sea bueno y es una experiencia más.

—¡Joder mamá! cómo viste...

—¿Cómo viste?

—Faldas demasiado cortas y blusas con escote. Tacones altos. Es una niña, tiene 24 años.

La madre se reía.

—Mejor para ti, así te animas y trabajas más ágil.

—Mamá por Dios, es serio. Entre el perfume, y su ropa los tacones...

—Bueno, pero ya verás como cuando vaya a la obra, vestirá como se debe.

—Eso espero.

—¿Está sola en el país?
—Sí, ha venido sola pero no pienses ya en acoger a todo gato herido, que te conozco.
—Pobrecita, pórtate bien con ella hijo. Ten en cuenta, que es su primer día, que es un trabajo nuevo, que está sola. Se empático. Acuérdate cuando entraste tú.
—Siempre tienes palabras para todo.
—Y porque no te oye tu padre, si no te ibas a enterar.
—Mejor no se lo digas que luego me canta las cuarenta.
—Bueno hijo, pero sé bueno. Tengo unos hijos maravillosos, y que ayudan a las personas, no seas brusco.
—Está bien, tienes razón.
—Como siempre mi niño.
—Tu niño ya tiene 31 años.
—Con más razón. Eres un buen chico, si fuese John ya se la habría ligado.
Y se reían.
—Menos mal que no lo es.
—Por eso, sé bueno y no te preocupes, trabajar en equipo es bueno y si la chica es guapa y trabajadora y simpática mejor ¿no? Imagina que te meten un listillo...
—Es una listilla.
—Vamos no será para tanto. Eres un exagerado.
—En fin, ¿estáis bien?
—Sí cariño,
—Pasaré el fin de semana a comer algo.
—Invítala a tomar algo el sábado.
—Ni lo sueñes.
—Como tu compañera, dile que tu madre es de Marbella y tus cuñadas de Marbella y Cádiz y verás.
—Que no mamá.
—Como compañera de trabajo, quiero conocerla. No seas tan cerrado.
—Ya veré.
—Bueno, os esperamos. Seguro que está sola y le encantará.
—Ya veremos te digo. Un beso a los dos, os veo.
—Adiós hijo te quiero...
—Y yo a ti.

Su madre no perdía la ocasión en cuanto oía hablar de mujeres ya estaba alerta, sus hermanos Alex estaba casado y John se había comprometido, y quedaba él y estaban deseando, pero él no estaba por la labor. Vivía muy tranquilo. Tenía una vida estructurada y no deseaba modificarla. Además había salido con su hermano y no le gustaban las mujeres que había conocido, aunque se había acostado, por supuesto, cuando quería sexo, sabía dónde ir.

CAPÍTULO TRES

Al día siguiente, entró en el trabajo con unos vaqueros que le quedaban como un guante, una camiseta azul con tirantes escotada, una cola alta y un maquillaje ligero, pues hacía un calor aún y unas botas de trabajo marrones, su bolso de trabajo y saludó a West que ya había llegado. Ella era puntual, pero ese tipo llegaba diez minutos antes.

—¡Hola West!

—¡Hola Blanca! ¿Lista?

—Lista para irnos.

—¿Llevas dónde anotar?

—Sí, llevo mi tableta y una carpeta de arquitectura, otra normal, para anotar también, ¿Y tú?

—Lo mismo, vamos a pasar antes para llevarnos las herramientas.

—Vamos —y ella lo siguió a un cuarto donde había herramientas, medidores. Y lo que necesitaban.

—Cuando necesites y tengas trabajo tú sola, aquí están las cajas, pides y lo anotas aquí con el día y la hora —le señaló un tablón, luego lo borras cuando lo entregues. Nos llevamos dos, uno para cada uno.

—Perfecto

—¿Cuál es tu apellido?

—Prieto, deja yo lo anoto.

—Bien, vamos a tomar una camioneta del trabajo, están en los sótanos, hay tres.

—Vale, la vamos a solicitar en recepción y que nos den la llave, ahorramos nuestra gasolina. Y hoy seguro que nos llevamos unas horas extras, esta semana, al fichar, al volver sobre todo.

—¡Qué bien, me hace falta!

Y West la miró, no debía tener mucho dinero. Por la ilusión que le hacía.

—¿Has desayunado?

—Sí.

—Luego tomamos algo por la zona a media mañana.

Y bajaron al parking y él cogió una de las camionetas, dejaron las herramientas atrás y ella se sentó al lado. Y tomaron camino de Nueva Jersey.

—Vas muy callada —Le dijo West.

—No quiero molestarte.

—No me molesta que hables —la miraba y veía más escote del necesario. Tenía unos pechos turgentes y duros que asomaban por la camiseta. No eran ni demasiado grandes ni pequeños. Eran joder... No sabía cuánto tiempo iba a aguantar con esa mujer. Odiaba la ropa que se ponía.

—¿Saliste con chicos en Sevilla?

—Vaya, de momento te interesa mi vida sexual.

—Por sacar conversación.

—No, No he tenido novios, solo amigos —y pensó que serían amigos con derecho a roce.

—¿No has salido con nadie? Novio, novios... Nada.

—No, con nadie ¿Y tú?

—Tampoco.

—¿Con 31 años no has salido ni un par de meses con ninguna chica?

—He salido con chicas pero nada de un par de meses.

—Eres de los que sale una noche y aquí te pillo y aquí te mato —Y West rio con ganas por primera vez.

—¡Menuda expresión!

—Bueno, en Sevilla es normal.

—No, mujer, es que me gusta tener una vida tranquila, tengo una vida estructurada, mi trabajo, ejercicio, leo, trabajo en casa, voy a ver a mis padres y me gusta el orden y si necesito sexo, sé dónde ir.

—Vas a tenerme que dar la dirección esa.

—¿Y eso?

—Pues llevo casi un mes, si es un sitio bueno, puedo ir a buscar sexo como tú. Si es recomendable claro.

—Es caro —le dijo él.

—No me importa, seguro que algún chico puede pagarme una copa, si no, yo me la pago, no necesito que me paguen nada.

—¿La quieres de verdad?

—Pues claro, lo digo en serio.

—Te la daré, anota en el móvil.

Y ella sacó el móvil y anotó la dirección y el nombre.

—Es gente...

—Es gente de pasta.

—Lo que necesito, no por la pasta, sino porque me gustan los hombres formales, y de nivel cultural alto, más que yo.

—Vaya, quién lo diría con esa ropa...

Y ella rio.

—Vamos al campo West. Pero cuando salgo, soy otra.

—Ya he visto parte.

—¿No te gusta mi forma de vestir?

—Digamos que es demasiado para mi gusto.

—¿Quieres que me ponga traje para el trabajo?

—No estaría mal.

—Soy joven y no hay reglas ni uniforme en el trabajo.

—No, mala suerte.

—¿Eres un viejo conservador?

—Para nada.

—Entonces, no mires. Yo no miro tus trajes abrochados hasta el cuello con la corbata, Don elegante.

—No llevo traje hoy.

—Estás bien así, camiseta y pantalones caquis de bolsillos, te quedan bien, pareces más joven y todo, lo que pasa es que no te gusto como persona, he invadido tu espacio y lo siento, pero somos iguales en el trabajo. Acostúmbrate.

—Me acostumbraré. ¿Qué haces el sábado?

—Ir a ese local que me he anotado.

—Me refiero al mediodía.

—Pues quizá salga a comer.

—Te invito a la cafetería de mis padres.

—¿En serio? no me lo puedo creer, ¿me estás invitando?

—Sí, mi madre es de Marbella, mi hermano mayor también, mi cuñada de Marbella y la prometida de mi gemelo de Cádiz, todas enanas como tú.

Ella se reía...

—¡Qué bueno!... Iré, quiero conocer a tu madre.

—Ha sido idea suya, pero no te hagas ideas equivocadas.

—De qué...

—De que salimos o algo.

—No se me ocurriría, no eres mi tipo, ni yo el tuyo, no me gustas como pareja. Saldré por la noche, pero acepto la invitación.

¿Que no le gustaba como pareja?, pero qué se creía esa enana, a él sí que no le gustaba nada.

—¿Entonces quedamos?

—Sí, claro.

—Me das tu dirección y voy a buscarte si quieres... Todo es cosa de mi madre, recoge a todo bicho herido por la calle Tengo ganas de ver dónde vives.

—¡Qué curioso!

—Dos edificios más abajo de la empresa, en el 18 A. tengo vistas a la avenida.

—Luego tomamos café en el mío y te lo enseño

—Tengo ganas de ver ese apartamento estructurado.

—Muy graciosa. —bueno ya casi estamos.

Y cuando llegaron la urbanización se bajaron. Estaban solos.

—¡Dios esto puede quedar maravilloso! Me encantan las casas.

—No te fíes, son antiguas, puede salir algún bicho de ellas.

—Pareces un portero.

—Sí, vamos a ver la primera, te enseño qué hacer y luego vamos a cada una.

—Tú puedes ir a la parte de la izquierda.

—Bien, no me importa.

—Estas son las 25 llaves.

Y se las dio. Esas son más pequeñas, aunque tienen lo mismo, todo es más pequeño.

—Bueno, Vamos allá.

Y estuvieron casi una hora en la primera casa, midiendo, mirando, señalando paredes para tirar, mirando fontanería y electricidad, los sótanos, tomando medidas y notas. Aquí toma las medidas y aquí en esta parte el estado de todo, ¿Vale?

—Vale.

—Pues vete a las casas de arriba, esta está acabada.

—Ponle el nombre, están en las puertas.

—Perfecto. Está bien.

Y ella se fue a su parte y él a la suya.

Al cabo de cuatro horas ella había mirado tres casas y él otras tres más la que habían visto al principio. Cuando West terminó, llamó donde ella estaba.

—Estoy en el sótano, acabando.

—Vamos a comer algo y volvemos hasta que haya luz.

—Vale subo.

—Dios cuánto polvo, sacudiéndose los pantalones.

—¿Has acabado esta?

—Sí.

—Vamos a tomar algo, lo que nos dé tiempo esta tarde y si no, mañana.

—Bien.

Al final del viernes habían acabado con las casas.

La semana siguiente irían un par de días o tres a ver los alrededores, los jardines de entrada y el parque y ya empezarían a hacer planos para presentar al ayuntamiento, al contratista y empezar otro proyecto, pero al menos tendrían todo ese mes de septiembre en ello, luego el contratista junto con ellos elegirían los materiales. Al menos hasta el 5 de octubre no estaría listo todo para el contratista y los albañiles.

El viernes, cuando se despidieron y ficharon, ella supo que iba a ganarse unas horas extras esa semana, pues casi llegaban de noche y muerta.

—Vengo a por ti a la una.

—Vale, estaré preparada.

—Estupendo. Vengo a por ti, espero que te guste la comida de mi padre.

—Seguro que sí.

—Ese viernes, se dio un baño y calló a plomo con solo una ensalada.

Estaba muerta, y le dolía todo el cuerpo de agacharse y levantarse.

El sábado se levantó temprano, le dio al apartamento un repaso y fue a la compra.

Luego descansó un rato, se dio una ducha y pensó qué ponerse.

Sus tacones y un vestido corto y con algo de vuelo, por encima de las rodillas, el pelo suelto recogió atrás y maquillada. Su bolso y ya estaba lista.

Estaba nerviosa, jamás se esperaba que West la invitara a comer. En la vida, con lo mal que ella le caía...

Esa semana de trabajo habían intercambiado algunas conversaciones a la ida y vuelta a Nueva Jersey y en la comida, que tenían que salir del barrio al sitio más cercano.

Ella se portó muy simpática y risueña con él, que reía poco, la verdad, pero en el fondo le hacía gracia. Llevaba varios vaqueros, pero las camisetas eran todas del mismo tipo, de diversos colores.

Si West soñaba era con sus pechos, se los conocía al dedillo, ¡Dios!, que insufrible mujer, siempre riendo, optimista, eso sí, trabajaba como nadie y no se quedaba atrás, no le pedía ayuda por más que le ofrecía. Y cuando le preguntaba algo, él desde su altura, miraba sus pechos. Debía reconocer que su ropa interior era de encaje toda y bonita.

Tenía que acostumbrarse, se dijo mientras iba a su casa a buscarla para ir a comer a la cafetería de sus padres. No les había dicho nada, sería una sorpresa.

Cuando llamó a su puerta, Blanca ya estaba vestida, linda y preciosa con ese vestidillo, que él le arrancaría... ¿Pero, en qué estaba pensando? Ni por un segundo.

Ella le ofreció una de sus mejores sonrisas y lo hizo pasar.

—Entra West.

—Te voy a enseñar mi casa enana para una enana —y le sonreía—. Tampoco soy tan enana, es que tú eres demasiado alto.

—Somos altos en mi familia.

—¿Todos?

—Menos las mujeres, todas son como tú.

—¿De verdad? —y se echó a reír—, no me lo creo.

—Créelo.

—Anda ven, mira este es el salón y la cocina con una península y dos taburetes, me sobra uno —y se reía, el comedor por cuatro, es pequeñito.

—Es coqueto.

Era coqueto y limpiísimo y muy ordenado, la estantería estaba llena de libros y algunos objetos vintage.

—Este es el aseo, pequeño. Lo suficiente.

—Suficiente y este es mi despacho, ¿Verdad que es precioso?

—Me encanta, tiene mucha luz.

—Sí, tengo dos mesas y de todo. No venía con el apartamento, lo compré yo, así como un coche por si acaso.

—Y este es mi dormitorio. Tiene un gran vestidor y un baño completo, no muy grande todo

—Es perfecto para ti, no tiene una cama demasiado grande.

—Sí, se rio ella, pensarían en alguien grande cuando lo decoraron.

—¡Que es bonita la cómoda! Me encantan las cómodas altas con muchos cajoncitos pequeños arriba para las pulseras y anillos.

—Sí, es bonita...

—¿Qué te parece entonces?

—Es bonito.

—Tengo abajo piscina, y un gimnasio, pero esta semana no he tenido tiempo de ir a la piscina que es lo que más me gusta.

—Hemos venido demasiado tarde. Mi apartamento también lo tiene.

—El agente me dijo que muchos edificios lo tenían.

—Me gusta, ¿Cuánto pagas por el?

—3700 con la comunidad y la plaza de garaje, espero ahorrar al menos 2.500 todos los meses y si me dan horas extras todo lo que pueda. Quiero ahorrar hasta Navidades, al menos lo que traje —y a él le dio un poco de pena. Eso significaba que no tenía mucho dinero, pero era joven aún.

—Bueno nos vamos.

—Cuando quieras. Vamos en mi coche. Tengo el mío aparcado en la puerta y sé dónde está, a veinte minutos en coche.

—Vale, esta noche lo estrenaré, aún no he tenido tiempo.

—¿Vas ir al sitio que te recomendé esta noche?

—Sí, voy a dar una vueltita y me tomo una copa, después de la semana que hemos tenido me lo merezco, además con coche, me da menos miedo ir.

—¡Está bien!

—Vaya coche que tienes West.

—Sí, es un BMW último modelo, es el segundo que tengo.

—Es precioso, huele como el mío, a nuevo.

—Me lo compre hace tres meses.

—Me encanta. Es una pasada. Se sentó a su lado y el vestido se le subió, enseñando más de media pierna, pero se lo bajó enseguida. Par West fue tarde, tenía unas piernas pequeñas pero fabulosas.

—Estoy un poco nerviosa, como cuando un chico lleva a su novia a conocer a sus padres.

—No es eso y lo sabes.

—Claro que lo sé, de sobra, pero me he puesto nerviosa. Tranquilo, tu independencia y estructuración están a salvo conmigo, señorito.

Cuando llegaron a la cafetería, West, entró con ella en la cafetería, y su padre se quedó de piedra, mudo. Miró a Blanca...

—Hijo, ¿Qué pasa, vienes a comer?

—Sí —y el padre salió de detrás de la barra y lo abrazo.
Eran idénticos altos fuertes y West era en calco de su padre, pensó Blanca.
—Papá, te presento a mi nueva compañera de trabajo, Blanca.
—¡Hola Blanca preciosa!, ¿Te trata bien mi hijo en el trabajo?
—No demasiado —Dijo ella bromeando.
—Te dejaré mi teléfono y me lo dices ya me las veré con él —Y ella se reía.
—Me trata muy bien, señor Amder, aprendo mucho con él, y me ayuda.
—Eso es lo que quiero de mis hijos.
—No empieces papá, que he venido a comer en son de paz, ¿Y mamá?
—La llamo, anda sentaos hasta que salga y luego coméis.
—¡Está bien!

Y su madre salió al momento.

Cuando la vio Blanca era cierto que era tan bajita como ella.

—¡Ah Dios hijo! —lo abrazó—. ¿A quién me traes?

—A mi compañera de trabajo, ¿No querías conocerla?, Es Blanca.

—¡Qué guapa hija! —y se sentó con ellos.

—¿Eres de Sevilla?

—Sí, nosotros de Marbella y una de mis nueras, la novia de su gemelo de Cádiz.

—Sí, me lo ha dicho West, que esto está lleno de andaluces.

—Y andaluzas pequeñas con estos grandotes. Dime, ¿te has adaptado al trabajo y a Nueva York?

—Más a lo primero que a lo segundo, al menos tenía un año de experiencia antes de venir aquí.

—¡Qué pelo más largo tienes!

—Sí, mi hermana y yo tenemos el pelo muy largo y liso.

—¡Es precioso!...

—Gracias señora Amder.

—Mónica.

—Gracias Mónica.

—¿Te trata bien mi West?

—Sí señora, es todo un caballero.

Y Mónica se reía, mientras West miraba al cielo.

—Las mismas preguntas que papá, es solo mi compañera.

—Ya sabes dónde estamos, si te gusta la comida, puedes venir cuando quieras. Si tienes coche estarás cerca.

—Lo haré.

—Tenemos pinchos y tapas españolas.

—¿De verdad?

—De verdad, venga, os dejo y antes de que os vayáis salgo, estoy en el despacho, llevo todo esto... Blanca hasta luego, hijo...

—Me cae bien tu madre y tu padre también.

—Caen bien a todo el mundo y son unos pesados.

—¿Por qué?

—Porque siempre están besuqueándose —Y Blanca se echó a reír.

—¿Y es malo? son jóvenes aún. Yo pienso hacer eso si algún día me caso, mataré a mi marido por acoso.

—Muy graciosa. Anda toma la bandeja.

—¡Qué bonitas!

—Y pide los pinchos y tapas que quieras, al final tomamos las bebidas.

Cuando se sentaron...

—Creo West que me he pasado cogiendo tapas. Y no me has dejado pagar, y no me gusta. —Te he invitado yo, además si mi padre ve que pagas, me mata.

—¿En serio?

—Sí señorita. Es antiguo.

—Bueno, ya te invito otro día yo.

Y probó un pincho.

—Dios que bueno. Ummm...

Todo le encantaba, de todo se reía y con todo disfrutaba, en realidad envidiaba a esa enana y su optimismo. El padre de vez en cuando le preguntaba y ella le respondía:

—Esto está de muerte señor Amder —Y el padre se reía satisfecho.

—Ya está mi padre enamorado de ti.

—Lo estará de tu madre hombre.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—¿No querías traerme?

—Me convenció mi madre.

—Bueno disfruta, comer contigo no significa sino que tu padre cocina de maravilla. Tomaron postres y al cabo de una hora hablando en la que a él se le soltó un poco la lengua y le contó la historia de la familia y los ranchos, dijeron de irse. Se despidieron de sus padres con un abrazo.

—Me ha encantado conocerte Blanca, cuando quieras, ya sabes —Le dijo Mónica.

—Seguro que vuelvo, aunque no venga con su hijo.

—Nos gustaría.

—La comida ha estado maravillosa, señor Amder.

—Bueno hija, ya sabes si necesitas algo, que estás sola te dejo esta tarjeta, ahí están nuestros teléfonos.

—¡Ay muchas gracias, de verdad!

—Supongo que West sabe el tuyo.

—No pero se lo daré.

—Dáselo que lo tenga.

Y allí tuvieron que intercambiarse los teléfonos.

Ya estaban sus padres contentos —se dijo West.

—Bueno nos vamos.

Y West la llevó a su casa, aparcó el coche en el parking y subieron.

Abrió la puerta...

—¡Ala qué casa más grande!

—Sí, es que la tuya es pequeña.

—Es preciosa West. Es enorme y bonita. Algo minimalista para mi gusto, pero me gusta. El salón es una pasada.

—Este es mi despacho.

—¡Jo, esto es un despacho!

—Tiene igual que lo tuyo, salvo que tengo más espacio.

—Sí, pero es tan espacioso...

—Dos dormitorios completos y el principal.

—Tienes también una buena cama.

—Sí, pero yo soy grande.

—Dos vestidores y un pedazo de baño para bailar. Precioso. Es muy bonito tu apartamento.

—Anda ven al salón y tomamos café. No tengo tarta.

—No me cabe nada más no te preocupes.

Se sentaron en el salón y él hizo café, sabía que con leche para ella, lo habían pedido más veces durante el trabajo.

—Gracias.

—Bueno, ¿Qué te han parecido mis padres?

—Son lo más, si conocieras a los míos te gustarían, son encantadores y graciosos.

—¿Y tu hermana?

—Tiene ocho años y medio más que yo.

—¿Y esa diferencia de edad?

—Mi madre tuvo una mala cesárea porque mi hermana nació de pie. Y le dio miedo tener otro, pero se ve que mi hermana fue insistente en tener una hermana para no quedarse sola, y no se lo pensó, yo también vine cesárea. Pobrecita, pero la quiero mucho. Es profesora de literatura y le encanta escribir y las flores. Tenemos un patio precioso de flores.

—¿Pero vives en Sevilla capital o en un pueblo?

—En la capital, pero haya casas grandes antiguas. En un buen barrio. A mi padre le encanta y lo compró en una buena época, luego le hicieron reformas, y me gusta.

—Y ahora vives en esa casita de chocolate.

Y le dio en el hombro.

—¡Ey! que mi apartamento es muy bonito. No me importa vivir en uno pequeño yo sola.

Bueno, West, me voy, voy a descansar esta tarde y echarme una siesta, esta noche voy a salir de juerga por primera vez. Quizá mañana trabaje un poco en el parque si tengo ganas si no, sofá y piscina. Y haré algo de comer en condiciones.

—Te llevo.

—Para nada, sé ir y está muy cerca, no merece la pena. Voy dando un paseo.

—Llámame cuando llegues.

—¿En serio?

—Sí, qué pasa.

—¿Eres mi padre?

—Me quedo más tranquilo.

Y se rio.

—Está bien papá. Gracias por invitarme, lo he pasado muy bien, y se levantó y lo besó en la cara, cerró la puerta y salió a la calle.

¡Pero qué mujer del demonio! le había dado un beso de amigo, pero cuando se fue, se quedó vacío y sordo, esa mujer llenaba un estadio y se echaba en falta e iba a salir esa noche...

Cuando Blanca llegó a casa, le mandó un mensaje:

-He llegado bien, sana y salva. Blanca. Gracias por todo.

Y se tumbó a dormir en su sofá estupendo.

A las once de la noche, West estaba inquieto. Seguro que ella había ido de verdad a tomarse una copa a ese local lleno de hombres con traje. No sabía qué le pasaba. No era el guardián de nadie, pero le gustaría verla cómo se desenvolvía, ¿Y a él qué le importaba? Había cenado y estaba alterado.

¡Joder!, al final, se dio una ducha y se puso un traje y salió por la puerta.

Cuando Blanca se despertó por la tarde, bien tarde, se dio un buen baño, arregló su cuerpo, de

lavó el pelo y eligió para ir a ese local un vestido estrecho de licra negro con tirantes y copas, unos tacones altos negros y el pelo suelto.

Tomó la cena en casa y a las diez, se vistió y maquilló y se perfumó.

—Por Dios que ligue esta noche, que me voy quedar para vestir santos. Y miró en el móvil como se iba al local. Estaba cerca y tenía aparcamiento. Estaba a quince minutos en coche.

Así que iba a estrenar su coche.

Cuando entró al local, era bonito, había música, una pista en alto y una gran barra, en un lateral y el resto, lleno de sillones bajos tapizados.

Y tenía gente, no demasiado abarrotado, lo cual, le gustó, no le gustaban las discotecas alocadas. Estaban poniendo música latina y le hizo gracia. Y la música no estaba muy alta.

Se fue a la barra y pidió un coctel sin alcohol.

West estaba allí, la vio entrar. Estaba preciosa, y soportó cómo los hombres la miraban y babeaban por ella. Pero Blanca echó un vistazo alrededor y sonrió. Le había gustado seguro. Fue a la barra y pidió un cóctel y al darse la vuelta lo vio sentado solo.

Era la leche ese hombre, había ido a vigilarla.

Y se acercó a él.

—¿Has venido a vigilarme West? —Y se sentó a su lado.

—Algo así, no quiero que te pase nada.

—¡Que tonto! qué me va a pasar, he traído el coche y hay chicos guapos, ahora no podré ligar ni nadie me pedirá bailar. ¿O es que tienes una cita?

—No tengo ninguna cita. ¿Quieres bailar?

—Pues claro, a qué crees que he venido.

—¿A buscar un hombre para acostarte con él?

—No es ese el objetivo, pero si lo encuentro también.

—¿Eres de las que se acuestan con uno un fin de semana y con otro el siguiente fin de semana siguiente?

—Claro soy joven. —Y West se puso serio.

—Eres tonto. Pues claro que no, eso lo harás tú.

—Yo no hago eso.

—Bueno, ese es tu problema, West.

—¿Entonces quieres bailar?

—Si pones esa cara, no.

—Anda vamos —y se levantó y la cogió de la mano y se la llevó casi a rastras a la pista, cuando sonaba una canción lenta.

—¡Ay estás tonto!, Me vas tirar con estos tacones, bruto. Y yo que le he dicho a tu padre que eres un caballero...

—Cállate mujer por un momento.

—Es que estoy nerviosa.

—Aun así.

Y ella se calló.

Él la abrazó por la cintura y Blanca le echó las manos al cuello. Había ido por ella ¿no? pues la iba a encontrar, ya que no iba a dejarla ligar con nadie, sería con él, porque era tan guapo que se lo iba a ligar esa noche, ya volverían al trabajo como compañeros.

Y se acercó demasiado a él abrazando su cuello y pegando sus pechos al suyo fuerte y duro. Y sintió la excitación dura de West en su vientre y lo miró y le sonrió, pero estaba muerta de miedo.

—¿Te hace gracia? —Le dijo West en la oreja despacito.

—¿Que te excites conmigo?, mucha.
—Eres una mujer terrible.
—¿Tú crees?
—Con total seguridad, irritable y enana.
—Pero bien que te excitas.
—Hace tiempo que no lo hago, me excitaría con una vaca lechera esta noche.
—Mentirosillo —le dijo levantando su boca y casi pegándola a la de West, provocándolo.
—No me provoques, nena.
—¿O qué?
—O no respondo.
—Me gustaría ver cómo no respondes.
—Nena...
—Has venido, así que...

Y West arrimó la boca a la suya tan cerca que estaba y la besó en los labios con ternura.

Pero ella lo miró y acercó de nuevo su boca y fue ella quien metió su lengua en la boca de West y este se sorprendió y tomo las riendas y entrelazó sus lenguas en una danza sin fin hasta que a ella le costaba respirar. Ese gigante besaba de lo lindo.

Estaba colorada y encendida.

—Besas muy bien.

—¿Sí? No me digas...

—Te digo y la abrazó bajo su mata de pelo.

Y la atrajo más a su cuerpo de forma que no quedaba entre ellos un centímetro de aire.

Y la besó de nuevo, y de nuevo sus lenguas danzaron en un vaivén lento y húmedo y cada vez ella lo notaba más excitado.

No era un niño, ni jugaba, era un hombre que sabía lo que hacía y le hacía maravillas en su boca.

Cuando se cansó de besarla...

—¿Tomamos algo más?

—Sí, se van a descongelar los cócteles.

Y se sentaron en los sillones donde estaban antes de bailar, donde tenían las copas.

—Estoy nerviosa West.

—¿Por dos besos sin importancia?

—¿No tienen importancia para ti?

—Claro que la tienen boba, me gusta cómo besas, y me gustas.

—No me lo puedo creer.

—Tienes un cuerpo pequeñito, pero precioso y me gustaría ver esos pechos que me has enseñado toda la semana.

—¿Que ha sido del West serio y trabajador?

—Que está de fin de semana. —Y ella rio. Era serio, pero irónico.

Él la cogió por el hombro y la atrajo hacia sí.

—Nene, eres un peligro para mi estabilidad.

—No voy a ser un peligro,

—Lo vas ser, te lo digo yo.

Y ella lo besó en los labios.

—No lo seré.

—No voy a cambiarte.

Se tomaron otra copa que pagó ella porque se empecinó y bailaron de nuevo.

Al final se fueron a las dos de la mañana.

—Te sigo a tu casa.

—Vamos West, no he bebido, sé llegar.

—Quiero entrar.

—¿Dónde?

—A tu casita de chocolate.

—¿A qué?

—¿A qué va a ser mujer?

—¿Quieres acostarte conmigo?

—¡Qué inteligente eres! Pero si no quieres...

—Es que... —Y West pego su respuesta con un beso.

A eso tenía ella miedo, pero si alguno tenía que ser el primero, ya que había insistido, con quien mejor que ese tío bueno, que era su compañero, el lunes volverían a lo mismo.

Aparcaron los coches y él subió unos minutos más tarde.

Entró en su apartamento y se quitó la chaqueta, la dejó en la percha de la entrada y fue tras ella.

—Ven aquí pequeña —y la cogió subiéndola a su sexo que ella lo sintió entero, largo y grande.

Dios estaba temblando.

—¿Tiembles?

—Un poco, eres mi compañero —se le ocurrió.

—No seas tonta —le bajó un tirante y luego otro y dejó sus pechos al aire.

—Estaba deseando verlos —y los metió en la boca y ella echó el pelo hacia atrás y se derretía.

La cogió a horcajadas y la llevó al cuarto, le quitó el vestido y los zapatos y se quedó con un tanga transparente que enseñaba todo.

—Depilado... Eres una caja de sorpresas nena —mientras se desnudaba y dejaba la cartera en la mesita de noche y sacó un preservativo.

Cuando ella lo vio desnudo sí que se puso nerviosa, era espectacular, grande de todas las maneras e hiperventilaba

—Vamos tranquila Blanca, chiquita, no voy comerte o sí, quizás y le bajó el tanga y se metió en sus muslos.

—¡Ah, Dios West! esto no...

—¿No te gusta?

—No lo sé, nunca lo he hecho...

—Te va a gustar entonces —y el la cogió por las caderas y la chupó y lamió y la rozaba con su barba de un par de días, y en segundos ella se derramó en su boca.

—Lo siento —dijo ella.

—No lo sientes, te ha gustado.

—Sí, mucho, pero no puedo respirar —Y West sonrió pensando dónde había estado metida si no le habían hecho sexo oral.

—¡Oh Dios!

Y West, se puso un preservativo y entró despacio en ella, y Blanca estaba estrecha y lo estaba matando, porque cubría todo se sexo y lo rozaba con su piel.

—¡Joder nena! Así me matas y me estrangulas, uff, Dios Blanca... —Pero llegó un momento en que el roce que su piel no podía seguir y encontró una barrera que lo impedía y la miró extrañado. Ya su hermano le dijo que Fanny era virgen y su otro hermano que Sofia también lo había sido, pero que él se encontrara con otra, era impensable.

—Sigue —le dijo ella y él le dijo en su boca:

—Imposible echarme atrás pequeña —y siguió despacio traspasando la barrera y cuando pasó, ella gimió un poco.

—¿Te he hecho daño?

—Ya ha pasado.

Y siguió y al final ella avivaba su viento porque supo que de cuerpo nacía un calor extraño y desconocido que no había sentido nunca de esa manera y gimió su nombre y se abrió más a él apretando sus piernas y West se desmoronó dentro de su cuerpo como un adolescente.

Allí se quedó un minuto, hasta que se echó a un lado.

Y fue al baño. Ella aún estaba tumbada preciosa, como la dejó.

Le trajo una toalla pequeña para que se limpiara.

—Gracias West.

—¿Te he hecho daño, Blanca?

—Para nada, solo fue un respingo, nada más, ha sido fantástico, maravilloso, gracias.

—Esto es nuevo para mí, nena. Nunca me había pasado. —Y ella se abrazó a su cuerpo.

—No pienses, no te voy pedir nada, eres mi compañero de trabajo, da igual quién hubiera sido el primero para mí, y me alegro de que hayas sido tú, eres muy guapo, eres un hombre y has sido especial. Y tienes un cuerpazo —Sonrió ella.

—Vaya, es por eso. —mientras la acariciaba.

—No seas tonto, eres un irónico. Ha sido bonito.

—Sí que lo ha sido. Me ha gustado compartirlo contigo. Pero no hemos acabado.

—¿No?

—No, no pienso irme hasta mañana, así que nena, tendremos una noche de sexo y volveremos ser lo que fuimos, ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Y le hizo el amor de mil maneras diferentes y de cada una que se la hacía, era mejor y ella también bajo a su sexo y él se moría con lo que le hizo, explotando en un haz de lluvia blanca gimiendo como un eco extraño el nombre de ella.

Comieron a media noche y al amanecer, se quedaron dormidos. Él la abrazaba posesivo por esos pechos que había mordido y lamido y chupado hasta cansarse y ese cuerpo que había probado sin remisión.

Blanca se despertó a las once de la mañana, él ya no estaba en la cama se había ido. Le había dejado una nota.

Ha sido perfecto dormilona. Una noche maravillosa. Nos vemos el lunes, compañera.

Ya sabía qué significaba, ahí se acababa todo. Era una pena, pero no iba a ser ella la que dijera nada a él en el trabajo, ni fuera, ni hiciera ningún comentario acerca de lo que habían compartido. Había sido tan maravilloso, pero sabía cómo era o se hacía una idea, y sabía que ese era el comienzo de su vida sexual, le había enseñado y la había puesto en el camino y ahora ella tenía que seguir sola.

Olía tan bien. Toda la cama olía a él, a su cuerpo, su colonia, a olor a sexo que compartieron. No iba a cambiar las sábanas hasta el sábado siguiente, las acababa de poner ese día.

Si West, fuese de otra manera, para ella era el ideal de hombre, pero West no quería salir con chicas y ella no iba a exigirle nada. Tendría que olvidar esa noche hermosa de sexo y piel encadenada.

Bueno, iba a desentumecer los músculos en la piscina y luego saldría a desayunar fuera, casi a comer. Y se tumbaría en el sofá, haría la cena para llevarse al día siguiente y quizá mirara un poco

en el despacho el parque. Al menos hacer dos o tres bocetos por encima. Los que se le ocurrieran y las entradas a las casas. A ver qué le parecían a West.

Y nada de nombrar nada de esa noche, lo sabía por experiencia de sus amigas, y ella no cometería ese error, viviría y se olvidaría de ese hombre inolvidable, por más que le costara.

Si él quería dar algún paso que lo diera, pero que no se creyera que iba a acostarse los fines de semana con él y si te vi no me acuerdo y como si nada en el trabajo. Dos veces, podía, pero tres ni loca.

CAPÍTULO CUATRO

Durante el domingo, no la llamó ni lo esperaba, ella no iba a llamarlo si es que esperaba que lo hiciera. Si era de los que estaban acostumbrados a que las mujeres lo persiguieran, era no era una de ellas y nunca lo sería.

El lunes llegó al trabajo contenta como siempre. Iba vestida con falda corta y una camiseta estrecha, sus tacones y maquillada. Ese día no iba a ir a la obra pues iba a hacer más o menos diseños de las entradas a las casas y del parque e iría al día siguiente. Luego ya empezarían a hacer los planos de las casas, ella haría los que había medido y él las del otro lado, así quedaron.

—¡Hola buenos días West!, dijo ella contenta.

—¡Hola Blanca! qué tal...

—Estupendamente —taconeando—. ¿Vamos a hacer algunos bocetos del parque y de las entradas?

—Sí, lo hacemos por separado y los vemos después de la comida y elegimos.

—Me parece bien. —Y se sentó en su mesa, dispuesta a realizar su trabajo.

Él la miró, estaba radiante. No le había dicho nada ni había hecho referencia a nada. Mejor, él no quería, pero le molestaba en el fondo.

Estaba guapísima y no lo molestó en toda la mañana. Cuando fue la hora de salir a comer

—Él le dijo:

—¿Vamos a tomar algo?

—Me he traído de casa, siempre que esté aquí lo haré, West, voy a ver si ahorro un poco.

—¡Ah vale, como quieras! Hasta luego...

Y ella sacó su táper y sus cubiertos y se fue a la sala de comida, estuvo comiendo con unas cuantas personas, y las conoció. Uno era un arquitecto técnico, un chico alto y guapo de 28 años que le cayó fenomenal, gracioso y simpático y empezaron a bromear sobre España y Estados Unidos. Otra chica la recepcionista, que se reía con ellos.

—Somos casi los únicos que comemos aquí, luego vienen algunos a por el café.

—¿En serio?

—Sí.

—Tengo que ahorrar —dijo ella.

—Como nosotros. —Dijo Tom, que era el aparejador y Lena la recepcionista,

Lo cierto es que se rieron mucho y hubo un momento en que iban a hacerse el café y Tom la cogió por los hombros.

—¿Dónde vas pequeña? Aquí tomamos el café por orden de estatura —bromeando.

—¡Serás tonto! —y se reía y le dio en el pecho de broma.

—Nada, cógelo primero arquitecta guapa. Porque eres la extranjera para que no digan.

—A mí no me dejas —dijo Lena.

—Es nueva y es la guapa y tú estás casada.

—Ah qué listo...

Y en esas bromas llegó West a tomarse un café y la pilló con los brazos de Tom en su hombro riéndose y se sintió celoso, tuvo que reconocer que no le gustó nada.

—¡Ah West!, ¿Quieres café? —le dijo ella

—Que se ponga a la cola —Dijo Lena.

—Me pondré mujer, cuando me toque.

Cuando se hicieron los cafés estuvieron bromando un rato sobre todo con Tom y al final ella se despidió de ellos.

—Si no nos vemos mañana, hasta pasado.

—Adiós guapa.

Y se fue a lavarse los dientes al baño y retocarse la pintura.

—Es guapa, menudos ojos verdes tiene. Es un bombón. ¡Qué suerte tienes West!

—Sí, tengo mucha suerte.

—Es graciosa y simpática —dijo Lena—. Me cae muy bien.

—Bueno, chicos os dejo tengo que ver con ella los planos de la urbanización nueva.

—Eso es una pasada...

—Sí, es mucho trabajo. Hasta luego.

Cuando entró al despacho, ella ya se había refrescado y se había pintado los labios de nuevo, con el lápiz, no le gustaban las barras que manchaban.

—¿Lo estabas pasando bien?

—Sí, la verdad.

—¿Te gusta Tom?

—Claro, es guapo y es muy simpático, la verdad lo he pasado bien.

—¿Te gusta Tom en ese sentido?

—No lo he pensado, por qué, ¿Estás celoso?

—Ni lo sueñes.

Entonces no te importa. No te tengo que dar explicaciones. Vamos a trabajar West. Ya tengo bocetos del parque y de las entradas, porque la carretera será eso, una carretera.

—Sí, se asfaltará y ya está.

—Bueno, vamos a ver eso.

Y ella le enseñó unos cuantos diseños de parque en el que había merenderos algunos árboles un parque infantil y una pista para correr por la parte de fuera, una zona para los perros... De distintas maneras

Él le enseñó otra y al final se quedaron con una bonita que ella diseñó porque West no había tenido en cuenta a los perros, pero esa gustó a los dos. Solo quedaba el diseño con las medidas y las entradas a las casas

—Pues el asfaltado a los garajes.

—Independientes —dijo ella.

—Yo opto porque se entre desde ellos a las casas, pero podemos hacerlos en tu lado, distintos.

—Perfecto, los más grandes con puerta y los pequeños, independientes, si quieren que cierren.

—Estupendo y la puerta a la casa...

—Al lado césped natural

—He pensado —Dijo ella—, que en el centro del césped pongamos un árbol que crecerá y alrededor geranios de colores, eso dará un toque de color a la urbanización y no parecerá tan sosa

—¿Qué tipo de árbol?

—Uno que no crezca demasiado y tape las ventanas, se pregunta en el vivero. Eso lo tratamos con el contratista. Y el porche podemos cerrarlo y dejar un espacio para subir los dos escalones, así cuando se pinte la baranda del porche como la casa, se puede poner algún balancín o columpio o mesas y alguna silla, eso ya la decora o que cada familia que lo ponga, pero quedaría bonito el porche cerrado. Son grandes y tienen dos partes

—Eso me gusta.

—¿Entonces te gustan las entradas así?
—Me gustan.
—Vamos mañana y medimos eso y el parque y empezamos a diseñarlo todo.
—Puedes diseñar tú el parque y yo las entradas, y cada uno sus casas.
—Me parece bien.
—¿Cuánto crees que tardaremos en esto? —Dijo ella.
—Al menos medio mes entre hablar con el contratista, elegir colores, materiales.
—¿Los elegimos nosotros?
—Todo, excepto la decoración.
—¡Qué bien, me encanta!
—Pues entre el diseño, hablar con el contratista que iremos un par de días, elegir todo y pedir los permisos... Medio mes. Así que sobre mediados de noviembre tienen que empezar a trabajar.
—¿Y si nieva?
—Que empiecen por las casas. Aquí eso no importa.
—Está bien.
—Me voy a aponer con el diseño —Dijo Blanca.
—Nos queda menos de una hora para irnos.
—Bueno, empiezo con la primera casa, ¿Tenemos que hacerlas todas o una de cada clase con los sótanos?
—Con una de cada clase nos basta. Fotocopiamos y listo.
—¿Miden todas los mismo?
—Las mías sí.
—Pues un diseño de la casa, y uno distinto de casa sótano, y elegimos cuántos sótanos de cada clase de casa clase y dónde.
—Perfecto.
—Al final vemos el parque y la entrada y cuando venga el contratista y nos deje los acabados elegimos.
—Estoy ilusionada con este proyecto. La zona es preciosa y las casas maravillosas.
—Espera que las terminen.
—Bueno.
Cuando acabó el día había casi diseñado uno de los sótanos más fáciles.
—Nos vamos —Dijo West.
—Se me ha pasado el día volando.
—Bueno, West hasta mañana.
—Hasta mañana Blanca.
Y se la quedó mirando. ¡Maldita sea!, no había hecho referencia a nada ni él tampoco como si el sábado no hubiese existido. Es que no había tenido importancia para ella, que era la que había sido virgen ¡Joder!
El día siguiente y el siguiente y toda la semana siguiente, siguió igual. Ella se quedaba comer a mediodía y cuando volvía, se ponía celoso con Tom porque se hacían muy amigos y bromeaba con ella.
El viernes por la tarde, se quedaron una hora más para terminar todos los planos de las casas. Y acabaron por fin.
—El lunes vamos a tomar las medidas de los porches, el parque y la parte de césped y el camino hasta las casas y el garaje perfecto. Me traigo ropa de trabajo.
—Esto está acabado ya, y lo guardaron en el armario, con su correspondiente informe.

—¿Vas salir este fin de semana? —Le preguntó West.

—No lo sé, si salgo será mañana, hoy estoy muerta. Voy a ducharme y a tumbarme en el sofá y descansar.

—Está bien, hasta el lunes.

—Adiós West.

Y ella se fue a casa. No la había invitado y ella no sabía si iba ir a salir. Así que no podía decirle nada, claro que él no la había invitado por lo que ya estaba todo dicho entre ellos. Como si se hubiesen conocido en el trabajo dos semanas anteriores y no hubiera pasado nada entre ellos.

Pero el sábado, cuando limpió y fue a la compra, hizo lo mismo que el sábado anterior, había sido una semana larga y merecía tomarse una copa.

Y se fue a ese sitio por la noche, no creía que iba a ver a West, pero si conocía a un chico majo bailarían y lo pasaría bien, desde luego no iba a acostarse con nadie.

Se había puesto sus tacones altos, rojos esta vez y una falda negra corta y un top rojo.

Y por supuesto estaba West, pero ella no lo vio esta vez. Él se ocupó de ello.

Pero él sí, y sabía que iba a ir. Era como todas las mujeres. Y como todos los hombres, tuvo que reconocer.

Blanca, pidió algo en la barra, y se sentó sola a tomarse su copa mientras miraba la pista de baile y enseguida tuvo un chico al lado, la vio sonreírle y hablar con él, la vio bailar con él no muy agarrada, tuvo que reconocerlo, pero sí que parecía pasarlo bien, mientras él se sentía un cobarde por no haberle dicho nada. A eso de las dos de la mañana se despidió de ese hombre y salió sola a la calle y la vio meterse en su coche e irse a casa. Sola.

Y cuando se estaba desvistiendo llamaron a la puerta y se asustó, miró por la mirilla y era West.

—¡Hola West!, joder menudo susto me has dado a estas horas. He estado a punto de llamar a la policía. Pasa anda —se había puesto un camisón corto y se había quitado el sujetador.

—¿Pasa algo a estas horas? ¿Qué quieres?, acabo de llegar a casa... Anda pasa, es tarde y no vamos a hablar en el pasillo.

—¿No te has traído a nadie a casa?

—No, da la casualidad de que esta noche no. ¿A eso has venido? ¿Me estás controlando?

—Quiero saber con qué mujeres me acuesto. —Y ella se echó a reír.

—Pues mira West, da la casualidad de que no me importan las mujeres con las que te acuestas. Conmigo solo fue un anoche, era virgen y nada más. Eso dijiste tú y sigo tus normas. Así que ese es tu problema. A partir de ahí me acostaré con quien me dé la gana, porque no tenemos nada, ¿O sí tenemos algo y no me he enterado?

—Blanca... —La miró.

—¿Qué quieres?

—¡Joder te he echado de menos!

—Pues menuda forma tienes tú de echarme de menos, no quedas conmigo y no haces referencia a lo que pasó. No soy una mujer de piedra West. Y te diré algo, no voy a acostarme contigo una noche del fin de semana y durante la semana si te vi no me acuerdo. Si quieres salir conmigo, bien y si no te vas y me dejas en paz y trabajaremos como hasta ahora y olvidaremos lo que pasó. Yo lo tengo asumido.

—¿Qué salga contigo? Yo no salgo con nadie —le dijo humillándola como si no valiera nada.

—Lo siento, West. —Le dijo muy seria—. Sal de mi casa y no vuelvas. Limitate a ser mi compañero de trabajo. No vengas a mi casa a humillarme a las dos de la mañana. Estoy cansada. Nos vemos el lunes.

Y salió por la puerta enfadado.

Lo había hecho francamente mal, la había humillado como si no valiera nada cuando le gustaba demasiado y estaba celoso, pero lo mejor sería olvidarla, o la olvidaba o le traería problemas.

Que hiciera lo que quisiera con su vida, o se costara con quien quisiera,

Bueno, eso no le gustaba nada, había sido solo suya, él le había enseñado lo que sabía y le molestaba profundamente y que ella pudiera acostarse con otro y sentir lo que había compartido con él.

Que otro tocara su piel y su cuerpo, lo ponía francamente mal. Esa enana se le había metido en la piel y bien y qué iba hacer con ella.

El domingo, West, estuvo fatal todo el día. Sin embargo, Blanca, lo tenía todo muy claro, nadie la humillaba ni le controlaba su vida. Vivía independiente y era libre y se acostaría con quien le diera la gana y saldría con quien la invitara que a ella le gustase.

Lo malo era que le gustaba West, pero si no podía ser, a qué perder el tiempo con ese tonto estructurado. No se iba a acostar los fines de semana con él por más que lo deseara, porque era peligroso se enamoraría de él y sufriría y eso no se lo podía permitir, había ido allí a trabajar y eso iba a hacer, no a complicarse la vida.

El lunes, entró con la ropa de trabajo.

—¡Buenos días West! —Le dijo como siempre alegre y optimista y este le contestó serio.

—Buenos días Blanca.

—Vamos a eso.

—Sí, tienes todo preparado...

—Lo tengo.

—Vamos a coger las herramientas y la camioneta.

Se llevaron los bocetos de lo que iban a medir y tomaron rumbo a las casas. Casi todo el trayecto, iban callados. Ni siquiera le pidió perdón por humillarla, era tremendo, Blanca iba mirando el paisaje por la ventanilla y lo ignoró.

Cuando llegaron, él quedó en medir su parte de las casas, jardín, porche y dónde iban a poner los árboles y ella midió su parte.

Casi al medio día tenían terminadas las casas.

Y fueron a comer algo.

—Blanca...

—Dime...

—Lo siento.

—No pasa nada siempre que me dejes en paz si no quieres nada conmigo. He venido aquí a trabajar y hacerlo bien, a divertirme, soy joven y si quiero tener una pareja, la tendré si surge. O si quiero tener una noche como la que tuve contigo también.

—¿Conmigo no?

—No, contigo no voy a repetir.

—¿Por qué, maldita sea?

—Porque eres distinto, eres el primero, muy bueno y no quiero enamorarme de ti, porque tú nunca lo harás de mí y no pienso sufrir por nadie. Soy una persona feliz. Y no quiero hablar más del tema West. Tú eres un tipo guapo y alto y como me dijiste cuando quieres tener sexo, lo tienes, pues ya está, no va a ser conmigo. No te gusto, así que estamos a la par. Y dejemos esta conversación.

—¿Por qué? ¿Porque tú lo dices?

—No, porque me cansa, ¿Quieres salir conmigo?

Y él se calló.

—Pues ya tienes la respuesta. West. Déjalo, trabajábamos muy bien, me gusta trabajar contigo, pero olvídate de que pase lo que pasó y seas después un cubo de hielo, no estoy acostumbrada a ese tipo de hombres.

—No estás acostumbrada a ninguno porque te acostaste conmigo por primera vez.

—Pero sé que quiero, y no quiero un hombre que se caliente en la cama y que al día siguiente me salude con monosílabos y el sábado siguiente de nuevo y al día siguiente otro cubo de hielo. Lo siento, no cuentes conmigo para ello.

—Está bien —dijo enfadado.

—No te enfades West, yo no me enfado, ni quiero que lo hagas, simplemente vemos las relaciones de manera diferente. Tú eres sexo y yo no soy solo sexo, soy sexo y sentimientos. Al menos contigo así sería. ¿Quieres que sufra contigo, te va esa marcha?

—No, para nada.

—Pues búscate chicas cuando lo necesites, no vas a tener ningún problema.

—¿Me dices eso en serio Blanca?

—Te lo digo muy en serio si no quieres salir conmigo. Yo no te he pedido un anillo ni nada, pero ni sexo cuando tú quieras. Olvídate, por muy bueno que estés y yo sea una enana. Yo también ligo, ¿Qué te crees?

—No lo dudo, con esos escotes...

—Eso ha sido una grosería.

—Lo siento.

Pero ella ya no le volvió a hablar del tema ni le insistió. La había fastidiado dos veces,

De todas formas ella iba a llevar sus escotes y sus faldas, faltaría más, imbécil...

Por la tarde midieron el parque y volvieron de noche.

Se dijeron adiós y hasta el día siguiente.

Los siguientes dos días dejaron listo todos los planos de toda la urbanización y el jefe le mandó el contratista.

Estuvo mirando los planos con él durante toda la mañana y como tenía dos partes y cada uno tenía un gusto distinto, todo estaban de acuerdo en todo en pintura exterior y puertas de garaje, pero no en el interior, así que quedaron en que sería interesante elegir cada uno su lado con distintos materiales.

Así que en dos días, para el viernes, todo estaba elegido, él su parte de materiales dentro y ella las suyas.

La semana siguiente, iban con todos los planos a pedir al ayuntamiento los permisos una vez que el jefe les diera el visto bueno.

Y por fin llegó el viernes de nuevo. Y solo sería que aceptaran el proyecto, que el contratista presentara el presupuesto, el jefe aprobara el proyecto e ir a pedir los permisos.

Y eso sería el miércoles, la reunión y el jueves al ayuntamiento.

Mientras, el lunes iba a recibir otro trabajo y dejar ese aparcado hasta la aprobación.

Esa semana había comido también con Tom y con Lena y Tom la invitó el sábado a comer fuera y a salir a tomar una copa.

—Como amigos, nada más española.

—Pues acepto.

—Te voy a llevar a un restaurante español de verdad.

—Sí, ¿Te va a gustar?

—Perfecto, paso a buscarte.

—Prefiero quedar allí —y le dio la dirección y la hora.

—Pues allí nos vemos guapa.

La verdad es que Tom era un encanto, e iba a pasarlo bien, era extrovertido y divertido y se iba a ir con él.

Cuando el viernes a última hora se despidió de West, este le dijo:

—¿Quieres ir a cenar el sábado? Solo a cenar y una copa, no haremos nada.

—Lo siento West. Si quieres la semana que viene, esta he quedado.

—¿Has quedado?

—Sí, me ha invitado Tom a un restaurante español y a tomar una copa y he aceptado, si quieres quedamos el siguiente.

—Bien, entonces hasta el lunes.

—Hasta el lunes.

Nada de quedamos la semana que viene. ¡Qué bruto era!...

Bueno, que le dieran...

El sábado fue fantástico. Con Tom, se rio lo que no se había reído desde que se había ido a Nueva York, era la persona más divertida que había conocido. La comida era maravillosa.

—Amiga, creo que West se pone celoso cuando nos ve.

—No lo creo. —Dijo ella.

—Lo sé a ese le gustas, más de lo que él piensas.

—Es muy raro, no puedo con la gente bipolar, Tom.

—¿Pero te gusta?

—Sí, me gusta, pero no entendemos la vida de la misma manera.

—La vida es para todos iguales mujer, solo hay que encajarla.

Y ella le contó que se acostó con él, no que fuese virgen, eso no se lo contó.

—¿Y no te dijo nada?

—No, esa es la historia con West. Le contó todo.

—Está celoso, y te ha invitado este fin de semana y le has dicho que salías conmigo.

—Sí, claro. Sé lo que quiere. Y no se va a salir con la suya.

Y Tom se reía.

—Mujer, el sexo por el sexo no está tan mal.

—Pero no quiero enamorarme de él, si fuese otro no me importaría, me gusta demasiado, pero lo mataría.

—Me parto. Eres tremenda mujer.

—¿Y tú qué, nada de chicas?

Y él la miró riéndose.

—Chicos...

—Aja...

—No me lo creo.

—¿Por qué?

—Porque no sé, nada amanerado.

—No tengo por qué serlo.

—Es verdad, están los tópicos, pero nunca lo hubiese sospechado, la verdad.

—Nadie lo sabe.

—No me importa que se sepa en el trabajo, pero es mi vida privada.

—Si es por mí, estás salvo. Es tu vida y la vives como quieres y ¿Por qué me has invitado? — Porque me gustas, estás solita y eres la mujer más graciosa y buena que conozco.

—¡Ay qué lindo! —y se levantó y lo abrazó—. Vas a ser mi mejor amigo. No tengo a nadie, salvo a Lena, que me cae bien, pero claro está casada.

—Es una mujer maravillosa.

—Lo sé, me cae genial, siempre está riéndose.

—Como tú.

—Sí, formamos un buen trio.

Después de contarse sus vidas, se fueron a tomar una copa a un sitio cercano y bailando.

Cuando eran las tres de la mañana dijeron de irse.

Lo cierto es que me lo he pasado bomba.

Ya repetiremos si el señorito de corbata no te invita. Te invitará, le gustas, le has dejado huella.

—¡Ay mi niño!

—Bueno dame un abracito, que me voy.

—Te acompaño al coche, tengo el mío cerca.

El domingo como siempre, se levantó tarde, se fue a la piscina y salió después a comer y dar un paseo.

Y a la vuelta llamó a casa y a sus amigas.

Pensó tomarse un cafelito y echar una siesta. No tenía trabajo que hacer hasta que al día siguiente le adjudicaron uno. Y prefería uno para ella sola, quería retirarse un poco de West.

Luego haría una ensalada de pollo y piña y se llevaría al día siguiente. Y cenaría.

Tenía el café en la mano dispuesta a tumbarse con su camisón en su sofá, ya que no pensaba salir más. A dormir...

Y la llamó West.

Vaya. Se dijo qué querrá ahora.

—¡Hola West! ¿Qué pasa, necesitas algo?

—¿Has tomado café?

—Lo iba a tomar ahora, en la mano lo tengo.

—Vaya, iba a invitarte a uno, si estás sola claro.

—Estoy sola, sí, si es lo que quieres saber.

—Pero no tengo ganas de salir, estoy cansada.

—¿Me invitas a uno?

—Está bien, pasa y te invito.

—Llevo tarta. —y colgó.

—Ese hombre era lo más.

—No pensaba cambiarse su camisón cómodo por él, ni su coleta, ya le había visto el cuerpo así que si la veía en camisón no se iba a sorprender, no se iba a poner siquiera el sujetador. No se iba a vestir para él.

Tiró su café para tomarse uno con él cuando llegara.

Y en quince minutos lo tenía en su puerta, con vaqueros y camiseta negros, y un olor que dejó por su casa. La besó en la cara.

—Vaya me sorprendes. ¿A qué se debe tanto cariño?

—¿Estás en camisón?

—Estaba en camisón porque iba echar una siesta. No pensaba tener visita.

—Si te molesto me voy.

—Ya que has traído tarta, quédate.

Y se sentó en el sofá.

—Siéntate y hago los cafés.

—Toma la tarta.
—Es demasiado grande West, ¿Cuándo me la voy comer?...
—Te llevas al trabajo y la compartes con tus compañeros.
—Mira, buena idea.
Puso los cafés en el salón y se sentaron cada uno en un sofá.
—¿Qué cómo que te ha dado por venir?
—Quería verte.
—Me ves toda la semana.
—¡Joder Blanca, qué difícil lo pones!
—Vale, está bien.
—¿Lo pasaste bien anoche?
—Estupendamente, sí, muy bien con Tom.
—¿Se quedó a dormir?
—Pero West, por Dios, no pienso contestarte a eso, ¿Qué crees, que cada hombre que miro me lo cepillo?
—No hables así.
—Es que me pones de los nervios con eso de acostarme. ¿Te importa?
—Mucho. Y se acercó a su sofá.
—Sí, me importa que te acuestes con otro, me pongo celoso.
—Vamos West. ¿Con esta enana que te pone tanto? Déjalo, no te acerques tanto.
—¿Por qué?
—Porque me pones nerviosa, ya lo sabes.
—¿Y eso es malo?
—Mucho porque no sé a qué atenerme luego, y eso me desazona.
—¿Y si salgo contigo?
—¿Y cambiar tu vida estructurada y ordenada?
—Ya me la has desordenado lo suficiente.
—¿Eres tonto?
—Sí, mucho, pero no sabes cuánto te deseo —Y la cogió por la cola y la atrajo a su cuerpo y la abrazó.
—Pequeña eres un incordio.
—Pues déjame.
—No puedo, desde que fuiste mía no puedo, te deseo, me pongo celoso, te tiraría en cualquier sitio y te haría el amor hasta morirnos.
—West, estás loco.
—No, creo que me he vuelto loco y arrimó su boca a la suya y metió su lengua y danzó en su boca con la suya, mientras metía la mano entre su camioncillo y tocaba sus pechos.
Sus pezones se ponían duros y la tumbó en el sofá.
—Dime que te gusto al menos nena.
—Me gustas, claro que me gustas, y lo sabes.
—No, he estado tan celoso...
Y le mordía los pezones.
—¡Ah Dios West!...
—Le bajó el tanga y se metió entre sus piernas.
—Por Dios West, ay madre mía, que... ¡Ay!, y se corría agitada en su boca.
—¡Que poco me duras pequeñilla! Se desvistió, se colocó un preservativo y le quitó le

camisón y allí desnudo, pobló la calle en que habitaba, tuvo sus labios finos y la frontera de su sexo, y un dolor mojado cubría su miembro entrando en ella, en un vaivén de caderas, en esa calle que era nueva para él. Donde nunca había sentido lo que con Blanca, donde encajaba su mundo y lo desordenaba.

Gemía con ella mientras la poseía. Y eso era el mundo. Y la vida, y lo supo. Era ella. Ninguna más, y en ese momento no le importó nada más que hacerla feliz y ser feliz hasta desatarse en espasmos en su pequeño cuerpo que le calentaba con su orgasmo ardiente.

Cuando acabaron, él se echó a un lado muerto, su cuerpo grande de ella y ella se abrazó a su pecho mirándolo.

Él tenía los ojos cerrados por segundos.

—Ahora vuelvo guapa.

Y fue al baño y volvió. Aún tenía su miembro balanceante y grande y se tumbó con ella.

—Vas matarme chiquita.

—Vas a matarme tú.

—No quiero que te acuestes con otro.

—¿Y eso por qué?

—Porque eres mía, desde la primera vez.

—¿Y tú eres mío?

—Sí que lo soy, sabes que no soy un mujeriego.

—Pero tengo miedo de que mañana seas el hombre que ignora lo que pasa hoy.

—No lo haré más tonta.

—Tenía miedo.

—¿De una enana?

—No eres una enana cualquiera. Eres mi enana.

—¡Qué bobo eres!

Y tocó sus pechos.

—Me encantan estos pezones.

—¿No vas a dejarme echar una siesta?

—Esto es la mejor siesta nena —y se la echó encima y se puso otro preservativo y ella cabalgó sobre su gigante mientras él mordisqueaba sus pechos a la vez y la besaba y la acariciaba. Quería hacerle todo a la vez. Sus sexos se rozaban demasiado y ella sentía el golpeteo de sus nubes y se excitaba demasiado hasta que ya no pudo más.

—West. No puedo, sigue. Pero él siguió y siguió y ella tuvo un orgasmo y West no paró y le arrancó otro orgasmo que ella nunca supo que podía tener dos y se sorprendió y él se corrió sin remedio y sin poder aguantarla más.

—¡Dios West! ¡Ay dios, mi madre!

—¿Qué le ha pasado a mi chiquita?

—He tenido dos orgasmos.

—Los he sentido antes de correrme. —Y sonrió.

—Eres tan bueno...

—Soy el único, no tienes con quien comparar.

—No me hace falta. Me gusta tu pene, tan grande y bonito. Lo tienes bonito.

—¡Qué tonta eres!

—Es verdad.

Y mientras descansaban de nuevo...

—¿Y ahora que va a pasar West?

—Salimos juntos, es lo que quieres. Si tengo que tenerte de esa manera, así será.

—No quiero que hagas algo que no quieras, no quiero cambiarte.

—Lo hago porque quiero, salimos juntos.

—¡Qué pesado!

—Sí, eh, pesado...

—Sí —y se levantó, se la echó al hombro.

—¿Dónde me llevas loco?

—A la cama. Allí se está mejor.

—¿Pero no estás cansado?

—Aún no enana.

West iba riendo...

Y West se fue a su casa, cuando cenaron, y a las diez de la noche. La besó.

—Nos vemos mañana guapa.

—Adiós pesado, no me puedo mover.

Y se fue sonriendo y feliz.

¿Y por qué estaba feliz? Dios era una mujer loca y lo volvía loco con todo lo que le hacía. Cuando metía su pene en la boca, lo desataba y porque eso no le había pasado con otra mujer, sí, se había acostado ya con bastantes y llega una enana virgen y lo cambia y se muere con ella.

En perpetua excitación lo tenía, con lo mal que le cayó el primer día y ahora le caía a plomo cuando la dejaba satisfecha.

No importaba, iba a salir con ella, tendrían que hablar de muchas cosas, y como todo no iba a ser hacer el amor, ya tendrían tiempo de dejar claro que lo que durara, pero eso ya lo sabía ella.

Si alguno se cansaba o no quería seguir saliendo con el otro, se dejarían y tan amigos. Pero ahora no iba a dejarla ni que lo mataran. Necesitaba su cuerpo, su olor, su sexo de agua. Ese pelo que le encantaba y esos pechos con esos pezones que lo volvían loco.

Al final su madre tendría razón y todos iban a tener una andaluza pequeña, pero él no estaba por la labor de casarse.

Era joven y aunque su hermano John, estaba comprometido y con su novia en Nueva Zelanda por dos años y ya era el último, le costaría compartir su casa y sus cosas con una mujer. Días a la semana, vacaciones, lo que fuera sí, pero permanentemente toda la vida, eso era otro cantar.

CAPÍTULO CINCO

El lunes cuando llegó al trabajo, iba nerviosa, por dos motivos, una por ver cómo actuaba West, y el otro por el trabajo que iban a darle hasta que el miércoles retomaran el trabajo de las casas por un par de días y luego ya le dedicarían una vez cada dos semanas hasta que terminaran. Y esperaba su nuevo trabajo. Y no sabía si iba a ser compartido con West o lo haría en solitario.

—¡Hola West! Buenos días —Dijo Blanca al llegar al trabajo.

—¡Hola preciosa!

—¡Uy, ¡qué cariñoso!

—¡Qué tonta!, no te hago nada porque el jefe esta llegar, pero eso era lo que querías, ¿No?

—Algo así.

—Me gustan esas piernas.

—¡Que bobo!

—El escote, la falda y ese sujetador negro de encaje que son...

En ese momento entro el jefe con dos carpetas distintas.

—¡Hola West, hola Blanca!

—¡Hola señor Velasco! —Saludaron ellos.

—Bueno, antes de nada y como os dije el otro día, ha sido fantástico el trabajo de las casas y la urbanización, me gusta todo, hasta las diferencias entre unas y otras, los distintos acabados. Solo espero el presupuesto y si entra dentro de lo que tenemos para ello, permisos y licencia daremos el visto bueno al contratista.

—Muy bien.

—Si no, tendremos que recortar en algo.

—Bien.

—Bueno... ¿Y cómo van los planos de las casas?

—Ya acabado.

—Ya sabéis que en cuanto se empiecen a construir, una vez cada dos semanas después del primer mes, tendréis que ir un día a comprobar todo. Así que aquí os traigo otros trabajos que nos han llegado. Esta vez por separado, no se necesitan dos arquitectos, no son tan voluminosos los trabajos.

Y les dio las carpetas.

—Tú West, te tengo una familia que quiere reformar en Brooklyn, un pequeño edificio de apartamentos. Es una herencia. El padre tenía 6 hijos y cada uno tiene uno, del mismo tamaño, antiguos, es un edificio de seis plantas con ascensor y escaleras, entrada y seis pisos, un piso en casa planta. Es bajo. Hay que reformar el exterior y el tejado. Bueno, te reunirás con ellos y si no te lían con lo que cada uno quiere... Ahí tienes toda la información —señalándole la carpeta— tendrás que verlo, reunirte con ellos y que Dios te acompañe, le daremos un presupuesto a cada uno y otro por los exteriores y zonas comunes que tendrán que pagar entre todos, tienen dinero, no solo han heredado apartamentos, sino dinero. Nada de lloros.

—Está bien, me leo de momento el informe y veo los planos de cómo están, y ver si tengo algunas ideas que compartir con ellos.

—Ya te la darán ellos, son un poco especiales, pero al menos para el exterior estaría bien que tuviesen ideas, no se puede modificar, pero pintar o restaurar, sí.

—Es de ladrillo, habrá que limpiarlo si no quieren cambiarlo claro.

—Perfecto. —Dijo el señor Velasco.

—Y para ti Blanca, tengo algo muy bonito, pero muy complicado con muchas normativas que tendrás que leer.

—¿Sí?

—Sí, te va a gustar. Una residencia de mayores aquí en Manhattan, en el norte. Cinco plantas. Este es el director y dueño del edificio y su mujer. Te pones en contacto con ellos y los visitas. Es un edificio antiguo y quiere convertirlo en una residencia. Llámalo queda con ellos, mira el edificio y anota lo que quiere en cada planta, si se puede y haces lo de siempre, una idea y ya irás a medir y planos, se lo presentas a ver qué tal y luego los haces. Ten cuidado con las medidas el ayuntamiento es muy exigente con el cumplimiento de hasta un centímetro.

—Estupendo.

—Hay tienes toda la información y las normativas de las residencias de mayores.

—Bueno.

—Os dejo que trabajéis. El miércoles tenemos reunión, así que nada de quedar ese día, quizá vayáis al ayuntamiento después por lo de la urbanización.

—Perfecto.

—Ahí os dejo.

—¿Te gusta qué te ha dejado? —Le preguntó West.

—Me encanta.

—Es un proyecto mejor que el mío, al menos no tendrás que pelearte.

—Bueno voy a echar un vistazo.

—¿Estás bien, nena?

—Mejor que bien guapo. Y se levantó y la besó en los labios.

—No quiero que nos pillen.

—Ya lo sé boba.

Y estuvieron trabajando y ella le echó en un par de horas un vistazo al proyecto y llamó al cliente por teléfono para concertar una cita.

—Está bien —dijo ella, estoy allí en media hora.

—¿Te vas?

—Sí, tengo una cita, voy a ver el edificio, allí está el director y la mujer que van a llevar la residencia Y me esperan.

—Ten cuidado nena.

—Me llevo todo de momento. Y una camioneta. Hasta luego, quizá tome algo por ahí si se me hace tarde o comeré aquí, voy a dejar la comida en la sala por si acaso.

Y cuando llegó al lugar indicado, miró el edificio, era antiguo, pero estaba en las afueras y tenía una zona para dejarla de jardín en las afueras para paseos, y empezó a generar una serie de ideas, en el exterior, sin haber entrado siquiera. Y una gran verja.

Saludó en la puerta a los directores y con su libreta iba a notando piso por piso lo que querían y en el sótano querían poner las cocinas y el comedor.

En la primera junto con la recepción, secretaría, zona de juegos, gimnasio, enfermería, fisioterapia, una zona de máquinas con bastones, sillas de ruedas, y todo el material disponible, baños en todas las plantas, al menos dos, excepto en las de los dormitorios porque tenían cada uno el suyo.

Zona para la televisión, visitas, educador social, psicólogo, etc. Y el resto de las plantas, serían para los dormitorios, en la última estarían los que tenían menos movilidad o tenían

enfermedades peores.

Las habitaciones, las medidas, se las dieron los directores, porque era lo que se les exigía en el ayuntamiento, todas las normas, debía estudiarlas, aunque ella ya las tenía en el despacho.

Y para el patio delantero, ella tenía ideas para dejarlo maravilloso, donde tomar el sol y pasar por unas rutas rectas y grandes donde cupieran las sillas de ruedas.

Con una serie de fotos que ella también echó con el móvil, tuvo ideas magníficas,

—Como tengo las medidas y los planos del edificio, les presentaré unos planos en un par de semanas, si tienes algo que preguntarme o añadir que se no haya pasado les dejo mi tarjeta y si necesito venir por algo, los llamo. Va a quedar preciosa. Todo el mundo va a querer venirse aquí.

—Estupendo Blanca, queremos una residencia bonita y esta es la lista de materiales que necesitamos de todo.

—¿Me la dan?

—Casi entera, queremos que la residencia esté completa cuando la terminen. Para entrar.

—Bien, se la pasaré al contratista y la decoradora. Y le pasarán presupuestos aparte.

—Todo ha de ser de buena calidad, ya lo sabes, todo tiene normas y normas.

—Lo sé, pero no se preocupen. Creo que en 15 días, nos vemos a ver qué le parece, ¿Con algún color especial?

—Nos gusta el verde, da vida.

—Perfecto, me encanta el verde.

Y se fue contenta al despacho. Cuando llegó, West había salido a comer y ella comió en la sala con Tom y Lena, aunque estos se fueron antes, ya que habían consumido sus tiempos allí.

Y al cabo de estar comiendo llegó West.

—¡Hola nena!

—¡Hola West! aún estoy comiendo.

—¿Qué tal?

—Me encanta, voy a dejar una residencia maravillosa, quieren la residencia decorada y con los materiales, tengo listas inmensas de todo.

—Vaya, completa del todo.

—¿Y tú qué tal?

—He quedado mañana con todos en el edificio, en uno de los pisos, espero tener suerte, pero les he echado un vistazo, al menos son todos iguales, compartimentados, me tocará tirar muros y ver los de carga. He hecho un plano de uno, así sin medidas exactas a ver si les gusta. Y no me tiran por la ventana.

—Pobrecito. Bueno, solo son seis pisos, ten en cuenta que tengo cinco pisos con un montón de habitáculos y habitaciones, todas iguales. Al menos eso sí, estoy encantada.

¡Cómo no, que suerte tienes!

Cuando tomaron café se pusieron a trabajar.

—Voy a empezar por leerme las normas de las habitaciones de personas con reducida movilidad, es la última planta. Esto está lleno de normas, sin pasarse un centímetro.

Cuando acabaron el día, salió con ella y la acompañó a su edificio.

—¿Quieres un café? —Le dijo ella.

—¿Me invitas?

—Ha sido un día duro, solo tengo que bajar a la piscina, ducharme y hacer la cena, no pienso hacer nada hoy.

—Te dejo entonces preciosa, voy a darme yo también una ducha, pero si me invitas a cenar vengo temprano, no me quedará mucho, te dejaré descansar, así hago yo también un poco de

ejercicio. Y ella lo miró encantada.

—Te espero y la besó en la puerta.

—Hasta luego enana. Me traigo cena.

—Si voy a hacer.

—¿Y la que me hace la chica?

—Bueno, comemos de todo un poco.

—Ahora vengo en hora y media o así.

—Hasta luego.

Así que entre bajar una horita a la piscina y bañarse y ponerse el camión, tenía en la puerta a West.

—¿Vienes con chándal?

—Cariño, no pensaba vestirme, así ando un poco. Y dejó la comida encima de la península de la cocina.

—Ese pantalón de algodón, enseña demasiado, se nota.

—Se nota el qué —Y ella lo tocó.

—Si me tocas, guasona, se nota sin duda ninguna. ¡Qué boba eres! —Y lo agarró por el cuello y se la subió con las piernas abiertas hasta que sintió su sexo caliente con su miembro que se ponía duro.

—Mira lo que me haces...

—Me encanta lo que te hago.

—Pues habrá que poner remedio —y sacó un preservativo, se lo puso, le apartó el tanga a un lado, y así entró en ella, apoyándose contra la pared y embistiéndola hasta derramarse en ella y agitados gemían.

—Nena, esto es lo más, no pesas nada chiquita y puedo manejararte.

—Sí, pero ten en cuenta mis piernas.

—Tus piernas son... Tienes una piel... Y la bajó al suelo y besándola y fue al baño.

Ella sacó la comida e hizo unos filetes además a la plancha y ensalada con patatas cocidas para el día siguiente.

—Esto no puede ser todas las noches pequeña.

—Lo sé, tenemos trabajo, pero hoy desde luego no iba a hacer nada, ni pienso. Me acostaré en cuanto te vayas.

—¿Sin regalo ninguno para irme?

—Quizá te lleves uno.

—Gracias a Dios...

—¡Que tonto!

Y se lo llevó, e iba contento.

Los días y las semanas pasaban y ellos seguían con sus trabajos, el proyecto y presupuesto de las casas fue aprobado y los meses se pasaron, todo estaba aún en obras, tirando tabiques y echaron un vistazo y comieron fuera, la próxima vez que visitaron la urbanización. Hablaron con el contratista por si había algún problema y por lo demás, seguía ella con su residencia.

Le quedaba ya poco para terminar los planos, los terminaría para el 15 de noviembre sí o sí, aunque tuviera que trabajar en casa, y en el edificio de West, ya habían empezado a trabajar, pero en el de ella con tantas normas, había que señalar las medidas en los planos, pero el 15 de noviembre lo terminó, incluso con colores de paredes y la zona de patio, de paseo.

Luego una vez hecho la decoradora se dedicaría a comprar y decorar con la lista que ella tenía para meter, y que además había que comprar en sitios especializados con medidas específicas

también.

El día que les presentó los planos a los directores, se quedaron encantados, ella le hizo un plano virtual en su tableta, con un recorrido de cómo iba a quedar. Se curraba sus trabajos con los programas que tenían.

Y solo quedaba pasarle el presupuesto de la obra, el de la decoración era otra cuestión,

Para el presupuesto, debían ir al estudio y hablar con el señor Velasco y el contratista y la decoradora.

Ella ya les pasó los planos a ambos y le quedaba como siempre licencias permisos y estar al tanto de vez en cuando.

West, había terminado mucho antes y estaba con unos cuantos pisos sueltos en edificio, trabajos menores.

Aun así, seguían con el primer proyecto que tenía previsto terminarse para mediados de enero.

Cerrar un proyecto, era acabarlo del todo, y de momento tenían todos abiertos. Pero estaban contentos.

Salían los fines de semana por la noche, al menos un día que casi lo pasaban juntos todo el fin de semana, en casa de uno o de otro excepto el domingo por la noche que West o ella, iban a dormir a su casa o algunas tardes en las que trabajaban.

Y entre semana, él pasaba algunas noches.

Pero estaban radiantes.

West era feliz con su pequeña, ella era feliz con su gigante y con su trabajo y llamaba los fines de semana a su casa.

Llegaba finales de noviembre y el frío y había cobrado una buena nómina en octubre, en septiembre y ahorra, porque si salía con West el sábado, aunque cenaban en casa y salían solo a tomar una copa, no la dejaba pagar y salían poco con el frío. West no era muy fiestero, pero sí una vez a la semana, le decía ella. Y lo pasaban muy bien, porque si por él fuera, no salían.

Llegaba Acción de Gracias y tenían unos días de descanso. Blanca pensó en salir de Nueva York, porque no había visto nada aún y quería aprovechar el puente con West.

—Voy a comer a casa de mis padres, vamos toda la familia —le dijo casi diez días antes.

—Podemos ir el viernes fuera y estar un par de días, en Boston o en algún lugar. Le dijo ella que comprendía que no iba a invitarla a ese día que era familiar y no llevaban el tiempo suficiente, aunque conocía a sus padres. Pero no le sentó mal.

—Tendré que aprovechar el puente para trabajar, nena.

—Este puente, podrías descansar.

—Y podemos, pero podemos trabajar también. Nos quedaremos en casita.

—No West, voy a salir de Nueva York este fin de semana. Necesito ver otros lugares, salir respirar un poco del trabajo y renovarme. Lo necesito y qué oportunidad mejor que esta que hay tres días... Si tú, no puedes cielo, voy yo.

—Pero vuelves por la noche. ¿No?

—No, me voy el viernes y vengo el domingo. Quería salir unos días, de todas formas, nene, si tienes que trabajar, estarás mejor solo.

—¿Dónde vas?

—Voy a ver las cataratas del Niágara, estarán preciosas en esta estación, nevadas, solo hay unas siete horas de camino saliendo de Nueva York, si salgo temprano el viernes, llego al mediodía y me quedo dos noches y me vengo después de comer el domingo o como por el camino. Me gustaría ir, y que vinieras conmigo, pero si no puedes venir...

Y él se puso serio.

—Te vas sola.

—Como tú a comer con tu familia. Y me voy sola porque no quieres venir. No voy a estar encerrada un puente con lo que trabajo, quiero ver sitios, cada vez que tenga unos días pienso salir y ver lugares, no me enfado cariño porque no vengas. Pero tú, tampoco debes hacerlo.

—Pero son dos noches fuera.

—Sí y qué, no te vas a morir, así me echarás de menos —Y lo besaba.

—Blanca, no quiero que vayas —le dijo muy serio.

—¿No quieres que me vaya?

—Estamos muy bien aquí en casa.

—Vente conmigo, si sales tarde de la cena de tus padres nos vamos más tarde.

—No es eso.

—¿Entonces? —y ella, lo miró—. Ah no West. Me voy, lo siento.

—¿Te vas, en serio?

—Pues claro, si no pasará nada por irme, en Navidades también estarás con tu familia y yo sola, y no me enfado.

—Me quedaré el 25 contigo en casa.

—En casa, sin salir.

—Puede que no esté cuando vuelvas.

—¿Pero estás tonto?... Si son dos días ¿Me lo dices en serio?

—¿Me ves riéndome?

—No, no te veo riéndote, pero me voy a ir, te pongas como te pongas, quedan dos semanas y voy a reservar y a estrenar mi coche por carretera, ya tengo los planos y me falta reservar hotel, un hotelito no muy caro que he visto precioso.

Él la miró toda ilusionada y sabía que era una tontería, pero el hecho de que se fuera sin que él quisiera... Quería pasarlo en la cama con ella desde el viernes, y ella no quería, pues que se fuera.

Y ella pensó que no todo era sexo sin salir, que le gustaba viajar y ver cosas nuevas y podían hacer el amor allí.

—Bueno, pues nada. —Dijo él—. Tú misma. —Y se fue de casa.

Aún quedaban diez días para Acción de Gracias, diez días en que solo la saludaba en el trabajo y no le había dado un beso ni quedó con ella ese fin de semana.

Blanca se estaba poniendo de los nervios y eso era lo que West pretendía, castigarla. Sí que el miércoles antes de Acción de Gracias, Blanca, le dijo al salir del trabajo:

—Espera West.

—Dime...

—¿Hemos acabado esto?, Porque si lo hemos acabado me gustaría saberlo, llevas diez días comportándote como un niño mimado porque me voy tres días de vacaciones y no quieres acompañarme, por eso me voy sola.

—¿Me retas?

—¿Que te reto?, es un viaje West.

—Hemos acabado, sí, si te vas, hemos acabado.

—Perfecto, por mí no hay problema. Ya sé a qué atenerme. Al menos lo tengo claro.

Porque a ella le parecía la tontería más grande que iba a cometer ese tipo, que lo supiera. Ahora era libre, y aunque lo echaría de menos, sabía que algún día iba a poner cualquier excusa para acabar con ella y así se lo dijo.

—¿Sabes West? Si quieres encontrar una excusa para dejar de salir conmigo no hacía falta esa

idiotez, me lo dices claro y en paz. En eso quedamos. A partir de ahora somos libres, puedes acostarte con otras, si es lo que quieres, yo haré lo mismo.

Y él la miró para matarla.

—Adiós West, hasta el lunes.

Porque el día de Acción de Gracias ella iba a pasar a fichar y de ahí se iba a la residencia y volvía para fichar e ir a casa.

—¡Será cabrón! —Se dijo—, no me invita a su casa como una amiga porque no quiere que sepan que sale conmigo desde hace dos meses y no quiere que vaya de vacaciones sola ni con él, ¿pero qué se ha creído? iría ahora y cuando quisiera, donde quisiera, no iba a estar encerrada en casa siempre. Sin ver nada. Solo a tomar una copa un sábado por la noche.

Y se dio cuenta de que si no era porque ella lo animaba se quedarían siempre en casa, y ella no era de esas, que se olvidara, era joven y quería salir.

Fuera el gigante. Por muy bien que hiciera el amor o lo quisiera, estuviese enamorada de él ya sin remedio, pero no había ido a Nueva York a trabajar y a estar en casa para él y escondida, para nada.

Y en cierta manera se sintió libre porque lo vio con claridad. Se equivocaba con ella si pensaba que solo iba a salir el sábado de noche y a un local.

Aún en los meses que llevaban no había visto ni siquiera el parque con ella, solo a los trabajos, pero eso se acabó. ¿Es que le daba vergüenza ir con ella o qué leches le pasaba? Era cariñoso y era sensual y sexual, pero eso no era todo, quería ir de la mano por la calle a plena luz del día y había estado tonto.

En cuanto llegó el día de Acción de Gracias a casa, sabía que él estaba comiendo con su familia, excepto la prometida de John, su gemelo que estaba en Nueva Zelanda, pero si ella estuviera en Sevilla y él estuviese solo en ese país y en esa ciudad, lo hubiese llevado a su casa, aunque allí no se celebraba esa fiesta, pero en otra cualquiera.

Le daba igual, se duchó, hizo una maleta pequeña, preparó su buen abrigo, y bufanda y guantes aparte y se hizo la cena, una sopa y tortilla. Y como los diez días anteriores en que no la llamó, esa noche menos iba a recibir llamada o mensaje de él.

¡Que le dieran!

Su despertador y dejó su móvil cargando su GPS, sus documentos en el bolso y reservó un hotelito cercano a las cataratas. Lo estuvo viendo y era magnífico.

Y a las seis de la mañana, bajó al parking con su maleta, su GPS y lo puso en el coche y emprendió camino a las cataratas. Pararía a la salida de Nueva York para desayunar y luego para tomar algo si se le hacía tarde.

Y por fin a la una y media llegó, le señalaron el aparcamiento del hotel. Aquello era maravilloso, aunque hacía demasiado frío.

En el hotel contrató un seguro necesario para estar allí, y se apuntó a ver las Cuevas de los Vientos y el Acuario, una cosa cada día. Con las vistas tenía suficiente.

Eran una maravilla de la naturaleza. Impresionante.

Entró en la habitación, con vistas y el ruido ensordecedor al abrir la ventana, estaba encantada.

Bajó a comer al comedor, conoció a gente, entre ellos a un chico ingeniero de Nueva York, algo mayor que ella, Samuel, con el que hizo amistad enseguida en la mesa mientras comían, porque le recordaba a Tom, salvo que este no era gay.

Había llegado por la mañana y se había apuntado a las mismas actividades que ella, porque con ir a las vistas, ya no daba más tiempo en un fin de semana.

Era un chico rubio y encantador de ojos verdes, risueño y agradable, era alto y guapo, tenía un

buen cuerpo, se notaba que hacía algo de ejercicio. Cuando hablaron de sus trabajos, él trabajaba en un despacho de ingeniería, cerca de su trabajo y conocía el estudio de arquitectura, incluso alguna vez habían trabajado juntos en algunos trabajos con los ingenieros de su empresa. Él estaba en otra sección.

—¿En serio? —Dijo ella.

—Sí, en serio. Nos consultaron los elementos para un estudio como el nuestro.

—Bueno, yo estoy desde septiembre trabajando en Nueva York.

—¿Eres extranjera?

—Española.

—Se te nota un poco el acento, pero hablas muy bien inglés.

—Gracias.

—¿Y tienes novio?

—Bueno, novio no, salía con un chico del trabajo hasta hace once días.

—¿Y eso?

Ella le contó un poco por encima la historia.

—¿En serio? —se sorprendió Samuel.

—Por esa tontería, por esa, y me he dado cuenta de que nunca he salido con él de día ni hemos ido algún fin de semana de vacaciones, sí que fui a la cafetería de sus padres, al principio, como compañera de trabajo, que eso es lo que éramos, pero de día nunca.

—No puedo creer eso. Mujer te vas a quedar encerrada en casa.

—Pues eso digo yo, y ponerme en la tesitura de ni invitarme a su casa y no querer que me fuera de vacaciones.

—Eso se llama egoísmo amiga.

—Sí, lo sé.

—Vive tu vida, mujer, que nadie te encierre. Si tienes oportunidad de hablar con él, se lo cuentas.

—Eso está ya hablado, por descontado, y a partir de ahora, saldré más, tengo mi trabajo y mi sueldo, intento ahorrar todo lo que puedo, pero salir a veces ir al parque es casi gratis, vas andando y te das un paseo.

—¿Dónde vives?

—Al lado del trabajo.

—Anda, yo también.

—Estamos a cinco minutos —Cuando se dijeron dónde vivían.

—¿Qué edad tienes Samuel?

—29 ¿Y tú?

—24.

—¡Qué jovencita! Tu apartamento es alquilado entonces...

—Sí, es pequeño de dos dormitorios. ¿Y el tuyo?

—Me lo he comprado, bueno, mis padres me ayudaron, la verdad.

—¿Tiene piscina y gym como el mío?

—Sí y cuatro dormitorios.

—¡Qué exagerado! ¿Para qué quieres cuatro dormitorios?...

—Iba a comprarlo de tres, pero había uno igual de precio, y me lo compré de cuatro. Ahora estoy satisfecho.

—¿Y qué tienes cuatro dormitorios?

—No tengo uno de librería y para escuchar música, videojuegos el mío, otros dos y el

despacho que es enorme.

—¿Cuántos metros cuadrados tiene?

—250.

—Madre mía hombre... —Y él se reía—. ¿Eres un pijito de Nueva York?

—No soy de Nueva York, soy de Boston, allí viven mis padres, en Cambridge, allí estudié en Harvard y allí fui un hijo mimado y único.

—Con razón. Podías haber trabajado allí.

—Tenemos la central allí, pero al abrir una sucursal en Nueva York, me enviaron aquí. Mis padres son ingenieros también los dos.

—¡Qué barbaridad!

Y ella le contó también su historia.

—Tienes unos ojos bonitos...

—Los tuyos son también bonitos y más claros, me encantan los ojos tan claros.

—Bueno, estoy molida Samuel, creo que voy echarme una siesta.

—¿Quedamos para la cena? Luego hay una fiesta.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—¿A qué hora?

—A las diez, pero quedamos a las ocho y media para cenar, ¿Te parece bien?

—Me parece muy bien, nos vemos aquí.

—Hasta luego Blanca española.

—Hasta luego Samuel de Boston. —Y él se rio con una risa preciosa.

Y ella se acostó pensando que había más hombres guapos y simpáticos, sobre todo, porque West no lo era, ¡Maldito gigante!...

Esa noche de Acción de Gracias West, estaba muy cabreado, su madre le dijo que qué le pasaba.

—Tan serio como siempre mamá déjalo —decía John.

Pero pensaba en Blanca y se le revolvían las tripas, no quería que se fuese sola, quería irse después de cenar, irse a su casa y ni salir en todo el fin de semana salvo a trabajar, un poco, pero ella quería ser un espíritu libre, pues que no contara con él.

Ya eran libres, no tenían nada y si no estaba ella, iba a buscar sexo, quería darle una lección, y lo tendría. El sábado, donde siempre.

Y lo tuvo, y se arrepintió nada más tenerlo, se sintió infiel y perdido, no era ella y si lo supiera no se lo iba a perdonar. Ni siquiera supo quién era la chica, ni le preguntó siquiera.

Pero sí que le pidió un taxi nada más acabar.

¡Dios que he hecho!, joder maldita sea. ¡Blanca del demonio!...

Sin embargo, Blanca estuvo cenando con Samuel esa noche y bailando en la fiesta.

Luego se sentaron a tomar una copa.

—Lo estoy pasando fenomenal, menos mal que te he conocido.

—Sí, y yo a ti, ha sido una suerte, guapa.

—¿Tienes novia?

—No, hace seis meses terminé una relación, demasiado tóxica para mí, era controladora y no soporto eso.

—¡Vaya dos! ¿Estabas enamorado de ella?

—Pues no como debería, eso no es amor ¿Y tú del gigante?

—En dos meses, no creo, pero es que es tan raro, y me doy cuenta de cosas que no me gustan.

—¿El sexo?

—Sí, el sexo es bueno, muy bueno, no te voy a mentir, pero es que no he tenido salvo a él.

—¿Eras virgen cuando viniste y te acostaste con un tío de 31 años?

—Sí, era una tonta. Pero no me arrepiento que fuera el primero. Generalmente soy una persona que no me arrepiento de lo que hago.

No mujer, tardaste demasiado. Y si él tiene 31...

—¿Te acostarías con otro?

—Por qué no, seguro que él lo hace, pero no es por eso, soy libre, no me voy a quedar para vestir santos. —y él rio.

—¿Conmigo?

—¿Me lo estás proponiendo?

—Sí, sinceramente me gustas, eres muy guapa, somos libres, y me gustaría. Di que sí...

—Sí —Y Samuel, le tomó la mano y la llevó a su habitación. Blanca iba temblando.

—Blanca, no tiembles guapa, sé que no soy el primero y no me importa que me compares, yo soy yo y él es tu primer hombre, y si vuelves con él sería normal, porque hace muy poco tiempo.

Y ella le pasó los brazos por el cuello y se besaron. Samuel besaba muy bien y ella estaba mojada y húmeda y se había tomado dos copas y eso ayudaba y cuando él se desnudó, ella vio un tipo estupendo con un cuerpo diez, y se dijo que hasta ahora tenía suerte con los cuerpos de los hombres.

Y Samuel, la trató con ternura y entró en ella hasta arrancarle un orgasmo fuerte y potente y gemían ambos en esa cama bajo el ruido del agua.

—¡Oh Dios, qué bonito ha sido Samuel!

—Sí que lo ha sido, pero has visto solo mi parte tierna.

—Bueno, tenemos la noche...

Y fue al baño y al volver, se metió en su sexo y ella sentía la suavidad de su barba, las cosquillas que ese hombre le hacía y se corrió enseguida. Le encantaban los hombres con barba corta, como su gigante, negra y como la de Samuel, suave y rubia.

—Eres demasiado ardiente y sexual nena, uff... como me pones. Y ella bajó a su sexo correspondiéndole y Samuel, explotó como las cataratas en la noche.

Y siguieron con el calor de las copas y el de sus cuerpos y tuvo un sexo, sin comparar a nadie, ni siquiera a West. Y ni se sintió culpable. Quizá al día siguiente.

Pero tampoco.

El sábado él la despertó para ir a la excursión y lo pasaron especialmente bien, en las cuevas. Samuel la llevaba de la mano como si fuese su pareja y ella se sintió bien.

Samuel medía 1,85, era alto y estaba bueno, le encantaba su barba, las mujeres lo miraban y ella sintió celos, y se sorprendió.

A la vuelta cenaron y otra vez se quedaron en la cama toda la noche.

—¿Qué me dices chiquita?

—Ha sido perfecto.

—¿Me vas a dar tu teléfono?

—Claro y tú me das el tuyo.

—Y si vuelves con él a la vuelta, quiero saberlo.

—Te lo diré.

—Porque si no te quiere, yo sí quiero salir contigo.

—¿De verdad?

—De verdad, eres una mujer estupenda y no voy a renunciar a ti, a menos que tú no quieras.

—Samuel...Eres tan guapo. He tenido la suerte de tener dos hombres guapos. Si no hay nada entre él y yo a la vuelta, pero quiero que vayamos despacio.

—Tú llevas el ritmo, pequeña.

—No, los dos.

Y la besó.

—Eres perfecta.

—Y tú... No sé por qué no tienes pareja.

—Soy selectivo, no salgo con cualquiera, ni me acuesto tampoco. Pero si salgo, la fidelidad está en primer lugar, si no, esto se termina y si se quiere ser infiel también.

Lo sé, creo que pensamos igual en eso.

—Anda vamos a ver el acuario y luego nos vamos, una pena que no hayamos venido juntos, pero te llamaré a casa para ver si has llegado bien. ¿Vale? Y ahora ven aquí que Samuel tiene una cosita para ti.

—Espero que sea húmeda.

—Muy húmeda.

CAPÍTULO SEIS

Era extraño, pero en el camino de vuelta, no se sentía culpable, ni extraña, se sentía libre. Había hecho el amor con otro hombre, casi más compatible con ella, más amigo. Con Samuel podía soltarse y contarle cosas además de compartir risas y sexo y un sentido del humor parecido. Pero claro, la encrucijada de West, estaba ahí, para que lo viera a diario. Y no sabía cómo iba a sentirse al verlo el lunes.

No sabía qué iba a pasar, es más era tan especial Samuel que le dijo que si salía de nuevo con West, se lo dijera, además le iba a dar un tiempo a ver qué pasaba, no quería empezar una relación con ella demasiado pronto, y eso él lo sabía. Y ella también.

Pero se sentía feliz y satisfecha y había pasado unos días preciosos. Salir la renovó, lo necesitaba en todos los sentidos y el sexo, había sido especial con Samuel. Ahora podía comparar si quería, pero no iba a hacerlo.

Lo que no se esperaba ella, era que el lunes, al entrar al trabajo de nuevo, había una mesa más en esa sala tan grande. Habían contratado a otro arquitecto.

—¡Hola West! —saludó ella como todos los días, contenta y feliz. Parece que vamos a tener otro arquitecto más.

—¡Hola Blanca!

Pero no le dijo nada más ni tenía intención de hablar más con ella, más de lo necesario, porque el martes tenían que ir a las casas.

—¿Mañana vamos a las casas? —Preguntó Blanca.

—Sí.

—Vale estupendo.

—Se quitó su abrigo y la bufanda y se sentó en su mesa.

En ese momento entró una chica alta y guapísima y exuberante, con cierto aire latino, el pelo negro y largo y los ojos negros. A ella casi ni la miró.

—¿West?, eres tú... Madre mía, qué casualidad después de lo de la noche del sábado. Jamás pensé que íbamos a ser compañeros. La vida es un pañuelo.

—¿Eres arquitecta?

—Claro —se acercó a su mesa y le tocó la cara en forma de caricia—. Pero jamás después de lo del sábado, pensé encontrarte aquí.

Esa mujer no se cortaba un pelo, y West, bajó la cabeza, avergonzado, y ella supo que se había acostado con ella el sábado. No quería mirarla a la cara.

A ella no debía darle explicaciones de todas formas, lo que faltaba, eran libres y tampoco tenía problemas en trabajar con más personas en la sala. Era una gran sala y una gran firma y por lo visto aumentaban los trabajos.

—Bueno, bueno. —Se acercó a ella.

—¡Hola soy Marlene!, encantada. Voy a trabajar con vosotros.

—¡Hola Marlene! —se levantó ella y la saludó con la mano—. Encantada de tenerte con nosotros.

Sabía que, a West, no le gustaban dos cosas, que se la hubiese tirado y ella se enterara y que les metieran a más personas en su despacho. Y sobre todo tenerlas a las dos allí.

Ella ese día tenía cita con el señor Velasco, la decoradora el contratista y los directores de la

residencia, sobre las diez de la mañana, para ver si se aprobaba el proyecto de la residencia, pero mientras le darían otro, que tendría que empezar el miércoles si iban el martes a las casas.

En ese momento entró el señor Velasco...

—¡Hola buenos días!

—Buenos días, saludaron.

—A ver unas cuantas cosas, os presento a mi sobrina, Marlene, va a trabajar con vosotros, pero os voy a cambiar de sala, porque está queda demasiado estrecha para los tres y me gusta que trabajéis con espacio. Espero que no tengas problema Blanca.

—¿En qué señor?

—Te voy a cambiar a ti sola a la sala de al lado, para que estéis más libres. La sala es para una persona sola —Y West lo miró con rabia, y Marlene encantada. Sé que estás haciendo un buen trabajo y a ti West, te necesito para que le enseñes a mi sobrina cómo funcionamos.

—Ah por mí ningún problema, señor Velasco —le dijo Blanca encantada de estar sola sin esos dos. Como agua de Mayo, le había venido

—Verás es una sala bonita, la han pintado esta mañana y ahora vendrán en media hora a llevarse tus cosas y las instalan.

—Estupendo.

—Tiene vistas a la avenida, como esta y es para una persona sola, ya te puedo dar trabajo en solitario, después de lo que has hecho en la residencia y era normativo, y sabes que tenemos la reunión a las once.

—Sí señor.

—De todas formas, tienes el trabajo con West, de las casas, ese lo terminas con él. Mañana tenéis que ir ¿no?

—Sí, mañana nos toca.

—Pues perfecto. Te voy a dar otro trabajo, ya que estoy contigo, y quiero que mientras tengamos la reunión cambien tus cosas. Bueno, en principio pensé dejaros a los tres aquí por ese se han metido los muebles, pero estarás al lado de ellos, por si necesitas consultarle algo a West. Está bien, toma, otro proyecto. Vas tener tres abiertos.

—No me importa. Lo llevo anotado en mi agenda.

—Bien, este va a ser corto, porque te voy a mandar a Boston después de Navidades, a finales de enero, cuando se acaben las casas. Sí dejas uno cerrado.

—¿Sí?

—Sí señorita, allí te quedaras en nuestra sucursal a hacer un trabajo, otra residencia de mayores y como tienes experiencia, te mandaré y lo harás con un compañero, luego te vuelves, él se queda al tanto de la revisión, pero si nos sale otra, ya tiene tu compañero de Boston experiencia. Le vas a enseñar —y se reía—. Revisará en tu lugar hasta cerrar el proyecto. Por supuesto, te daremos un apartamento mientras estés allí y unas retribuciones aparte.

—Gracias señor.

—Y ahora toma, este es el trabajo antes de que te vayas a final de enero. Te va gustar porque es una cafetería de dos plantas, en esta avenida.

—¿En serio?

—Sí, podrás ir andando. Ahí tienes todo, ve echando un vistazo mientras, si te da tiempo a todo lo que hoy te espera.

—Bueno, ahora tú, West, ¿Cómo vas con el edificio?

—He presentado ya el proyecto, a falta del presupuesto, al menos he logrado un consenso. Falta aprobar el presupuesto y llevar las licencias que tengo preparadas,

—Bueno, a ver si puedes hacer todo este mañana, llama que te aprueben eso, firmen y llevas las licencias para que el contratista empiece eso ya. Y toma, para el miércoles, este con mi sobrina Marlene, para que aprenda contigo. En Brooklyn, una sala de arte moderno. Ahí lleváis todo, podéis llamar y verla y lo de siempre a ver qué quieren, cómo, medidas, podéis quedar para el miércoles y empezar con los planos, no debe llevar mucho, pero quiero que vaya contigo. Si da tiempo hoy podéis echar un vistazo. Marlene, tú lo miras mientras West sale a lo de las licencias y el presupuesto. Y si no, mejor lo acompañas para que vayas viendo el tema.

—Está bien.

A Blanca le pareció que es aparte de las uñas largas, no sabía ni papa y que West iba a hacer el trabajo. Ese era su problema.

Se puso a mirar su trabajo. Una cafetería. Si le daba tiempo iba a verla por la mañana, pero no creo que le diera tiempo salvo de llamar para quedar el miércoles temprano.

Y estaba contenta de que la cambiara a una sala sola para ella.

Uff, estar con esos dos iba a ser insufrible y el señor Velasco era su ángel de la guardia,

Estuvo mirando cafeterías. En el estudio de la carpeta, era una cafetería vegana, había sido otra cafetería, por lo que se ve, pero querían cambios de barra, y tenía dos plantas, no lo había visto salvo en Sevilla, pero en Manhattan no, pero se le ocurrieron ideas, que ya hablaría con los dueños.

Mientras, la sobrina del señor Velasco se sentó en la mesa al lado de West, hablando despacito y con una falda más corta que la suya, si ya él se quejaba.

Ella miraba de soslayo y lo veía avergonzado. Bueno allá él.

Al final salieron a la calle diciendo hasta luego y recogiendo sus documentos.

Y a ella la llamaron a la sala para los presupuestos de la residencia.

Se sentaron todos al lado de la mesa y le presentaron los presupuestos, del contratista y la decoradora uno con todos los utensilios, hasta el último bote de alcohol. La lista inmensa y ellos comprobaron con la suya.

Estuvieron hablando y aprobaron los dos presupuestos, en cuanto la decoradora les enseñó los muebles y su diseño perfecto.

Se saludaron todos y ellos la abrazaron y les dieron las gracias a todos

—Iré dentro de un mes, y luego cada dos semanas hasta comprobarlo todo. Con la decoradora también —Les dijo Blanca.

Y eso gustó a los clientes.

Ya el resto se fueron y ellos se quedaron a pagar con el señor Velasco y ella se fue a su despacho.

—Ya te han colocado todo, se lo han llevado volando —Le dijo la recepcionista.

—¡Ah gracias!

—Ahí han dejado tus llaves. Se han llevado tu abrigo y la bufanda.

—Gracias, me encanta.

—Bueno, si no me queda nada voy a ver mi despacho.

—Hasta luego. Me voy a la recepción. Nos vemos en la comida.

Y cuando abrió su despacho, era precioso, que se jodiera West, que ahora iba a estar con ella, mejor, si se habían acostado...

Pero tenía despachito mono para ella sola. Se iba traer unas fotos para la mesa de despacho y un par de plantas, fotocopiaría sus títulos y master y los colocaría el miércoles en su despacho.

Tenía una percha para colgar sus cosas, dos armarios altos con cajones y puertas y los de arriba libres, donde tenía una copia de las casas y otra copia de la residencia.

Y frente a la ventana la mesa de dibujar y la de despacho al revés, mirando hacía la puerta, con dos sillones frente a su preciso sillón de despacho, completo, su tableta, pc, fotocopidora de pie grande a un lado y un fax.

Temía de todos los materiales y estaba que se salía, hasta una puerta que abrió y era un pequeño aseo.

¡Ah Dios, que felicidad!, y ahí no había espacio para nadie más, estaré sola y feliz.

De momento era la hora de comer y se llevó sus cosas a la sala a comer.

Cuando se cruzó con West...

—¡Hola Blanca!

—Hola West?

—¿Vas a comer?

—Sí.

—Bien.

Y ella saludó a sus amigos de comida y cuando acabó, West, no había llegado a tomar el café y ella se fue a su despacho. Iba a traerse un cepillo de dientes y un vaso y una toalla para su baño y allí dejó su bolsita de aseo.

Por la tarde, el tiempo que le quedaba, llamó a los dueños de la cafetería, para quedar temprano el miércoles

Y así fue.

El resto de la tarde hizo algunos bocetos de cafeterías de dos plantas, a partir de las fotos que había en la carpeta de cómo había sido antes.

Llamaron a la puerta media hora antes de irse.

—Sí, pase.

—¡Hola Blanca!

—¡Hola West!...

Y él, se sentó en una de las dos sillas que había frente a su despacho y lo miró.

—¡Qué suerte! Es precioso.

—El miércoles lo decoro. Dime...

—Quiero decirte que entre Marlene y yo...

—No me importa el polvo que echaras West el sábado.

—Blanca eres...

—¿Qué, qué soy?

—Una bruta hablando.

—Sí me gusta serlo, si tienes un problema con ello, no te importa. ¿Algo más?

—Lo siento, de verdad.

—¿Que lo sientes? No lo creo.

—Debí ir contigo.

—Sí, debiste ir, no pienso permitir que nadie me encierre en casa ni se avergüence de mí, valgo mucho West.

—Lo sé, no es eso.

—Sí que lo es, y prefiero no estar contigo y salir. Y más después de lo del sábado por venganza.

—¿No vas a perdonarme?

—¿Qué no voy a perdonarte, que te acostaras con ella?

—Sí, por favor chiquita, fue por vengarme al irte, no lo pensé, pero te juro que será distinto a partir de ahora. Tienes razón. Saldremos juntos por ahí...

—No, no puedo estar contigo ahora mismo, además yo también me acosté con alguien en las cataratas, si yo te perdono, tú, también debes hacerlo.

—¿Que te has acostado con otro?

—¿Qué te has acostado con otra?

—No ha significado nada para mí.

—Para mí, ha sido bonito, pero no tengo ninguna relación tampoco. Así que tú verás —y lo miró a los ojos.

—No puedo perdonar eso.

—¿Y yo sí debo hacerlo?

—No es lo mismo, lo siento. —Y salió por la puerta.

¡Vete a la mierda hombre!

Y sabía que ahí había terminado y que ese salía con Marlene sí o sí y vería como no era tan tonta como ella y salían fuera. La vida era un pañuelo. De lágrimas.

A la hora de la salida, cuando cerró su despacho, los vio salir y ella se agarraba a su brazo mirándolo y sonriéndole.

Perfecto. Era el final de los finales, con ese tipo.

Ahora dejaría un tiempo a que Samuel la llamara. Si la llamaba, claro. No tenía ganas de salir ahora mismo con nadie porque le dolía, le dolía lo que le había hecho, dejarla doce días porque se iba de vacaciones, sin hablarle. Por todo. Y ahora le paseaba por las narices a la tiparraca esa. Iba a hacer el trabajo él y ella se iba a llevar la mitad de los agradecimientos.

Ella estaba mejor sola, y deseaba que acabara pronto las casas para no tener que ir con él ningún lado.

Esa tarde salió a comprar unas macetitas y unas litografías de arquitectura preciosas, compró un par de marcos para sus títulos y los puso en casa, y se los llevaría al día siguiente con una toalla y un vaso con un cepillo de dientes y dentífrico.

Luego bajó a por la compra que no hizo el puente, y le dio un poco al apartamento y puso una colada, mientras se hacía una ensalada, porque al día siguiente comía fuera.

Cuando acabó se dio una ducha, cenó y se tumbó en el sofá.

Eran casi las diez de la noche. No había podido bajar a la piscina, al día siguiente, le venía bien.

Y pensó en todo. Intentó hacerlo racionalmente.

—¿Cómo era posible que West la hubiese dejado por ir de vacaciones un fin de semana?

Y todo por no hacer lo que él quería y fijate la que se había liado, habían dejado de salir y se habían acostado con otras personas. Y para colmo, para él era una infidelidad imperdonable, faltaría más y lo suyo... ¿Qué era?

Lo mejor era dejar el tiempo correr y centrarse en su trabajo y salir los fines de semana de día o de noche o viajar donde quisiera.

Al día siguiente, se puso unas mallas con las botas de trabajo y un jersey de cuello alto con un chaquetón impermeable con gorro.

Entro en su despacho y metió un par de libretas en su bolso de trabajo, la tableta, y lo que siempre llevaba, y se dirigió al despacho de West.

—¡Hola West, Hola Marlene!

—Nos vamos —dijo este.

—Sí, voy cogiendo las herramientas y la llave de la camioneta.

—Vale.

—Te espero abajo.

—Cuídamelo bien, Blanca.

—No te preocupes, es grandecito y sabe cuidarse bien —Y la chica lo miró con adoración. Cuando él llegó a su altura...

—Tienes pintura roja en los labios —Y West se los limpió.

—Toma la llave, es el uno.

Y metieron las herramientas y ella se sentó al lado del conductor y West conducía hasta que salieron de Nueva York. Ella iba en silencio.

—¿No vas a hablar en todo el camino? —Le dijo él.

—No tengo nada que decir West y menos si sales con ella.

—Voy a salir sí.

—Me alegro, es una chica muy guapa y alta.

—Gracias, ¿Tú no sales con nadie?

—De momento no, pero me extraña que tú que no salías, la facilidad que te ha entrado por dejar a una y salir con otra en dos semanas.

—Tú lo has querido, Blanca ahora no te quejes.

Y ella se rio.

—¿Tiene gracia?

—Mucha. Ahora cuando lleguemos, me voy mis casas y tú a las tuyas, luego vemos el parque, ya lo han empezado también —Y dio por finalizada la conversación entre ellos. Si quería buscarla, no la iba a encontrar.

—Perfecto. Luego comemos algo y de vuelta.

—Me parece bien.

Al cabo del rato, él le dijo:

—¡Maldita sea Blanca! ¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—Eres tan testaruda.

—Porque no quiero hacer lo que lo demás me digan ni voy a estar encerrada porque te dé la gana, voy a salir, de día y de noche y viajaré los fines de semana. Hay tiempo para todo. Y tú puedes encerrar a tu Marlene, aunque te va a resultar difícil y preveo que te va a salir cara. Además tú me has dejado. Sí me has dejado. Has salido ganando, es espectacular y guapa, te lo digo en serio. Aunque le recomendaría que en el trabajo se compre un lápiz de labios en vez de barra, no manchan.

Y él la miró con rabia.

—Vale ahora me odias. Qué mala soy ¿eh?... El santo West.

—Déjalo ya.

—Sí, es la última vez que hablamos de este tema, no quiero saber nada, West, lo único en el trabajo y como compañeros, nada más, lo que hagas con tu vida, no es mi problema y lo que haga con la mía, tampoco es problema tuyo, en eso creo que estaremos de acuerdo

—Por supuesto.

—Bien.

Menos mal que llegaron y tuvo al menos un tiempo para ir comprobando cómo iban sus casas. Aún quedaban por empezar a tirar tabiques en las cinco últimas y estaban acabadas más de la mitad.

—Luego falta la pintura y los suelos, es lo último.

—Han quedado preciosas. Tengo ganas de verlas pintadas.

—Vamos a dejarlas todas sí, y luego empezamos con la pintura y después las entradas,

—¡Qué bonitos los porches! ¿verdad?

—Ha sido una buena idea y no quedaran en color madreá sino del color de las puertas. En blanco, el suelo sí.

—Precioso quedarán. ¿No ha habido problemas?

—Ninguno.

—¿Vamos a ver los tres sótanos distintos que diseñaste?, han ido a 1-2-3 1-2-3, así, van a quedar.

—Maravilloso, me encantan, estoy tan satisfecha que si tuviese dinero me compraría una.

—Y yo también, le dijo el aparejador, ya que el contratista estaba con West.

—Con los colores en gris por dentro, el suelo gris leñoso y ese doble azul, se van a vender en dos días. Bueno, a ver si sale West y vamos a ver el parque.

—Está ya casi medio hecho y en cuanto se acaben las casas le damos a las calles y al final las entradas.

—¡Que ganas tengo de verlo acabado todo!

—Ya no queda mucho, Blanca, mes y medio o así, para finales de enero.

—Ah mira ahí sale West, bueno, te dejo, venimos en dos o tres semanas.

—Cuando queráis.

Y se fue con West a ver el parque.

—Está muy adelantado, ¿verdad? Aunque con la nieve... Pero al menos está todo señalizado y asfaltado.

—¿Qué tal tus casas? —Le preguntó ella.

—Me gustan, la verdad que la idea de los sótanos le ha gustado hasta al contratista.

—Me alegro, cuando las pinten van a quedar preciosas.

—Bueno, vamos a tomar algo donde siempre.

—Vamos y volvieron al principio de las casas dónde se habían dejado la camioneta y se fueron a la cafetería, pidieron y ella pagó su parte. Ya que él quiso dividir.

Estaba en plan obcecado, ella le hubiese pagado la suya, pero no quiso. Estaba en un plan que ella no abrió la boca hasta que llegaron al estudio, él dejó las herramientas y la llave de la camioneta, abrió su despacho, cogió sus cosas, fichó y se fue a casa tan tranquila.

Él iba echando chispas.

El miércoles iba cargada al trabajo con las plantas y las litografías. Pidió una escalera y lo colocó todo. Quedó precioso y lleno, ya no parecían las paredes solitarias.

Y no le quedaba más tiempo que recoger todas las cosas y una caja de herramientas e ir andando a la cafetería donde había quedado.

Allí estuvo toda la mañana, eran una pareja que tenía buenas ideas y ella dijo qué podía hacerse y qué no, además de darles ideas y al final había pasado una hora después de comer cuando acabaron de tomar nota de todo y medir.

Cuando llegó al trabajo, comió y se tomó un café.

Le quedaba media hora para salir. Aun así, hizo un mejor boceto para el día siguiente empezar con los planos.

Esa tarde iba a pasar por la piscina, lo necesitaba y estuvo más de una hora, se lavó el pelo y salió a comprar un árbol de Navidad y decoración para la casa.

Las calles ya estaban preciosas. Otro día saldría a comprarse algo de ropa, sobre todo interior bonita.

Quería poner el árbol ese fin de semana y descansar, que falta le hacía.

Los días pasaban y ella veía salir a los dos siempre cogidos de la mano o él le echaba el brazo

por la cintura, solo cuando salían a la calle y ella se metía en su portal. A veces él la veía entrar. No era feliz para nada.

Estaba acostumbrado a verla ya a diario en su trabajo y ahora la echaba de menos. Marlene no era Blanca. Era algo empalagosa para como le gustaban las mujeres y se había metido él solo en la boca del lobo.

Ni siquiera el sexo con ella, era como con Blanca. Y ahora se arrepentía y se sentía culpable de todo lo que había pasado entre ellos. Estaba cabreado, irritado y encima Blanca se comportaba con educación cuando los saludaba, Tanto a ella o a él, como cuando iban juntos.

Y así se lo dijo su hermano John, que había sido un tonto, que la chica quería salir, no era de las que estaban todo el día en la calle, pero tampoco la iba a tener encerrada y cuando John se enteró de que había sido virgen con él y había hecho la misma necedad que él, se enfadó doblemente. Y West la echaba tanto de menos... Había sido un imbécil y el tema es que ya no tenía solución. Y a ver cómo dejaba a Marlene. La pesada.

El fin de semana, mientras Blanca decoraba su árbol y su casita de chocolate como decía West, la llamó Samuel.

—¡Hola guapa!

—¡Hola Samuel! ¿Cómo estás?

—Yo perfectamente, echándote de menos.

—¡Ah ya será menos eso!

—Es cierto guapa, pero quería saber si hay moros en la costa o tengo el camino libre.

—Tan libre como el viento.

—¿Quedamos a comer?

—Termino de decorar mi apartamento. Si me esperas voy.

—Si me dices donde vives pongo la estrella.

—Anda venga y le mandó por mensaje la dirección.

—En diez minutos estoy allí.

—Y allí estuvo en quince.

—Te has retrasado —le dijo al abrir.

Y él le tomó en sus brazos y la besó.

—¡Qué guapa con ese vestidillo tan corto!

—¡Que tonto!

—¡Toma! Para una rosa.

—¿Rosas?

—Esos son los cinco minutos de retraso —Y ella se reía.

—¡Qué bonitas! Las pongo en agua.

—¡Qué casita más mona!

—¿Verdad? Ahora te la enseño, que ya termino con la decoración.

—Te pongo la estrella.

—Sí, es lo que queda. Llevo todo el día decorando.

—Pues está genial. Me gusta esta casa coqueta como tú.

—Ven, lo que ves es lo que hay. Un aseo, pequeño, mi despacho...

Y silbó.

—Menudo despacho. Eso sí que me gusta.

—Es grande y tengo de todo. Lo necesito.

—¿Todo?

—Todo... Tonto.

—El mío no es tan grande, pero tengo más espacio.
—Bueno y me queda el dormitorio, con un gran vestidor y un baño completo pequeño.
—No está mal mujer. ¿Y esa camota?
—Me gustan los hombres grandes.
—Como yo.
—Como tú.
—Ven aquí, esta cama, vamos a estrenarla preciosa.
—Umm... —Y se tumbó encima de él —¡Estás loco!
—Sí, pero he sufrido pensando que habías vuelto con el gigante.

Y ella le contó todo,

—¿En serio?, no me lo creo.
—Estoy deseando terminar las casas para no tener más contacto con él.
—Mejor, y tienes un despachito para ti sola.
—Mira —y se lo enseñó en el móvil.
—Chiquito y coqueto, me encanta. Doña arquitecta.
—¡Que bobo!

Y él la besó y le subió el vestido y apartó el tanga... buff nena, que hace tiempo que no lo hago, al menos un año.

—¿Conmigo?
—No, contigo como si hiciera un año.
—¿Y con otra?
—Ninguna, te estaba esperando boba.

Y se desvistió y entró entre sus piernas, ambos desnudos. Y la penetró con pasión como un loco, le hizo el amor.

—Ay nena, eres genial, serás adictiva para mí, me encanta tu cuerpo.
—El tuyo es... ¡Qué me gustan los hombres grandes! Y tú, eres tan guapo...

Él, se echó a un lado y fue al baño.
Al volver la cogió entre su pecho.

—Blanca.
—Dime Samuel...
—Me gustas, lo sabes.
—Tú a mí también, por qué lo dices...
—Porque quiero salir contigo.
—¿De verdad?

—Pues claro guapa no va a ser de mentira, vivimos cerca, nos gusta salir, congeniamos, y me pareces una mujer inteligente y trabajadora y tienes un cuerpo que me pone mucho.

Y ella tocaba su pene.

—Guapa tranquila, que esto tiene resorte.
—Ummm, me gustan los resortes.
—¿Ah sí? Voy a ver por ahí abajo.
—Ay loco, que vas a hacer, ay Samuel, ummm... Dios guapo...

Y tuvo un orgasmo que la dejó encendida...

Me gusta cómo hueles, preciosa...

Y subió a su boca y a sus pezones y al vaivén de sus caderas cuando se la puso encima de él de nuevo.

Luego ella bajó a su sexo.

—Blanca, nena, que me pones... Ay dios mujer... uff. Hasta explotar como un tren arrollador.
—Deja ya hombre que estoy muerta de hambre.
—Pobrecita mi niña, venga ponte algo mujer que así me enciendes.
—¡Qué tonto!, me visto y salimos a comer.
—Y a tomar café, necesito tarta, conozco una cafetería cerca que nos vamos a poner morados, me das hambre tan chiquitita.
Y ella se reía mucho con él.
Cuando terminaron con la tarta y el café eran más de las tres de la tarde.
—Y ahora nos echamos una siesta.
—Anda y vete a la tuya loco.
—Vente a la mía y te la enseño.
—Sí.
—Sí, vamos bonita.
Y se la llevó a su casa.
Cuando ella entró de quedó de piedra. Era maravillosa.
—Es preciosa Samuel, ¡Qué grande!
—Sí, es enorme.
—Me encanta esta habitación de lectura. Tantos videojuegos.
—En lo que trabajo nena.
—Me gusta.
—Eso lo sé, ya te voy conociendo.
—Y tu despacho, es bonito hombre.
—Es más espacioso, pero sí, es bonito.
—Y mi cama la última.
—Por Dios Samuel...
Y la cogió en brazos y la metió en la cama.
—Toda la tarde la vamos a pasar aquí, estoy muy necesitado, nena.
—Lo que estás es loco.
—Aún no me has contestado —Le decía mientras le mordía el pezón.
—Sí, esa es la respuesta. Oh...
—¿Sí? estupendo, tenemos que hacer planes, para la semana y el fin de semana. Aunque en Navidades me voy a Boston con mis padres.
—No pasa nada guapo. Eso lo sabía.
—Pero podemos aprovechar estos dos fines de semana.
—¿Sabes que me voy a Boston un mes a finales de enero o primeros de Febrero?
—¿Y eso?
—Tengo que hacer una residencia de mayores con un compañero y como tengo una empezada, en cuanto la termine, me voy a ayudarles.
—Iré al verte al menos dos fines de semana si puedo.
—Aún falta para eso.
—¿Vamos de compras el sábado que viene por la mañana?
—No muy temprano que el sábado limpio y hago la compra.
—Pues cuando me digas, paso a por tí y comemos fuera, tengo que comprarme algo de ropa y regalos para llevarles a mis padres. Pasamos el día fuera, menos la siestecilla.
—¡Qué malo eres! Yo también tengo que comprarme algo de ropa.
—Pues vamos a gastar.

—¿Y mañana, tienes algo que hacer?

—No, nada, salvo la cena por la noche.

—Pues quédate conmigo esta noche, pedimos para llevar.

—Si me dejas ir a la piscina antes de comer...

—Te dejo. Y nos vamos llamando si alguna tarde podemos me acerco y si no, nos vemos el viernes.

—Ese no salgo.

—Yo tampoco, estoy molido. Y necesito despejar la cabeza.

—¿En qué trabajas ahora?

—Estamos haciendo unos videojuegos de guerra.

—¿Pero qué tipo de ingeniero eres?

—De informática.

—¿Y ganas con eso?

—Ni te lo imaginas, exportamos juegos, menos a china. —Y se reían—. Sí es una pasada. Además nos llevamos un tanto por ciento.

—Eres un ricachoncillo...

—No mujer, salgo por unos 20 o así.

—Me da un infarto vamos... Eso es una pasada de sueldo.

—¿Cuánto ganas tú pequeña?

—Unos 8000 fijos, pero si hago horas extras, puedo llegar a 10, a 9, pero vamos, el sueldo son 8000. Y pago 3700 por el alquiler, más los gastos. Pero bueno ahorro un poquito. Claro que no puedo ir por la vida, derrochando. No tengo a nadie que me limpie, lo hago yo, es pequeño, me hago la cena y me llevo al trabajo, si no salgo. Tengo poquito ahorrado, ten en cuenta que llevo un año y pico en la empresa, y quiero ahorrar, más por si acaso.

—Eres una chica guapa, y me refiero a guapa por dentro, y la besó. Me gustas mucho, y como me gustas mucho, vamos a estrenar mi cama de nuevo.

Y hasta el día siguiente no se fue a la suya a las doce de la mañana. Estuvo en la piscina y se hizo algo de comer, un pescadito y una ensalada y se tumbó a dormir toda la siesta.

A las siete, apareció de nuevo Samuel con la cena.

Ella estaba haciendo.

—Pero loco, si estoy haciendo carne con patatas.

—Pues ya tienes para dos días, traigo japonés.

—¡Ay qué bueno!

—Voy a poner la mesa mientras se termina la cena.

Y estuvieron comiendo.

Viendo la tele, y el ya no hizo amago de hacerle más el amor, solo caricias, y estuvieron charlando de todo, de sus familias, de cómo era Sevilla, Boston.

—Me voy a quedar sin ti un mes cuando te vayas.

—Pues me temo que un tiempo, sí, un mes o así, o menos.

—Pues voy a verte al menos un fin de semana o dos.

—Eres guapo, rubio.

—Y tú también morena. Pero tengo un poco de miedo, aquí en el estómago.

—¿Que miedo?

—Que lo tienes al lado todo el día y que fue el primero.

—Pero está con la otra y en menos que canta un gallo ha salido.

—¿Cómo es la chica?

—Es alta, muy guapa, espectacular, unas piernas y un pelo negro. Tiene antecedentes latinos, como su tío, el jefe. Es una tía buena.

—¿Y tú que eres?

—Una enana.

—Una enanita preciosa y boba que se subestima, pero eres una mujer maravillosa. La que me gusta a mí y soy grande.

CAPÍTULO SIETE

El sábado siguiente, Samuel, la recogió para ir de compras. Todo le gustaba a Samuel. Era un presumido.

—Pero si eres un ingeniero, los ingenieros no son tan presumidos.

—Nena yo visto de traje para el trabajo.

—¡Ay, Dios! ¿Y cuántos vas a comprarte?

—Cuatro, y zapatos, otros cuatro, cuando me compro es todo a juego y doble camisa.

Cundo él terminó y ella también entre risas, mientras él le elegía la ropa interior y ella, le quitaba la que no quería...

—Pero si es preciosa, mujer.

—Mi ropa interior la elijo yo.

—Pues has elegido la mía. Está bien, te dejo tres conjuntos.

Así era Samuel, era divertido, era risueño, era un loco.

Cuando terminaron iban cargados de bolsas.

—Nena, o comemos o se desmaya este cuerpo de infarto que tengo.

—¡Qué tonto que eres!, anda vamos a comer.

—En esa cafetería.

—Esa es cara Samuel.

—Por eso, un día, mujer, estamos en Navidades.

—Está bien a ver si encontramos sitio para comer.

Mientras estaban en la barra, y miraban lo que había, cogida por la cintura de Samuel que le besaba el cuello y ella se reía, dos mesas más allá West no se reía tanto, al contrario, estaba muy serio.

Cuando ella miró si había mesas los vio, y en ese momento Marlene, que los vio también, la llamó con la mano haciendo ademanes.

—Blanca...

—Joder Samuel, allí están y me ha llamado Marlene.

—Venga tonta vamos quiero conocerlos, Ummm qué ilusión —y hasta tuvo que reírse.

—¡Hola Blanca, hola, West!, qué tal, venga sentaos con nosotros, no hay mesas. En estos días, todo está abarrotado.

—Si molestamos...

—Que no mujer, así hablo con alguien hoy, West está aburrido —y lo miraba.

—Está bien, nos sentamos.

Se sentaron en frente de ellos

—¿Nos presentas a tu novio, Blanca? —le dijo Marlene, como una gata en celo echándole el ojo a Samuel.

—Sí, claro, mira Samuel, te presento a West, y a Marlene, son pareja y trabajamos en la misma empresa. Te he hablado de ellos alguna vez. —Y se saludaron.

—Samuel es ingeniero y trabaja cerca de nosotros.

Y Samuel, la cogía por la cintura y la besaba.

—A ver qué quieres cielo, ya viene la camarera.

Y cada vez que Samuel la tocaba y le decía palabras cariñosas y no le dejaba las manos, West,

apretaba la mandíbula.

—Blanca me ha dicho West que eres el mejor arquitecto de la empresa.

—Creo que ha exagerado, ella ha hecho trabajos buenos.

—Yo también aprendo de él Sam —le dijo Marlene—, y es verdad, que es el mejor, ¿Verdad mi amor?

Y Blanca y Samuel se reían por dentro.

Cuando la camarera llegó, pidieron todos y la charla la ocupó más Marlene dedicándose a Samuel y Samuel, contestaba correcto. West, habló poco, pero los tres hablaron y se rieron.

Marlene era una buena chica, salvo que un poco corta, y en el fondo le daba pena porque West se veía insufrible, y vio esa relación terminada. A Marlene le pasaría como a ella, que era un tipo aburrido y Marlene era incluso más extrovertida y divertida que ella.

Al final, Marlene quiso ir a otro sitio a tomar café y fueron los cuatro.

Y cuando acabaron y salieron a la calle, Samuel cogió por la cintura a Blanca y la beso.

—Bueno, me alegro de haberos conocido, nosotros nos vamos, estamos cansados de tantas compras, una siestecilla no nos vendría mal, ¿No nena?...

Y ella se puso colorada. Los saludó y se fueron a casa.

—¡Qué malo eres!

—¡Que celoso está Blanca, ese tipo está aún por ti!

—Pobre Marlene, cada día me cae mejor, aunque sea floja para el trabajo.

—Pero se lo hace su noviecito. Y el tuyo te va a trabajar de verdad.

—Necesito antes una ducha.

—¿Quieres el primero en la ducha?

—Creo que sí.

—Vamos a mi casa, tengo una ducha enorme y los trajes se arrugan, tus vestidos y faldas no.

—Bueno, venga, vamos a la tuya.

Y allí pasaron toda la tarde, incluso echaron una siesta.

La semana siguiente, Samuel fue a Boston en Navidad, y ella se quedó sola, pero iba disfrutar saldría a comprarle un regalo a Samuel para cuando volviera y darse un paseo y cenó fuera.

Cuando iba a casa, se encontró con West que iba para la suya. Aunque estaban a quince minutos, ella iba dando un paseo.

Y él se colocó detrás de ella, venía con bolsas.

—¡Hola Blanca!

Y ella miró hacia atrás y arriba.

—¡Ah hola, West! ¿Vienes de compras?

—Como tú por lo que se ve. ¿No llevas a tu novio hoy?

—Podría decirte lo mismo, pero no, es de Boston, y ha ido a pasarlas con su familia.

—¿Y no te ha invitado?

—No llevamos tanto tiempo como para eso, apenas llevamos unas semanas. Y tu novia, ¿No te acompaña?

—Hemos terminado.

—¿Que has terminado?, Pero si el otro día...

—Pues sí, soy un tipo aburrido para ella.

—Bueno, lo siento.

—¿Sales en serio con Samuel?

—Sí, yo nunca salgo en broma con nadie.

—Quizá te cambien de sala de nuevo

—¿Por qué? —dijo desilusionada

—Creo que te la quitará, y volverás conmigo.

—Eso no me gusta.

—Bueno, no tiene nada ya que revisar, y le pediré a su tío la sala.

—Para no estar contigo.

—En parte, aunque, están las salas del otro lado.

—Pues que le den una allí, me gusta estar sola en mi sala, así te dejarán a ti la tuya también, siempre te ha gustado estar solo.

—Contigo no me importaba.

—Bueno, la verdad, a mí no me gustaría, pero si el jefe me manda, obedezco, yo hago mi trabajo. Y queda poco de las casas, un par de visitas. Estoy deseando cerrar ese tema.

—Para no verme.

—No es eso, te veo, quiero cerrar al menos un trabajo y la residencia y la cafetería que las terminaré casi a la vez y luego me voy a Boston un mes. Tengo ganas de cambiar de aires.

—¿Y tu novio?

—No es mi novio, salgo con él. Irá a verme algún fin de semana, además es de allí.

—Blanca...

—Dime.

—Fui un tonto.

—Sí, que lo fuiste.

—Te esperaré.

—Me esperarás para qué...

—Porque sé que serás mía, más tarde o más temprano.

—De momento me temo que va a ser tarde West.

—No me importa.

—West. ¿Por qué eres tan complicado?

—No soy perfecto, pero sé que quiero.

—Bueno, pues no me lo digas, estamos en Navidades y no quiero que me las estropees.

—Vale.

—Está bien.

—Nos vemos cuando pasen, ya he llegado.

—Hasta luego West. Y deja de pensar en tonterías.

En Navidades estuvo un poco tristonera, echaba de menos a su familia en Sevilla, pero claro eran tres días y no pudo ir, pero iría en verano en vacaciones, todo el mes, pasara lo que pasara.

Los días pasaron entre llamadas, compró galletas típicas de chocolate y de otras clases y leyó, fue a la piscina y vio películas, paseo y al menos el tiempo se le hizo más corto. Y cuando volvió Samuel, le dio su regalo, unos gemelos de plata, bonitos y otros más, él también le regaló un abrigo precioso.

—Estaba deseando venir, nena. Te he echado de menos.

—Pero si hemos hablado más que nunca...

—Por eso.

—Tonto.

—Sí, pero vamos a donde vamos y vamos a lo que vamos... Y se la llevaba a la cama riendo.

Cuando volvió al trabajo, dio gracias a Dios de que no la habían movido de sala y a West lo dejaron solo en la que siempre estuvo. Y a su sobrina Marlene, la cambiaron con otros arquitectos.

En enero terminaron la urbanización y la pusieron en venta.

Quedó maravillosa la urbanización y las casas ya se estaban vendiendo antes de acabarlas. Por fin cerró un trabajo y a mediados de febrero cerró la residencia, la cafetería y un piso que le adjudicaron para dejar todo listo e irse a Boston.

Estaba animada a irse, aunque estaba acostumbrada a estar con Samuel y lo pasaba muy bien con él, sin embargo, no vio que West tuviera mujer alguna, la miraba, pero nada más hablaba de trabajo y punto.

Cerró sus carpetas y el señor Velasco le dio las llaves y la dirección del apartamento donde iba a quedarse, estaba preparado, era de la empresa y tenía de todo.

—Está limpio, siempre lo limpiamos cuando alguien va a ocuparlo, el resto te ocupas tú.

—Por supuesto. No pasa nada.

—Bueno, esta es la dirección de empresa, a diez minutos andando, y este —dándole una tarjeta—, el director que ya te adjudicara a tu compañero y empezareis a trabajar. Te llevará unas tres semanas o un mes, porque es una residencia enorme, como tres veces la que has hecho aquí. Así que, si necesitas llevarte la normativa, aunque allí la tienes.

—Entonces no me la llevo.

—Perfecto. Qué te digo, suerte. El lunes te vas. Déjame en buen lugar, te prepararé algo bonito cuando vengas, que te va a gustar.

—Perfecto. Muchas gracias por confiar en mí.

Y el viernes fue a despedirse de West.

—¡Hola West!

—¡Hola Blanca! ¿Te vas a Boston?

—Sí. Me voy el lunes, he pasado a despedirme, vendré a mediados de marzo.

Y él se levantó para despedirse de ella, pero la cogió por la cintura y puso sus labios en los suyos.

Ella se retiró

—West...

—Lo siento.

—No pasa nada. Hasta la vuelta.

Pero ella se fue temblando. West, tenía esa capacidad sobre ella. No le diría nada a Samuel porque no le iba a dar importancia, pero entonces... ¿Por qué temblaba, ese gigante no tenía vergüenza, maldito fuera, sabía que salía con Samuel...

Ese fin de semana se despidió de Samuel, hizo sus maletas y el domingo por la mañana puso rumbo Boston, tenía que llegar, deshacer las maletas, y estar el lunes a las siete en el trabajo.

Samuel le dijo que la echaría de menos un mes entero, aunque hablaran por la noche, si podía iría a verla, pero ahora estaban con un videojuego y tenían presentación en una semana que había internacional de videojuegos.

No te preocupes, si tres o cuatro semanas pasan enseguida.

El apartamento de Boston era como el suyo, de dos dormitorios, no tan coqueto, pero tenía lo suficiente.

Deshizo las maletas dejó el bolso de trabajo en el despacho para el día siguiente, y bajó a comer y si había algún super, llevarse algo de comida.

Cuando colocó todo, se dio una ducha y se tumbó en el sofá. Y llamó a Samuel.

—Nena, estaba preocupado, pero no he querido llamarte.

—Estaba duchándome, deshaciendo la maleta, comiendo y he comprado algo de comida

Y ahora llamo a mi niño.

—Ponte que te vea.

—¡Qué bicho eres! Estoy en el sofá.

—¡Qué guapa estás!

—Sí con la cola que no te gusta que me haga.

—¿Hace frio?

—Sí, aún hace frio, y el apartamento es de dos dormitorios, como el mío, pero no tan bonito, decorado, pero es perfecto.

—¡Cómo te echo de menos nena! Vente ya, me gustaría, aquí estoy trabajando como loco. Todos los años hay una semana dedicada a los videojuegos, en Brooklyn y presentamos los nuestros, y debo estar hasta el domingo. Tenemos que ver la competencia.

—Bueno, me llamas cuando puedas, no te preocupes.

—Ten cuidado, cielo.

—Lo tendré.

—Bueno chiquita te dejo, tengo mucho trabajo.

—Adiós nene.

—Me gusta que me llames nene.

—Te gusta todo.

—Eso es cierto, hasta tus pezones.

—Mira que estás loco, anda adiós.

—Adiós guapa.

Las seis semanas, que pasó en Boston, al final Samuel no pudo ir, y el fin de semana que podía, al siguiente iba ella, y no hacía falta.

Fue una experiencia estupenda. Su compañero Jeff, era un chico que acababa de salir de la Universidad, pero ella trabajó intensamente con él enseñándole todo y el chico era inteligente y trabajaron muy bien juntos. Le dijo que había aprendido mucho de ella.

A veces, incluso se quedaban un par de horas en el trabajo porque la residencia que tenían prisa por terminarla pronto y por eso, ellos trabajaron incansablemente con los planos.

Luego, cuando tuvieron todo, y las licencias, ella le dejó por escrito los informes de cuándo y cómo revisaría Jeff, porque dejaba unos planos completos y perfectos para el contratista, que le quitaba trabajo. Aun así, si había algún problema, ella se llevaba un duplicado por si tenían algún problema tanto el contratista como Jeff.

Jeff se lo agradeció.

El jefe de Boston la felicitó y le pasó las horas extras a Nueva York, y la compensación para que se lo pagaran en la siguiente nómina.

Estaba orgullosos de ella y de su trabajo, hasta los directores la invitaron a la inauguración. Les dijo que si podía ir iría. Pero eso se lo dejaría a Jeff que había trabajado muy bien con ella,

Cuando volvió a Nueva York, era casi finales de marzo.

Samuel, le dio el tiempo justo de llegar e ir a verla.

—Loco no me has dado tiempo de darme una ducha.

—Ummm. Yo te enjabono, ya no recuerdo tu cuerpo, nena,

—¡Oh, Dios cuánto tiempo!, tócame y verás.

—Estás duro.

—Estoy como una piedra filosofal.

Y la cogió y la llevó al baño.

Se quitaron las ropas y se mojaron juntos, se puso un preservativo y la agarró a su cintura y entró en ella embistiéndola.

—¡Oh nena, por Dios!, cómo te echaba de menos...

—¡Ah, Samuel nene!, estás loco.

—Sí, estoy muy loco, pero te deseo tanto... Que no tardaron mucho en correrse.

Luego le ayudó a lavarse el pelo y a secárselo.

Y se tumbaron en la cama.

—¿Tienes hambre?

—Un poco.

—Voy a pedir, algo de comer y hoy sábado ni salimos, nena.

—Me dejas mañana por la mañana que limpie y deshaga las maletas a cambio.

—Pero me vengo para la siesta.

—Vale, pesado —Y lo besaba.

—Trato hecho.

Y él no la dejaba en toda la tarde, aunque se quedaron dormidos un rato, él volvía a empezar.

El domingo por la mañana la dejó y ella se fue a su piscina que echaba de menos, luego volvió a casa, deshizo las maletas, puso coladas, cambió las sábanas, y limpió un poco, bajó a por comida y comió fuera.

Cuando llegó colocó la compra y se dio una ducha de nuevo.

Se puso un camisón corto y se echó en el sofá. Ya tenía todo colocado, para el día siguiente ir al trabajo llamó a Sevilla, a su hermana y a sus padres y les dijo que había vuelto de Boston y, miró su cuenta. Tenía casi 60.000 dólares. Estaba satisfecha y

no sabía qué iban a pagarle en marzo.

Estaba contentísima.

Por la tarde apareció Samuel y tomaron café. Él lo hizo.

—Estoy muerta nene.

—Yo lo hago.

—He comprado una tarta pequeña de las que te gustan.

—¡Qué perfecta eres!

Se sentaron en el sofá y se contaron, la fiesta de los videojuegos, todo el trabajo de ella, de Jeff.

—¿Era guapo?

—¿Estás celoso?

—Un poco.

—Era un chico recién salido de la universidad bobo...

—¡Ah bueno, no tiene nada que hacer conmigo!

—Te voy a dar, es un chico estupendo con ganas de aprender, amable agradable y con ideas, creativo y proactivo.

—Menos mal.

El lunes llegó de nuevo al trabajo, satisfecha. El señor Velasco pasó por su despacho a felicitarla. Habían hablado muy bien de ella y a final de mes tendría una compensación más sus horas extras.

—Solo he hecho mi trabajo señor Velasco.

—Estoy muy contento contigo. Te iba a dar un trabajito pequeño para que descansar, pero, mi sobrina había acabado el suyo, así que vas a trabajar de nuevo con West.

A ella no le gustó nada, pero el jefe mandaba.

—Lo usted diga.

—Mira tenemos un hotel y esto, nos va a llevar tiempo, es en Queens. Fue un hotel también,

antiguo. Es un edificio que ha salido a subasta. Lo hemos comprado nosotros.

—¿En serio?

—Sí, este es nuestro. Tiene diez plantas.

—¡Qué grande!

—Hay que transformarlo todo, mira la carpeta, esta es tuya, vamos a ver a West, que estará esperando.

Y fueron a la sala de West.

—¡Hola West! —y a él se le iluminaron los ojos al verla, se levantó y le dio dos besos.

—Bienvenida de nuevo Blanca.

—Vais a trabajar de nuevo juntos West —Dijo el señor Velasco.

—Encantado —dijo contento. Y ella le hubiese partido la cara de guapo que tenía.

—Toma, esta carpeta es la tuya. Ya le he dicho a Blanca que hemos comprado en una subasta. Es un hotel viejo, en un viejo edificio, en Queens. Tened cuidado al entrar, puede que haya algún escalón roto. No sabemos en qué condiciones está. Tiene diez plantas, hay que reparar todo el exterior, el techo, cada planta tiene 25 habitaciones y una sala de limpieza. El hall y abajo en los sótanos, la cocina, el comedor y el aparcamiento.

—No hay espacio para piscina o gimnasio a no ser que lo encontréis.

—Ya vemos. —Dijo West.

—Así que aquí tenéis la llave las puertas están abiertas. Eran antiguas, tendremos que poner tarjetas y puertas nuevas claro. Tenemos un presupuesto cerrado y un posible comprador, habrá que ver todo con el contratista en cuanto tengáis los planos. Así que manos a la obra, si podéis ir hoy...

—Quizá no tenga mucho trabajo, no sé cómo están las habitaciones, quizá sea solo reforma. Está bien. pues echad fotos que vea cómo está todo.

—Perfecto.

—Voy a casa en diez minutos y me cambio. —Le dijo a West.

—Yo también, nos vemos en el aparcamiento en media hora.

—Perfecto.

—Yo que estoy más cerca, cojo las herramientas y la camioneta.

—Está bien, nos vemos.

Cogió su bolso del trabajo, cerró el despacho, y fue a casa a cambiarse.

—Cuando llegó, pidió las herramientas y la llave de la camioneta y en cinco minutos estaban en el parking.

—¿Llevas todo?

—Sí, y tú, también. ¿Las llaves?

—Yo las tengo y la dirección, pongo el GPS. Con el tráfico tardaremos casi 45 minutos, esperemos que no más, tenemos aquí todo el día.

Mientras iban a Queens...

—¿Qué tal en Boston?

—Muy bien, ha sido perfecto. Me ha encantado salir al menos.

—¿Qué has hecho tú?

—Un centro de estética.

—¿Ah y no te han hecho nada gratis?

—Muy graciosa.

—Esto nos va a llevar meses.

—Bueno, los planos al menos un mes y medio.

—Desde luego.

—Lo haremos por plantas, si son todas las habitaciones iguales, cuando midamos, con que hagamos una, tenemos. Menos trabajo.

—Pero me gustaría que tuviese piscina y gym

—Si podemos a arrancarle metros, el problema es de dónde.

—¿Y en el techo?

—En el techo, se puede hacer una piscina y un pequeño gym.

—Bueno, es una buena idea si se puede, tenemos que poner vigas de sujeción, entonces.

—No hay mucho dinero en el presupuesto.

—Pues no se podrá, hacemos un plano con ella, y otro sin ella y que el constructor haga dos presupuestos, es solo el añadido.

—Ya veremos el techo, si es cerrado y no se puede subir, nada que hacer. Tendremos que preguntar al ayuntamiento.

—Lo haremos, quiero piscina.

—Y tú dices que soy el testarudo...

—Parece que estas de buen humor hoy.

—Sí, porque has vuelto.

—No pienso hablar de eso, West, sabes que salgo con Samuel.

—Lo sé.

—Bueno, por si no lo sabes. ¿Es que no sales con nadie?

—No, salgo como siempre, cuando necesito sexo.

Y eso a ella no le gusto tampoco. Diría que se ponía celosa. No le importaba ¿O sí?

El trabajo del hotel era más difícil de lo que parecía, tuvieron al menos 10 días de medir y ver en qué condiciones estaba. El contratista estuvo con ellos unos días mirando todo.

Y mirando las posibilidades de hacer la piscina en el tejado. Y hubo suerte porque el tejado tenía una azotea alta, con lo cual podían construir un gym mediano y una piscina y reforzar el suelo. Quedaría preciosa, el hotel era alargado y podían hacer la piscina, bastante decente.

Las plantas eran todas iguales, había solo que reformar todo y todo igual, eligieron los suelos, para todo el hotel iguales, escaleras, ascensores nuevos, dos, nada de moqueta, suelo de madera, y quitar las bañeras y colocar duchas.

Todo: la cocina, el parking, el comedor, el exterior pintarlo.

Estuvieron viendo todo milímetro a milímetro y midiendo y el contratista dio su toque, eligieron todo y al cabo de un mes ellos ya estaban, con los planos y el contratista llevó los presupuestos y el señor Velasco eligió el presupuesto con piscina. Tenía otra partida para la decoradora y materiales. Y eso sería cuando todo estuviese pintado.

Era un gran presupuesto, pero había más reforma que otra cosa, ya que no estaba en muy malas condiciones, no mucha obra, más bien cambios, ventanas, suelos, puertas, baños, el hall.

Terminaron a finales de abril los planos y pidieron las licencias y el contratista empezó el trabajo.

En marzo le habían pagado 13.000 dólares y ella se alegró un montón, ahorró unos cuantos miles de dólares y ya mismo cobraría de nuevo y llegaba la primavera.

Y tenía como siempre ese trabajo que visitar a partir del mes cada dos semanas como siempre.

Mientras, recibieron otro trabajo juntos. Parecía que el señor Velasco quería juntarlos. Una clínica de tres plantas, no muy grandes.

Pero toda la felicidad que tenía con su trabajo y con Samuel, estaba a punto de acabarse, a finales de abril, cuando más feliz era.

Conservaba su despacho, le encantaban sus proyectos, se llevaba mejor con West, y con Samuel era feliz, era un loco, encantador, pero en tantos meses nunca le dijo que la quería, ni ella tampoco. Salían, lo pasaban estupendamente, eran una pareja, se decían palabras cariñosas, pero nunca te amo. Ella tampoco necesitaba eso, tenía 25 años y era joven. Había sido su cumpleaños en marzo y era feliz. hasta que....

CAPÍTULO OCHO

A finales de abril, cuando faltaban unos días para terminar el mes, Samuel llegó el sábado serio, triste, cuando sabía que ella había límpido ido a la piscina y había salido a la compra. Tenían por costumbre salir a comer y a tomar café, descansar y salir por la noche.

—¿Qué pasa nene? ¿por qué vienes tan serio?

—Tengo algo que decirte que no me gusta nada.

—¿Malo?

—Muy malo.

—Vamos Samuel no me asustes, ¿Estás enfermo?

—No es eso.

—¿Entonces?

—Es bueno para mi trabajo, pero es malo para nosotros.

—Pues dime ya qué es.

—Me trasladan definitivamente a la central de Boston.

—¿Para siempre?

—Sí, me han nombrado jefe de inspección de los videojuegos. Tendré que inspeccionarlos.

—Pero eso es bueno.

—25.000 dólares.

—Eso es mejor todavía. Pero y tu apartamento...

—Si me voy, tengo que venderlo, ¿Lo quieres?

—No podría comprártelo, aunque quisiera. Ya sabes, no tengo sino 70.000 dólares. Nunca podré comprarme un apartamento aquí yo sola.

—No quiero irme, no quiero dejarte.

—Samuel, tienes que hacerlo, es tu vida.

—¿Y nosotros?

—Nosotros hemos vivido un tiempo maravilloso —Y lloraba.

—¿Ves?, ¡Estás llorando!

—Sí, pero me alegro por ti, no quiero que te quedes y después terminemos y hayas perdido una oportunidad laboral como esa.

—¿Y si vengo los fines de semana?

—Vamos Samuel, estamos a casi siete horas de camino. Las relaciones a distancia nos durarán dos meses como mucho.

—Te voy a echar mucho de menos, no puedo dejarte.

—Tendrás que hacerlo nos costará mucho, yo te echaré mucho de menos, pero no podemos tener una relación así, Samuel date cuenta...

—Lo sabía en cuanto me lo propusieron. Aún no he aceptado, el lunes tengo que decirlo, quería consultarlo contigo.

—Dirás que sí, venderás tu apartamento, nos quedaremos con lo que hemos tenido. Que ha sido una historia preciosa.

—¿Tú puedes?

—Podremos, encontraremos a otras personas con el tiempo Samuel.

—Ahora no puedo.

—Ni yo tampoco, pero tendremos que darnos tiempo.

Y se abrazaron y lloraron e hicieron el amor y estuvieron abrazados y tristes el fin de semana.

—¿Cuándo tienes que irte?

—El lunes pongo el apartamento en venta. En dos semanas espero haberlo vendido, o tendré que volver para la firma, pero nos queda el fin de semana que viene, el lunes siguiente me voy.

—Pues vamos a aprovechar el fin de semana que viene tengo que embalar las cosas.

—Yo te ayudaré, por las tardes lo haremos y el fin de semana.

—Gracias guapa. Nunca encontraré una mujer como tú.

—Samuel.

—Sí, guapa.

—Cuando te vayas, no me llames.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

—Al menos hasta que pase un año. O nunca.

—¿Un año?

—Sí, y vemos todo de otra forma, no puedo, no quiero nene, soy una llorona.

—¡Joder Blanca!, ¿Qué voy a hacer?

—Irte, eso sin duda, además allí están tus padres, se alegrarán mucho, y te comprarás otro apartamento. Si te mandan a un trabajo pasarás a verme. Como amigos, siempre.

—Voy a echar de menos Nueva York y a ti, sobre todo, nena.

—Y yo a ti. Y se abrazaban.

—¡Joder! —y Samuel lloraba.

—No llores, que, si no lloro yo también, venga, tenemos que ser fuertes. Si la vida nos ha hecho esto será por algo.

—Sí, pequeña.

La siguiente semana fue un lloro total de ambos, ella le ayudó a poner el apartamento en venta, a guardar sus cosas y dejar vacío el apartamento, tampoco tenía muchas cosas. Quería venderlo con muebles y tuvo suerte, lo vendió en diez días, y se quedó en su casa con el fin de semana con su coche a tope.

Vendió su apartamento por diez millones con los muebles, más de lo que pensaba, pagó los impuestos y paso con ella el sábado y el viernes. Haciendo el amor, despidiéndose, llorando abrazados. Era la despedida de una etapa.

—¿De verdad que no te llamo?

—De verdad Samuel, ahora no podría. ¿Dónde te quedarás?

—Me iré a casa de mis padres hasta que me compre un apartamento lo más cerca del trabajo y lo más pronto, me gusta vivir solo.

Y el domingo, se abrazaron por última vez y él tomó un rumbo distinto de la de ella. Para siempre. Había sido bonito, pero tan triste.

Pero ella sabía tan bien como él que esa relación no podía darse, no iban a viajar todos los fines de semana y para que se acabara con el tiempo, mejor hora, que era más especial. Al menos recordarían lo bonito que fue.

Ella cambió las sábanas, para olvidarse de su olor, puso coladas, y el domingo limpió a fondo la casa, hasta cansarse, bajó a la piscina y salió a comer fuera, un café y durmió una siesta y se sintió más sola que en toda su vida.

Llamó a su hermana y le estuvo contando la historia y su hermana la consolaba y le decía que

ya vería que recordaría lo bello y que encontraría a otra persona, que ella era extrovertida, pero habían sido dos meses con West y cuatro con Samuel, y era tan divertido que dejaba huella.

Se iba a centrar un tiempo en el trabajo sin pensar en nada, o podía ir un fin de semana Filadelfia, ya vería ira de ruta todos los fines de semana que no tuviese trabajo.

Ahora tenía la clínica con West y estaban haciendo los planos.

El lunes no paso a saludar a West por la mañana y este lo echó de menos.

Y fue a su despacho

—¡Hola Blanca!

—¡Hola West!

—¿Qué haces?

—Los planos de mi parte de la clínica.

—Como no has saludado...

—Perdona, no me he dado cuenta —Dijo seria y triste.

—¿Te pasa algo?

—No, nada —Pero él no se lo creyó. Y si tenía algo que ver con Samuel...

—¿Tae has enfadado con Samuel?

—No, no me he enfadado, se ha ido a vivir a Boston.

—¿Se ha ido?

—Sí, tiene la central allí y lo han nombrado jefe.

—¿Ya no salís juntos?

—No, ya no salimos juntos desde ayer, las relaciones a distancia no son buenas, ¿Necesitas saber algo más?

—No, lo siento.

—Seguro que no lo sientes.

—No es cierto.

—Perdona.

—Venga, te dejo.

Sabía que necesitaba estar sola y él tenía trabajo también, así que se consultarían lo necesario, si ella estaba pasándolo mal.

Pero en cuanto pudiera, sería suya de nuevo, y esta vez no la dejaría marchar. De eso estaba totalmente seguro, los meses que había estado tan celoso de ese hombre... y ahora la veía sufrir y quería consolarla, joder. No podía olvidarse de esa enana.

Tendría que tratarla con pies de plomo y como una amiga hasta que se le pasara.

Y sí pasó el tiempo, entre tener trabajos en común con West y tenerlos sola, y visitar juntos los que tenían abiertos.

En junio se terminó el hotel y quedó precioso, era maravilloso y se vendió por uno de los grupos importantes a un buen precio, con lo que la empresa ganó unos cuantos millones de dólares y los felicitaron por el trabajo y le dieron 5000 dólares a cada uno, incluyendo al contratista y a decoradora. Ella se dijo que serían para las vacaciones.

El dolor de perder a Samuel había mitigado con el tiempo, no se volvieron a llamar como ella quiso, aunque lo recordaba a menudo.

El señor Velasco pasó por su oficina y le dijo que sus vacaciones se las tendría que coger en septiembre si no le importaba y ella dijo que no tenía inconveniente, porque le dio un trabajo que no podía esperar, una biblioteca nueva en un instituto y debía estar lista para septiembre, cuando los chicos empezaran, más una reforma de una casa de dos plantas que tenía empezada.

Sin embargo, a West, lo mandaban a España, a Sevilla un par de meses, para compensar las

vacaciones del resto de los dos arquitectos que había allí.

Iría en agosto y septiembre. Mientras terminaría el trabajo y se iba en julio de vacaciones, así que no iba a verlo en casi tres meses.

—¡Hola Blanca! —Le dijo entrando en el despacho.

—¡Hola West! ¿Qué pasa?

—Me voy de vacaciones en julio.

—Pues casi ya casi te toca.

—Estoy terminando el trabajo y me voy en diez días. ¿Y tú?

—Yo las cojo en septiembre, me voy a Sevilla.

—¿En serio?

—Sí, quiero estar allí todo el mes, necesito salir un poco de aquí, aunque salgo los fines de semana, tengo ganas de ver a mi familia.

—¿Sabes que voy en agosto y septiembre a Sevilla a suplir las vacaciones de los dos arquitectos?

—¿Dónde a Sevilla?

—Acaba de decírmelo el señor Velasco. Sí, a trabajar en el puerto.

—¿En serio?

—Sí, puedes enseñarme la ciudad en septiembre.

—Quizá no esté todo el tiempo, quiero irme unos días a la playa.

—Bueno, cuando estés. ¿Puedo llamarte?

—Sí, claro que puedes.

—¿Me invitarás a ver algún sitio?

—Sí, te invitaré a ver algún sitio, cuando venga de la playa.

—Te llamaré. Tengo ganas de ver España.

—En Sevilla prepárate, en septiembre aún hace demasiado calor.

—¿La playa está muy lejos?

—La de Matalascañas a una hora y poco, es la más cercana.

—Pues me voy el fin de semana. Ya hablamos cuando llegues y te llame.

—Pareces muy contento.

—Lo estoy, la verdad, salir del país es estupendo. Yo también lo necesito.

—No te conocía viajero.

—Puedo cambiar.

—Ya veo.

—¿Quieres que salgamos este fin de semana, antes de que me vaya de vacaciones?

—No sé West si será buena idea.

—Vamos Blanca hace ya casi dos meses que no sales con nadie, por tomar una copa...

—¿Al sitio de siempre?

—Al sitio de siempre o a otro, si quieres, cenamos primero y vamos a tomar una copa después.

—Te desconozco.

—Paso el sábado a por ti a las ocho.

—Está bien. Saldremos el sábado

Ese viernes tenía cita con la ginecóloga, hacía más de un año que no había ido, desde que vino de España, y le hizo una revisión.

—¿Estas son las pastillas que tomas?

—Sí.

—Puedes descansar un par de meses y te mando otras con menos efectos secundarios, así

descansas unos meses. Puedes venir en octubre y te mando otras con menos efectos.

—Cuando acabo las vacaciones Le pediré cita.

—Bien. No te las tomes este mes si te toca hoy ya y ven en octubre.

—Sí.

—Así en verano descansas, estas son demasiado fuertes y eres joven, hay otras más adecuadas para ti.

—Vale.

—Pero estás fenomenal, pero estas producen inflamaciones en los ovarios si las tomas mucho tiempo seguido.

—Las llevo tomando un año cuando viene aquí a vivir.

—Pues hacemos eso, pídemela cita en octubre cuando vengas.

—Vale. Mientras usa preservativos si tienes relaciones.

—Siempre los uso.

—Perfecto.

El sábado se vistió perfecta para salir con West, estaba nerviosa, casi se había arrepentido de decirle que sí, pero tenía el efecto de ponerla nerviosa y temblando ese gigante.

Y sabía que quería volver a salir con ella, pero si iba a ser igual que siempre no saldría con él para nada.

Lo cierto es que fue encantador durante la cena, le dijo lo guapa que estaba, le habló de su familia, que pronto venía la novia de su hermano de Nueva Zelanda, que sus padres le habían preguntado por ella.

—Pasaré algún día a comer.

—Cuando yo no esté.

—Sí, cuando no estés. ¿Dónde te vas de vacaciones?

—Me iré a Canadá algunos días y quizá pase otros en un rancho de recreo. Tengo que venir al menos una semana antes y preparar todo para irme, ya tengo el billete, me despido el 30 de junio y me voy el 30 de julio.

—¿Tienes apartamento allí?

—Sí, a ver qué lo mire —y miró el móvil— en el centro, Avenida de la Constitución.

—Eso es en pleno centro, está Giralda y la Catedral, el río... Es precioso.

¿Y tú dónde vives?

—Cerca, a 40 o 45 minutos andando, al otro lado del río. Te va a gustar mucho Sevilla, es preciosa.

—Si me la enseñas...

—Lo que pueda.

—Gracias, anda tomemos una copa.

Y a ella le recordó la primera vez que fue con él, y bailaron juntos, y allí estaba de nuevo, bailando juntos, ella en sus brazos y sentía su calor y la dureza de su sexo y se echó en su pecho, lo abrazó por el cuello y él la apretó a su cuerpo, porque era suya y estaba en sus brazos, le tocaba el pelo que siempre le gustó.

Y la separó un poco de su cuerpo.

Y la miró, bajó sus labios a los suyos y la besó y como la primera vez, ella metió la lengua en su boca y West tomó las riendas y entrelazó sus lenguas y la besó agitado. Hasta no poder casi respirar.

—Chiquita —y la abrazó.

—West, no sé si esto está bien.

—No pienses, somos libres.

—Eso me recuerda lo que me dijiste. Y es verdad.

—Pero han pasado tantas cosas entre nosotros...

—Porque he sido un estúpido, si no me hubiese importado tanto que te acostaras con Samuel... Estaba tan celoso...

—Pero tú te acostaste con Marlene y después también y seguro que con otras.

—No, no me he acostado con otras.

—¿No?

—No, sabía que serías mía, algo me lo decía.

—Pero West. Eres un testarudo y yo tengo mucho miedo contigo, si no me das la libertad que necesito.

—Sí que te la daré, iremos a todos los sitios que quieras ver, te lo prometo.

—¡Ay, West!

—Te he echado tanto de menos chiquita. Te quiero...

—Que me...

—Sí, te quiero, te quiero, te amo, eso lo sé con seguridad. No hay otra para mí más que mi enana. —Y ella tuvo que reírse.

—Sí, riéte, pero no sabes lo que he sufrido.

—¡Ay, West!

Y él la cogió de la mano y la sacó del local, entraron en el coche y la llevó a su casa, subió con ella...

—¡Estás temblando!

—Sí, mucho, estoy aterrorizada.

—Pero qué mujer, si nos conocemos.

—Pero hace que no lo hago y hace mucho tiempo que no lo hago contigo.

—Es como montar en bici.

—Ahora tienes sentido del humor...

—Soy irónico, no soy tan gracioso, pero soy así, nena.

—Sí, lo sé.

Y cuando llegó a su casa, cerró la puerta de una patada y la cogió en sus brazos a horcajadas, como una muñeca que no pesara nada, se desbrochó los pantalones, se puso un preservativo, le apartó el tanga y entró como loco en ella.

—¡Ah, Dios, ¡pequeña!

—¡Madre mía West, ah, Dios madre mía! —Mientras él la embestía y bajaba sus tirantes y mordía sus pezones.

—¡Oh preciosa! cómo tenía ganas de entrar en ti y tenerte así, es un sueño que he tenido todos estos meses —y entraba y salía de ella y se quedaba dentro y le hacía sentir que era suya. La agarraba por las caderas en un vaivén lento y cotidiano, fuerte y feroz y ella se derramó en él y West siguió hasta arrancarle otro orgasmo como él sabía hacerle a su cuerpo y dejarlo laso y amodorrado.

Ella se agarró a su cuello y lo besó.

—Di que eres mía.

—Soy tuya.

—Siempre.

—Siempre.

—Quería oírtelo decir, eres mía desde la primera vez que hicimos el amor.

—¿Pero podrás borrar el resto?

—Está borrado enana.

—¡Ay, Dios West, quien me lo iba a decir!

—Tengo que salir nena.

—Y la bajó, se quitó el preservativo y fue al baño.

Y ella se quedó sentada en el sofá, pensando.

Cuando salió la cogió en brazos.

—No pienses, chiquita, esta noche es nuestra,

Y fue suya y ella volvió a ser suya. En el sexo, West, era inigualable, era más serio, pero la hacía sentir y temblar como su hombre, fuera como fuera, era suyo y ella gemía y gritaba su nombre. Y supo que nadie sería como él, por muchos hombres buenos que tuviese, lo que sentía con él no lo había sentido con Samuel, ni lo sentiría con nadie, aunque el sexo fuese bueno, lo suyo era una conexión más allá de lo espiritual, ella también lo quería, pero tenía que pensar, y para ello tenía dos meses sin él y sus vacaciones.

—Chiquita —le dijo mientras se besaban y él la tenía abrazada y con los ojos cerrados.

—Te amo tanto... si me amaras sería el hombre más feliz del mundo enana.

—Dame tiempo West. Quiero estar segura, que me gustas, es seguro, que eres el primer hombre y con el que más siento también.

—¿Más que con Samuel?

—Muy a mi pesar, era fantástico, divertido, extrovertido y la vid con él era muy fácil, pero como te digo, sentir, sentir como tú ninguno y él la abrazó, pero eso no significa, aunque —¡Ay, Dios!

—Pero salgamos juntos de nuevo, dame una oportunidad, esta vez no la fastidiaré, nena.

—Pero si vamos a estar separados.

—Solo un mes y poco y te llamaré o te mandaré mensajes o emails, no pienso perderte de nuevo, pequeña. Pero si te acuestas con otro me lo dices. Yo pienso serte fiel.

—No voy a acostarme con otro si salgo contigo, nunca lo he hecho, lo hicimos cuando lo dejamos. Nunca hemos sido infieles.

—Yo sí que me sentí infiel cuando me acosté con Marlene la primera vez.

—Está bien, saldremos de nuevo, nos daremos una nueva oportunidad, West, pero no me cortes las alas porque entonces volare libre ya sin ti.

—Iremos donde queramos.

—No se trata de estar todos los fines de semana por ahí a todas horas, no era eso lo que yo te pedía.

—Lo sé, no me lo recuerdes.

—Es solo que alguna vez me gustaría salir, al parque, de compras, a cenar o si no tenemos trabajo fuera y quedarnos en un hotelito, cosas así, que nos renueven y nos saquen de la rutina.

—Y eso haremos, enana.

Y ella se abrazaba a su pecho fuerte, y le tocaba la barba y lo besaba.

Y se subió en su cuerpo grande.

—Loca...

—Te gusta.

—Me encanta, sí. Ahora mismo soy el hombre más feliz del mundo con mi chiquitilla y se puso un preservativo, la alzó y la penetro sin más hasta el fondo.

—Dios West, ¡Oh, Dios madre mía!

Y cabalgó sobre su hombre hasta estallar en mil pedazos.

Fue una noche de reencuentro, mágica para ella, el calor del cuerpo, de él en su piel, la abrazaba posesivo.

Tenía que enseñar a amarla, aunque fuese años mayor que ella, y lo iba a conseguir como que se llamaba Blanca.

Pasaron juntos todo lo que pudieron hasta que West se fue de vacaciones y los días que vino también.

Y se despidió de él que iba a su Sevilla de su corazón, la que tanto amaba, tan bonita en primavera.

Los dos meses que estuvo sin él salvo cuatro días entre las vacaciones de West e irse a España, la llamaba a diario, hablaban, le decía que la amaba, que era su chiquita, cuando estaba en Sevilla, que hacía un calor horrible, pero como en Nueva York, pero por las noches era preciosa, que quería montarse en un barquito por el río con ella cuando fuera, y que había visto las playas cercanas, podía ir a Cádiz a las de Huelva y ella se reía de cómo pronunciaba los lugares.

Casi le tenía preparadas las vacaciones, pero ella pasaría al menos diez días en Cádiz y comer pescadito frito, que se fuera el fin de semana, luego podía llevarlo a Matalascañas, enseñarle el Rocío, o ir a Córdoba que estaba cerca. A Huelva y comer chocos y pescado y cómo no Sevilla, tendría que invitarlo a su casa también.

Ella hacía planes, feliz. Después de lo de Samuel, lo había pasado muy mal pero ya habían pasado cuatro meses y seguro a él le pasaba lo mismo, tenían que pensar en hacer sus vidas. Y como West le dijo, la esperaría.

Le decía que estaba loco por ella y chapurreaba algunas palabras en español cuando llamaba, y ella se reía y lo corregía. Iba a enseñarle el idioma.

Y por fin llegaba septiembre y ella se iba de vacaciones, su familia estaba contenta, su hermana, con ganas de verla y ella estaba preocupada, para empezar a ser feliz, tenía una preocupación que la angustiaba y que se lo diría a su hermana, a nadie más. Llevaba dos meses de retraso en la regla. Habían usado preservativos, pero ya no tomaba pastillas hasta octubre que quedó con la ginecóloga y se temía lo peor. Y eso era ahora en su vida un caos si era cierto.

Pero dejaría eso hasta llegar a Sevilla y hacerse un test, tenía miedo en sus vacaciones de saberlo.

Iba tomarse sus vacaciones. Y disfrutar de ellas y de West.

Cuando llegó a su casa, un año después, sus padres la abrazaron.

—Dios mío hija, estás más mayor, más guapa.

—Hermana hija, qué guapa, se ve que te ve bien.

—Me va bien, he ahorrado un poco y todo.

—Cuando le preguntó su hermana, que era para el dinero tremenda...

¿Qué tienes?

—Tengo casi 80.000 dólares.

—Mamá, esta niña es una hucha. Tenemos que ir de compras.

—¿Para que pague yo? —Se reía Blanca.

—Pues claro.

—Pero si os he traído regalos...

—Eso no tiene nada que ver —y se reían.

—He ahorrado y trabajado mucho, y me han dado algunos extras que he ahorrado y eso que el apartamento me cuesta 3.700, con el garaje, sin gastos, pero lo llevo bien.

—¡Qué alegría que estés con nosotros!

—Venga a comer —Dijo la madre.

Cuando habló más de una hora con su familia, se dio una ducha, su madre le preparó la comida y se acostó hasta el día siguiente. Antes de dormirse, le mandó un mensaje a West.

-He llegado. Mañana hablamos voy a dormir, pequeño. Besos.

-Te quiero chiquita, descansa.

Al día siguiente, sus padres estaban en el trabajo y su hermana y su cuñado también, y ella salió a desayunar una tostadita a su cafetería preferida, leyó el periódico y se fue a deshacer las maletas, y a hacer un plan de vacaciones.

Esa semana se iba quedar en Sevilla y saldría con West y lo invitaría un día a cenar.

West, le mandó la dirección de su piso, gracias que no lo compartía con el otro arquitecto. Eran pequeños y cada uno tenía el suyo.

Y por la tarde, les dijo a sus padres que iba a dar una vuelta, y fue a su casa. Cuando West, le abrió acababa de ducharse y llevaba la toalla alrededor de la cintura

Y ella entró, le dio un tirón y se la quitó.

—Loca enana...

—Ummm, estás bueno y llevo mucho tiempo sin tu pene —Y él se reía.

—Y yo también sin ti —Y se la llevó a la cama y le levantó la faldita que llevaba y le bajó el tanga y ella se quitó la camiseta y el sujetador y se abrió para él, que entró en sus nalgas desnudas y la chupó y lamio y se volvía loco y ella gemía como una gata en celo.

—¡Ah, Dios, West, ay dios mío! —Y se corrió en su boca, y él la besó. Se puso un preservativo, y entró en ella como un loco sediento y...

—Nena, no aguanto esta vez, te deseo demasiado....

Y fue una tarde noche de sexo ardiente, caliente y húmeda.

Salieron a cenar, unas tapas, ella llamó a casa y decirles que llegaría tarde.

—Me quedo esta semana aquí y el lunes me voy a Cádiz, voy a reservar en la Barrosa

—Me voy contigo el viernes y me vengo el domingo después de comer.

—¿Quieres?

—Claro. Me iré los fines de semana donde estés, eso seguro.

—Bien, pues el fin de semana este, nos montamos en el barquito y te enseño algo de la ciudad, vas a venir a casa cenar el viernes.

—¿Me invitas a tu casa? —Se sorprendió West.

—Claro que sí.

—¿Como qué?

—Como el chico con el que salgo.

Y West la levantó y la besó.

Y así fue como se reunieron el viernes todos como cotillos en casa de sus padres el viernes para conocer al novio de su hija, si salía con ella era su novio. Blanca ya les contó que lo habían mandado dos meses a trabajar a Sevilla al puerto.

Le dijo que llevaba dos meses trabajando por las vacaciones del resto de compañeros, pero que volvían en octubre los dos. Aunque no podrían irse juntos, ya que él tendría que esperar a la incorporación del compañero y ella incorporarse el uno de octubre. Pero no importaba.

El viernes fue una fiesta en casa de los padres de Blanca. Cuando vieron a ese gigante, el padre se reía de que su hija tan pequeña tuviera ese hombre tan grande. West, estuvo encantador, soltaba algunas palabras y otras ella las traducía, pero fue fantástico.

—Mamá...

—Dime hija...

—Me quedo con West hasta el domingo, luego me voy a la Barrosa el lunes. Alquilo un coche

el domingo. Quiero pasar unos días en la playa, al menos diez.

—Está bien, no somos tontos, hija.

—Gracias mamá. Hace dos meses que no nos vemos.

—Que te voy a decir, pásalo bien, es un hombretón guapo y te quiere, lo sé.

—Yo también lo sé.

—Si es un buen hombre...

—Sí, su familia es estupenda.

—Pues nada hija.

—Así que al final de la noche cogió unas cuantas cosas en una pequeña maleta y se fue con él a su apartamento

—¿Te han dejado?

—Vamos West, soy mayorcita.

—Es verdad. Pero no sabía si...

—Son muy amables y tu padre es gracioso.

—Sí, es el payaso de la familia, pero lo quiero tanto... Me vengo el domingo, alquilo un coche y me voy el lunes, si te vienes el fin de semana, necesito descansar, el próximo podemos ir a Huelva.

—Sí, tengo que tenerte o me moriré.

—No te vas a morir pequeño. Y algunos días me quedaré en casa, luego tenemos todo el año.

Y pasaron unas vacaciones estupendas, a West, le encantaba todo lo que ella le enseñaba, trabajaba mucho durante la semana, pero los fines de semana y algunas noches estuvo con ella, le gustó el Rocío, las playas, la vida allí, Sevilla. Estaba enamorado de ella locamente.

Era excepcional extrovertida y guapa. Su familia le encantó y fue otro día a tomar café antes de que ella tuviese que volver. De nuevo a la gran manzana y entre unas cosas y otras, se olvidó de la regla que tampoco le vino.

Con lo bien que lo había pasado con West y su familia en Sevilla y las playas. Se sintió melancólica, triste y llorosa.

No se le notaba nada, pero tres meses, eso ya era un embarazo en toda regla que tenía que saber en cuanto pidiera cita, antes de que volviera West.

Y cuando llegó a su apartamento, se duchó, bajó a comer y dormir hasta el día siguiente.

Y ese día siguiente, se dedicó a limpiar, comprar y preparar las cosas para el día siguiente entrar de nuevo al trabajo, pero en el super compró un test de embarazo, aunque llamaría a la ginecóloga para pedirle cita.

Temblando se hizo el test.

Y era tan positivo como ella, aunque ahora no tanto. Dios, con lo raro que era West... una cosa era salir y otra estar embarazada. Cuando pasara por la ginecóloga tendrían que hablar, primero lo confirmaría.

El lunes uno de octubre se reincorporó al trabajo y ya tenía un trabajo para realizar a solas, una galería de arte moderno. Y le encantó. Eso era tranquilo y con dos plantas.

Le encantó y se citó primero con los dueños. Y allí mismo en su despacho, pidió cita urgente con la ginecóloga. Por la tarde y se la dieron.

Ese día se dedicó a mirar galerías de arte, la ubicación dos avenidas más allá, cerca del parque. Iría en la camioneta, estaba a 40 minutos y cargada con las herramientas...

También salió a comer, no había tenido ganas de hacerse cena la noche anterior. En dos días se incorporaba West. Y ahora tenía miedo de verlo, un miedo horrible.

Cuando salió del trabajo, fue a tomar un café cerca de la clínica haciendo tiempo y cuando le

tocó su turno, entró temblando.

—¿Qué pasa mujer? —Le dijo la ginecóloga.

—Creo que estoy embarazada, me quitó las pastillas.

—Porque te las iba a cambiar ¿Has utilizado preservativos?

—Creo que no han dado resultado.

—Vamos a ver eso...

—Ay Dios, tengo miedo.

—Mujer tienes 26 años, una madre joven.

—Son tres meses ya sin regla.

—Bueno túmbate y le hizo una ecografía y la miró...

—¿Hay gemelos en la familia?

—Sí, él es gemelo de uno.

—Pues enhorabuena, Blanca tienes dos bebés.

—¿Cómo?

—Que vas a ser mamá de dos bebés.

—No puede ser.

—Lo es mira ahí a tus hijos, preciosos.

—¡Ay qué pequeñillos!

—Exacto, y mira qué corazones más fuertes. Son potentes, están muy bien Blanca, te voy a mandar unas vitaminas, y el mes que viene, te veo de nuevo, tienes que hacerte unos análisis y me los traes el mes que viene.

—Vale.

—Ahí lo llevas todo y te cuidas. Andar, nadar, nada de esfuerzos, tranquilidad y buena alimentación. Ven el dos de noviembre a esta misma hora y me traes la analítica. Si hay algo, me llamas.

—Está bien, hasta el mes que viene.

—¡Dios mío! —dijo al salir...

CAPÍTULO NUEVE

Al día siguiente venía West de Sevilla y tardaría dos días en incorporarse al trabajo.

Esa noche la llamó y estuvieron hablando como si nada, ella quería hablarle del tema cuando volviera y hubiese descansado.

—Ya mismo estoy contigo chiquita. Hace una eternidad que no te veo.

—Pero loco si hace unos días tan solo...

—Como si fueran cien años, tengo que llevarte a casa de mis padres y esta vez será diferente.

—Está bien, cuando vengas. Lo que tiene que hacer es descansar y ya nos vemos.

—Bueno, pequeña te dejo, termino de preparar todos.

—Vale, hasta mañana o pasado.

—Pasado quizá que esté descansando voy cuando salgas del trabajo.

—¿Qué te han dado?

—Una galería de arte moderno, preciosa.

—Siempre te dan lo mejor.

—Lo merezco.

—También es cierto chiquita, te amo. Hasta mañana.

—Adiós loco.

Al día siguiente llegaba West a Nueva York de madrugada, llegó a casa y lo primero que hizo fue dormir al menos doce horas. Se levantó y fue a desayunar, la chica que tenía para la casa, le había limpiado y llenó la nevera. Y mientras desayunaba, le deshizo la maleta y le puso unas coladas.

—Gracias Macy, eres un sol y las cosas del despacho.

—Se las he dejado encima da la mesa.

Y él se metió a organizarlas para llevarse solo sus cosas al trabajo, el resto lo había dejado en la oficina de Sevilla.

No esperaba más cambios, que no le hubiesen puesto a nadie en su despacho y que le dieran un buen trabajo para empezar bien el año.

Y tenía ganas de ver a Blanca, cuando fuese a su casa, le iba a llevar flores y una tarta y tomarían café. Y le hacía el amor hasta dejarla loca.

Se le había metido en la piel. No podía estar sin e ella ya y no lo estaría.

Cuando llamó a su puerta esa tarde, aún no estaba, habría bajado a la piscina y esperó en la puerta. Cuando la vio salir del ascensor, estaba preciosa.

—¿Dónde está mi chica favorita?

Y ella se echó en sus brazos.

—¡Ay, Dios West! Te he echado de menos tanto...

—¿Qué traes loco?

—Rosas para mi chiquita y una tarta para el café.

—Me temo que antes debo darme una ducha.

—Sé esperar.

Y cuando salió del baño, él la esperaba sentado desnudo en la cama.

—¡Ay qué loco estás!

—Sí, pero mira cómo estoy...

Y ella se quitó la toalla.
—Tengo el pelo mojado.
—Te lo seco un poquito mientras me tocas.
—Malvado...
—Y se metió entre sus piernas y le arrancó un orgasmo rápido y breve.
—Anda sécate el pelo que te vas a resfriar.
—Sí, como si fuese tan fácil, no puedo respirar tanto.
—Te espero.
—Cuando salió del baño con el pelo seco...
—West. Antes de que sigamos quiero decirte algo. Tenemos que hablar.
—Esto es serio.
—Sí, lo es, estoy muy preocupada.
—Pero es sobre nosotros.
—Es sobre nosotros, me vas a dejar.
—Nunca te dejaría, pero tú quizás, sí, después de saber lo que voy a decirte.
¿Te has acostado con otro?
—¿Cómo crees bobo?
—Entonces no hay nada que no podamos superar.
—Esto sí y por partida doble
—¿Cómo?
—Estoy embarazada West.
—¿Que estás qué?
—Vamos a ser papas. Estoy de tres meses, creo que casi desde que empezamos a salir de nuevo.
—¿En serio?
—Sí.
—Pero eso es perfecto, no me importa, es más, me encanta que estés embarazada, y no me has dicho nada en vacaciones mujer...
—No he dicho nada a nadie hasta estar completamente seguros, no tengo síntomas, solo me faltaba la regla.
—Vamos a tener un bebé.
—Eso es lo malo.
—¿Cómo que lo malo?
—Que son dos bebés
—¿Que son... gemelos?
—Eso mismo, como tu hermano y tú, gemelos, pero no sabemos el sexo.
—Serán niñas.
—¿No estás enfadado?
—Para nada, estoy. estoy... Voy a ser padre de gemelos.
—Y nada más es lo que sé. West.
—Lo que sean. Sabes que te amo, tanto...
—Yo también te amo.
—¿Me amas?
—Sí, te he amado siempre.
—Tenemos que hacer muchos planes nena. No caben en tu apartamento y no te dejaré sola, no quiero que te marees o algo.

—No soy de dulce, West.
—Me da lo mimo te cambiarás a mi casa e iremos a decírselo a la familia.
—Me da miedo decírselo a la mía, se lo diré por Navidades.
—Tanto tiempo, sí.
—Se van a llevar una gran sorpresa.
—Es que soy tan joven...
—Venga, tienes 26 años, eres toda una mujer y serás una mamá estupenda. La mujer de mi vida y la madre de mis hijos.
—Pensaba que te ibas a enfadar conmigo.
—¿Por qué?
—Porque la doctora me dijo que descansara de las pastillas y ha sido un fallo del preservativo.
—Bendito fallo. Vamos a ser unos papas jóvenes y lo mejor, seré padre antes que mi hermano, que por cierto se han comprado un gran apartamento. Van a casarse en febrero.
—¿En serio?
—Pero en febrero estaré como una foca. Casi voy a tener los bebés para esa fecha.
—Pues los tienes.
—No quiero estropear la boda de tu hermano ni de la novia. Yo no soy la protagonista.
—Y no la estropearás. Mujer. ¿Nos casamos antes?
—No, para nada, no quiero casarme antes que tu hermano, están preparando su boda, no quiero pasar por encima de ellos, ya te lo he dicho, esperaremos a que tengamos los bebés y ya planeamos si quieres casarte conmigo.
—¿Cómo que si quiero?, nos vamos a casar eso seguro.
—West. No seas loco, vamos por partes.
—Pero al revés de mi hermano.
—Será al revés.
—Como quieras chiquita, pero en una o dos semanas estrás en mi casa viviendo. El fin de semana vamos a ver a mis padres y se lo votamos.
—Ahora sí que iré temblando.
—Ven aquí boba. ¿Entonces podemos hacerlo sin nada?
—Sin nada, hace tiempo que solo somos dos y no hemos tenido a nadie más.
—¡Ay, Dios! Ahora el que tiembla soy yo, nena, ¿Te cuento un secreto?
—Me lo vas a contar de todas maneras...
—Todas las mujeres de mis hermanos han sido vírgenes y lo hicieron sin nada solo con ellas.
—¿En serio? —Y se reía...
—Sí, pero algunos fuimos tontos unos meses como yo y os dejamos en manos de otras.
—Y verás la que se va a liar en Acción de Gracias en casa con tanta gente.
—¡Ay, Dios mío!
Y le hizo el amor libre de ataduras.
—¡Oh nena, chiquita, entrar así me matas, es oh, Blanca...
—¡Ay, Dios West, madre mía, mi amor, te quiero!
Y él la amaba como un cóndor en la noche, volando sobre su niña de fuego, radiante para él solo. Hasta derramarse en su vientre de niña.
—¡Ah, Dios! —Y se quedó así. Y se echó a un lado.
—Esto es lo más pequeña.
—Sí que lo es. Yo tampoco lo he hecho nunca sin protección.
—Vamos a tener dos bebés sembrados —y a ella le dio por reír.

—¡Pero qué tonto eres!

—Los regaré bien que nos salgan grandes y no enanitos como su madre.

—A que te doy...

—¡Ay, pero qué amazona!

—¡Ay, Dios qué te quiero nena!, eres lo mejor que me ha pasado en la vida, ¿sabes? Nunca he sido tan feliz.

—Si tuviera más hermanos todos estaríamos locos por andaluzas pequeñas. Es que y soya cuatro con mi madre y está mi hermano Alex. Sois mayoría.

—Tenemos algo especial para tu familia.

—No sé, pero tú lo tienes para mí.

—Y tú también —y tocaba su miembro que se elevaba como una llama tiritando.

Ese día la abrazó fuerte y no dejaba de besarla y acariciarle la tripa.

—Se me notará el mes que viene, y estaré como un tonel cielo, y si me echan del trabajo...

—No seas boba, quien te va a echar. Nadie y si te echan, tienes a tu hombre y cuando los bebés sean grandecitos buscas, pero no creo que el señor Velasco te eche, eres su favorita.

—¡Ay dios cuántos problemas!

—De momento ir mañana yo al trabajo y por la tarde vamos recogiendo tus cosas y le dices a la agencia que te vas. Estarás un poco más lejos del trabajo, pero venimos juntos.

—No te molestaré.

—Me molestará que no te vengas.

—Con mi despacho tan coqueto...

—Lo metemos en el mío hacemos un hueco.

—Dejemos una habitación para los pequeños querrán estar juntos.

—Sí, eso pienso hacer y dejar otra para invitados y si contratamos una chica al principio. Para que te ayude.

—Te voy a dar mucha lata, cielo.

—Y te ahorrarás tu sueldecillo.

—No, tengo que darte algo por estar en tu casa.

—Nada.

—La comida al menos, eso sí o no me voy y el alquiler de la plaza de garaje también.

—Bueno, te dejo eso, pero el resto es mío.

Y cuando era tarde se fue a casa, no sin darle miles de besos.

La semana siguiente la dedicaron a llevar todo lo de Blanca y recolocar el despacho y sus cosas. Ella le dio con sus adornos un toque personal a la casa de West.

West la dejó porque decía que su casa era más minimalista. Pero era preciosa, además tenía dos vestidores, le dejó uno para ella y la ropa que no era de temporada la metieron en la habitación de invitados y la parte de la cómoda y una mesita de noche.

—Yo creo que ha quedado perfecto todo, ¿Verdad nena?

—Sí, el despacho está precioso, menos mal que es espacioso y mis muebles son parecidos a los tuyos, pero cuatro mesas y muebles... Gracias que es amplio.

—Ya estás conmigo, el domingo vamos a casa, ya están avisados mis padres. Vaya semana que hemos tenido de acá para allá, y mañana si quieres podemos ir de compras hace frío y comemos fuera.

—Sí, necesito alguna ropa de abrigo ya.

—Pues salimos después de la piscina, desayunamos y antes de venir tomamos algo, mañana no se hace nada más, por la noche pedimos para comer.

—Puedo hacer algo de cena.
—Si quieres, si no pedimos cielo que tienes que descansar.
—Contigo detrás de mí a todas horas no descanso.
—Mujer es que aún con esas faldas y sin nada, me tienes todo el día tras tus huesos y tras estas caderas que me matan.
—Es que te gusta en cualquier lado.
—Es más erótico boba.
—Si no me quejo.
—Nunca te quejas, por eso me pones tanto y te quiero.
—Ven anda, que Macy nos ha dejado cena.
—Ahora tiene dos horas.
—Le he subido dos horas más, pero eso es por mi cuenta.
—West...
—Vamos si nos vamos a casar el año que viene, no seas boba.
—Dios, estoy en deuda perpetua contigo.
—Y yo en perpetua excitación, así que me pagas en carne y estamos en paz.
—¡Pero qué tonto que eres!
—Sí, me estoy volviendo tonto desde que sé que voy a ser padre.
—¿Crees que seré un padre simpático y que juegue con mis hijos o seré serio como me decís?
—Estás cambiando mucho, así que cuando tengas a los peques, serás un padre excelente. Ya verás.

El sábado se fueron de compras y lo pasaron maravillosamente bien y por la noche West le dijo que estirara la mano y le abrió una cajita de rodillas cuando estaba en el sofá sentada.

—West...
—¿Te vas a casar conmigo chiquita?
—¡Ay, West!, es precioso, es maravilloso —y se emocionó.
—Vamos tonta, no llores, ¿eh?
—Es que hemos pasado tanto, no me querías...
—Siempre te he querido, desde que entraste con esos escotes y esas faldas en mi despacho y me lo quitaste. Eres tú la que no me quisiste un tiempo.
—No seas tonto, te quiero por siete.
—Bueno, siendo sí... Te pongo este anillo.
—Es precioso, sí, me casaré contigo.
—Lo sabía, con dos bebés como para no.
—¡Que tonto! Te quiero y se abrazaba a él y se tiró encima de él le bajó el pantalón y bajó su sexo de lluvia moviendo su longitud de hombre y chupando su miembro como a West tanto le gustaba.

—¡Ay mi chiquita, vas a acabar conmigo, ah, Dios Blanca, qué me haces! Por Dios nena que estoy que exploto... y explotó como una lluvia blanca de nieve.

—Dios nena, eres... la mejor haciendo esto.
—Y que no me entere yo de que hay otra que te lo haga.
—Jamás y eso es mío, tocando su sexo mojado.
—Para siempre.
—Espera que me recupere.

El domingo cuando fueron a comer a casa de sus padres, estos se alegraron inmensamente, ya la conocían y sabía que su hijo era feliz cuando la miraba, y él le enseñó el anillo.

—¡Dios mío, mi West, quién me o iba a decir que se iba comprometer! —Dijo la madre.
—Pues ya vez mamá, la te quiero.
—Hijo ya sabes —Dijo su padre.
—Sí, papá, que la trate bien, que la quiera.
—Pues si ya lo sabes...
—Pues tenemos algo que deciros más. —Mientras tomaban café. —Vamos a ser papás.
—¿Cómo?
—Que vamos a tener gemelos.
—¡Ay, Dios mío, dijo su madre, los primeros gemelos de la familia!
—Mamá los segundos.
—Es verdad, los segundos. Me emociono.
—¿Y cómo estás Blanca?
—Pues no tengo síntomas, estoy de tres meses y medio, quizá en noviembre sepamos el sexo.
—Espero no dar a luz para cuando John se case, porque no quiero estropear nada.
—No te preocupes, los niños vienen cuando tiene que venir, y ya está. ¡Ay dios otros dos nietos de golpe!
—Lo celebraremos en Acción de Gracias, estaremos todos esta vez, hasta mis nietos-
—El padre estaba encantado.
—Esta casa se va a llenar de niños.
—¿Entonces no os casáis?
—No, quiero dejar que John y Fanny tengan su día, hemos pensado que cuando los pequeños tengan unos meses y pase la maternidad, para el año que viene por estas fechas o en octubre, depende de las vacaciones y haya recuperado la figura.
—Me parece bien. Os vais a casar el mismo año, hijo.
—Sí, eso es. Para algo somos gemelos.
—¡Qué alegría, hija! No paraba de decir Mónica.
Les contaron que estuvieron en la casa de sus padres en Sevilla, que vivían juntos en casa de West, porque no quería dejarla sola y su padre dijo que eso estaba muy bien, y todo lo que vieron en Andalucía... Y cuando terminaron el café y con la tarta, se despidieron de ellos dando un paseo.
—¿Qué te parece West? —le preguntó Mónica.
—Todas chiquitas y andaluzas y todas preciosas como la matriarca del clan Amder.
—Pero cómo eres...
—Me gusta mucho es muy risueña y como tu hijo...
—Y el tuyo...
—Y el mío es tan serio, llegará un término medio. Lo he visto cambiado, enamorado y preocupado por ella y eso es bueno, lo que yo hago contigo y lo que vamos a hacer ahora mismo.
—La mesa West...
—Deja la mesa, ya quitamos suficientes durante la semana, unas horas no le va a pasar nada, y se la echó al hombro como hacía siempre.
—¡Ay, West, ¡qué bruto que tengo una edad... —Y ella se reía.
—La mejor de las mejores pequeña.
El mes siguiente se enteraron de que eran dos niñas, y West estaba que no cabía en sí de gozo.
—Así seré el rey de la casa si no tenemos más.
—Que no tenemos más es seguro pequeño, doy fe,
El señor Velasco les dio la enhorabuena a los dos y ella se alegró porque no tenía intención de

echarla. Y se sintió feliz.

En Acción de Gracias, se juntó toda la familia, tenía ganas de conocerla. Ya estaba gordita, de cinco meses y medio casi y West la veía resplandeciente y guapa. Elegía mallas y rebecas largas y jerséis largos y ropa que se notara su vientre, no le gustaba la ropa ancha, decía que parecería una vieja y West la veía hermosa.

Toda la familia quiso tocar la barriga de las gemelas, aún no sabían qué nombres ponerles. Y ella dijo que quizá la de las abuelas, pero que lo pensarían y lo dirían para Navidad.

Sofía y Fanny y ella, hicieron un piña y se llevaban estupendamente y sus hijos y lo que Mónica siempre quiso fue tener un familia en la que no hubiera envidias ni malos entendidos, y lo había logrado, sus hijos eran para ella los mejores y ellas eran preciosas y simpáticas y buenas para sus hijos, no podía esperar ninguna mujer mejor para cada uno, ni que sus hijos se llevaran tan bien, siempre estaban bromeando, sobre todo John, que era un bromista empedernido y le echaba el brazo por encima a Blanca y Fanny ni se enfadaba, lo conocía ya.

—¿No te estás equivocando de mujer? —Le decía West.

—Ay perdona hermano, que es la tuya.

Y todos se reían, era tremendo, pero pasaron un día maravillosos con los niños de Alex, Ana y Alex que se reían con sus tíos y siempre estaban en brazos de sus abuelos.

Cuando llegaron a casa, ella llegó rendida pero contenta

—Ha sido una noche especial. He quedado con las chicas para comprar los regalos y salir de compras, tu madre se ha apuntado.

—Vaya, andaluzas por Nueva York, menudo peligro.

—Tú sí que eres un peligro para mí.

—¿Cuándo?

—A todas horas, voy a lavarme los dientes y te espero desnuda en la cama.

—Mira mi mujercita, luego dice que yo, eres una mandona.

—Me gusta mandar.

—Entonces te pones arriba.

—Por supuesto Par empezar.

Y la besaba sin remedio.

—Estoy loco por ti nena, embarazada me resultas preciosa y me pones más aún.

—¿Con esta panzota que me está creciendo?

—Con esa panzota, enana y todo, te amo más que nada en la vida.

—Cuando tengas tus niñas ya no me querrás la primera, te querramos todas a ti.

—Por eso quería niñas.

—Estás loco, sí.

—¿Has pensado en los nombres?

—La de las abuelas me parece bien como dijiste, Mónica y Carmen, son bonitos.

—¿Sí, ¿verdad?

—Sí.

—Pues ya tienen nombres.

—Lo diremos en Navidad.

En Navidad lo dijeron y Mónica se emocionó porque iba a tener una nieta con su nombre, Habían decorado la casa de West, que nunca había puesto árbol, pero ella tenía la decoración lista de su casa el año anterior y otra que compró y quedó preciosa, y él puso la estrella y los adornos de la parte alta.

La Navidad, el 24 en casa de Mónica fue, una revolución de regalos y de risas, comidas y hasta

West padre tuvo que subirse un par de mesas de la cafetería cuando la cerró esa tarde.

Fue una noche mágica, como en Acción de Gracias, todos llevaron comida, dulces, galletas.

Entre todos recogieron en un segundo para no darle trabajo a Mónica y cada uno se fue a su casa.

La siguiente vez que coincidieron toda la familia fue en la boda de John y Fanny. La boda estaba muy adelantada, se casaban el 13 de febrero y después de las fiestas de Navidad, empezó la revolución de la boda de John y Fanny.

Ella se compró un vestido elástico malva oscuro precioso, tenía ya una panza a punto de explotar, la ginecóloga le dijo que le quedaba diez días o una semana y tenían toda la habitación lista, habían comprado todo para las pequeñas y contratado a una chica para cuando diera a luz. Todo estaba listo.

La boda de John fue fantástica, lo pasaron de maravilla toda la familia, hasta ella bailó, pero ya estaba muy pesada y las niñas se movían y no la dejaban tranquila.

Blanca quiso ir al trabajo hasta el final del embarazo y cogerse las vacaciones y maternidad incluida. Y entrar a finales de agosto, si daba a luz a finales de febrero.

Y así poder meterlos luego en una guardería. Ese era el plan que tenían.

—¿No nos dará pena? —Decía West.

—Tendrán casi cinco meses mi amor, todos los niños van a la guardería y tienes que relacionarse y ser bueno para ellas, luego estamos toda la tarde con ellas.

Y a los diez días justos de la boda de John, ella se puso de parto, al salir del trabajo, el 23 de febrero y West pidió un taxi y la llevó al hospital.

Ella le dijo que le llevar los bolsos, pero él no estaba dispuesto a ir hasta que estuviese bien y las pequeñas también.

Y tuvo dos niñas preciosas, sin cesárea que era lo que ella más temía. El parto fue tan corto que pensó que no llegaban al hospital.

Cuando llegaron sus padres, él fue casa a por los bolsos y estuvo allí de nuevo en media hora.

—¿Cómo estás cielo?

—Estoy bien, he parido mi amor, y todos se reían, solo son cinco puntos casi nada, ha dicho el ginecólogo.

—Ahora tren a las niñas, nos han dado las bandas para que le pongamos el nombre, habrá que distinguirlas.

—Yo sé distinguir a mis hijas. —Dijo West, todo orgulloso.

—Eso lo veremos y les pusieron el nombre,

—Son tan bonitas, morenas y con los ojos oscuros como su padre.

—Fuera ojos verdes, dijo Blanca y hasta el padre de West, se rio.

—Tenemos buenos genes nura —Decía el abuelo.

—Eso me temo.

—Todos estaban locos con las bebés tan bonitas parecidas a su padre —y llamó a su casa a decirles a sus padres que había tenido las niñas y les mandaron unas fotos.

Dijeron que irían en vacaciones, pedirían en junio e irían a conocer a sus nietas y su hermana también. En otra fecha por no estar todos juntos, verían a Nueva York que no habían estado nunca y a su hermana, su cuñado era un viajero de campeonato.

Y el tiempo pasó inexorable. Tuvo ayuda los primeros meses y cuando entraron a la guardería, ella se incorporó al trabajo a finales de agosto. Habían ido sus padres y su hermana y su cuñado.

Había sido tan feliz... — Sus niñas crecí tan rápido, West, seguía loco con las niñas y con ella cuando retomaron sus relaciones y ella volvió a tomar pastillas.

Y la vida volvió a la normalidad.

Y en septiembre él le dijo que debían preparar la boda y otra vez van a venir mis padres.

—Les pagamos el billete cuando nos casemos. Reservamos dos habitaciones de hotel y les pagamos el vuelo.

—Sí, eso sí.

Y se casaron tres días antes de Acción de Gracias, prepararon una boda súper rápida, con todos sus familiares, su hermana le llevó el vestido de Sevilla, porque tenían la misma talla, precioso con una, mantilla española.

Eligieron el mismo hotel que su hermano John y todo igual, hasta la organizadora y la misma iglesia, y fue todo maravilloso.

West era el soltero que quedaba, pero se casó el mismo año que su hermano.

Sus padres se fueron y celebraron Acción de Gracias de nuevo y otra Navidad en casa de los abuelos y esta vez la sorpresa fue de Fanny y John que iban a tener gemelos.

Y tuvieron dos niños gemelos.

Fue una fiesta, porque eran también iguales a su padre.

Ellos se tomaron su luna de miel el siguiente año, aunque las pequeñas ya tenían año y medio, se las llevaron a un rancho en Montana de recreo, y lo pasaron montándose en ponis, había un parque para niños, y el aire de la montaña era magnífico para los niños.

Dieciocho años después...

—Cariño, se nos van a la Universidad, nos quedamos solitos, mis niñas.

—Vamos cielo, nosotros también nos fuimos. Y están cerca mujer. Van donde fue su papá.

—Y harán buenas carreras y tenemos dinero del que nos dieron tus padres y el que hemos ahorrado para sus estudios y comprarles un apartamento como hicieron contigo, mi amor.

—Fíjate Carmen quiere hacer Psicología, y Mónica, va a hacer Derecho y Dirección de empresas como mi madre.

—¿Son preciosas verdad?

—Son las niñas más bonitas del mundo, y estoy orgulloso de ellas. Hemos hecho un buen trabajo chiquita.

—Y yo también mi amor, pero nos quedamos con el nido vacío ya unos años o para siempre.

—Pero a cambio podremos hacer otras cosas...

—¿Cómo cuáles?

—Sabes cuales tontorrón... —Y se la cargaba a hombros al dormitorio.

—¡Ay, West tonto! te amo...

—Y yo a ti chiquita, pero vamos a lo que vamos...

Unos años más tarde...

—¿Crees que lo conseguiremos mi amor? —Le decía Mónica a su marido West.

—Espero que sí.

—¿Entonces nos ponemos manos a la obra?

—Sí, va a ser grandioso y va a ser difícil y complicado, pero vamos a intentarlo. Nosotros pagamos todo, las reservas, el avión, los alquileres de los coches y la estancia de todos, de nuestros hijos y nietos, hay que calcular las cabañas. Espero que tengan para todos porque vamos a ocupar todo el lugar.

—Hay que con seguir que todos tomen las vacaciones el mismo mes, eso es lo complicado.

—De eso me encargo yo —decía Mónica—, aunque tenga que llorarles, pero no puede faltar ninguno. Solo es una semana, el que no pueda en vacaciones, que la pida, así de claro.

—Va a ser fantástico, no se lo va a creer nadie cielo.

—Sí, vamos a volver al rancho, a mi rancho, donde cocinabas. La verdad que el cambio de rancho de animales a rancho turístico ha sido genial, las vistas maravillosas y las cabañas me encantan.

—Los chicos lo van a pasar estupendamente.

—El que más lo recordará será Alex, los gemelos quizá un poco, pero eran más pequeños.

—Me encantaría ver a nuestros hijos y nietos todos juntos, donde nos conocimos, el origen de mis abuelos y mi madre.

—Quizá esté aún el pequeño cementerio.

—Si está, llevamos flores.

—Por supuesto.

—Es que hace 50 años que nos casamos en ese rancho y pasar juntos tantos años amándonos, es difícil de conseguir

—Nuestras bodas de oro. Será nuestro regalo.

—Debería ser, al contrario.

—Sabes que están ocupados y nosotros los amamos tanto... Somos una gran familia.

—Sí, cuando nos juntamos, tienes que ser en un hotel ya o un restaurante.

—Mejor, así no recogemos.

—Toda una vida contigo y sigues igual de guapa que siempre.

—Sí, claro, igual que cuando nos conocimos. —Ironizaba Mónica.

—Para mí sí. No ha habido otra y hemos trabajado mucho codo con codo.

—Siempre juntos.

—Bueno vamos a ponernos manos a la obra primero a Alex y a Sofia sus hijos, a John y Fanny y los gemelos a West y a Blanca y a las gemelas.

—A convencerlos.

—Si tú no eres capaz, nadie lo será, pequeña.

—Te amo West y tengo miedo.

—De que...

—De que me faltes o te falte, mi amor.

—Es ley de vida pequeña, pero lo que nosotros hemos vivido nadie lo ha hecho o muy poca gente, y no quiero que pienses ahora en eso, aún somos jóvenes y vamos a estar felices con nuestros hijos en tu rancho.

—¿Crees que podremos?

—Sí, lo veo. Nos veo a todos juntos felices.

—¿Te has vuelto adivino?

—Lo veo como tú viste nuestra cafetería.

—Está bien, hago las llamadas...

—Dame un besito antes

—Cómo no, mimoso...

Querían tener el último sueño de su vida, reunir a sus nietos novios o novias o parejas y a sus hijos y estar todos juntos una semana en el rancho que una vez fue suyo.

Se habían enterado, bueno West se había enterado de que habían hecho de él un rancho turístico unos años atrás, mirando para ir a pasar unas vacaciones con Mónica y lo vio. Se lo dijo a ella.

Y ahora querían pasar una semana con todos. Se harían cargo de los gastos, de todos, tenían y cumplían sus bodas de oro, cincuenta años de casados, de amor inmenso.

Y se animaron a cumplir el sueño de ambos, estar todos juntos, porque conforme pasaba el tiempo siempre, faltaba alguno a las cenas familiares, era normal, tenían familias, pero esa era una buena ocasión para tenerlos a todos.

Y su sueño se hizo realidad, meses después. Todos acudieron al rancho Ponce, cuyo nombre ya había cambiado. Pasaron una semana en familia, montando a caballo, haciendo rutas, en la piscina y bailes por la noche... Incluso respetaron el cementerio que se amplió con otras personas

Alex le dijo a Mónica que el rancho de al lado, encima de la colina, fue de su padre Nolan.

Eran una gran familia y West y Mónica estaban tan emocionados de volver a su rancho... estaba precioso. Tenerlos a todos fue un agradecimiento a Dios por el amor que todos se tenían y en eso, ellos habían puesto todo de su parte.

Sus hijos les regalaron entre todos, una réplica del rancho de Dubois, de cómo estaba cuando Alex vivió allí 17 años, y John y su hermano diez años, tenía fotos antiguas y mandaron a hacerla al despacho de arquitectura de West, y sus nietos, se lo regalaron y Mónica y West se emocionaron, pero ellos sabían que su mayor regalo, era tenerlos a todos juntos, donde fuera.

Pero allí, fue tan especial... que no había más felicidad en el mundo para ellos porque allí, estaban su hijo Alex el mayor con Sofia y sus hijos Ana, la mayor de sus nietas y Alex, los gemelos de John y de Fanny, Peter y John, y las gemelas de West, Mónica y Carmen.

Todos conocieron sus raíces y todos hicieron felices a sus abuelos y les contaron la historia de cómo se conocieron, una noche en el porche de la cabaña...

Y la vida seguía, ahora con sus nietos. Y solo deseaban West y Mónica que fueran tan felices como ellos eran y como sus padres lo eran.

ACERCA DE LA AUTORA

Erina Alcalá, es poeta y novelista, nacida en Higuera de Calatrava, Jaén, Andalucía, España. Ha impartido talleres culturales en el Ayuntamiento de Camas, Sevilla. Ha ganado varios premios de poesía, entre ellos uno Internacional de Mujeres, y ahora escribe novelas románticas de corte erótico. También colabora con Romantic Ediciones en las que encontrarás parte de sus novelas. También publica en Amazon en solitario con bastante acierto entre sus lectores.

Entre sus obras, por orden de publicación encontrarás:

1	Una boda con un Ranchero	(Romantic Ediciones)	(Serie ranchos romántico-erótica)
2	Un amor para olvidar	(Romantic Ediciones)	(Serie romántico-erótica)
3	Cuando el pasado vuelve	(Romantic Ediciones)	(Serie romántico-erótica)
4	Un vaquero de Texas	(Romantic Ediciones)	(Serie ranchos romántico-erótica)
5	Tapas en Nueva York	(Romantic Ediciones)	(Serie romántico-erótica)
6	Otoño sobre la arena	(Romantic Ediciones)	(Serie romántico-erótica)
7	Tu rancho por mi olvido	(Romantic Ediciones)	(Serie ranchos romántico-erótica)
8	Un Sheriff de Alabama	(Romantic Ediciones)	(Serie ranchos romántico-erótica)
10	Una noche con un Cowboy		(Serie ranchos romántico-erótica)
11	Pasión y fuego		(Serie romántico-erótica)
12	El amor viste bata blanca		(Serie romántico-erótica)
13	Teniente Coronel		(Serie romántico-erótica)
14	La equivocación		(Serie ranchos romántico-erótica)
15	El otro vaquero		(Serie ranchos romántico-erótica)
16	El escocés		(Serie romántico-erótica)
17	El amor no es como lo pintan		(Serie romántico-erótica)
18	La lluvia en Sevilla es una maravilla		(Serie romántico-erótica)
19	Tres veces sin ti	Saga Ditton, I	(Serie romántico-erótica)
20	Consentida y Caprichosa	Saga Ditton, II	(Serie romántico-erótica)
21	Solo falta Jim	Saga Ditton, III	(Serie romántico-erótica)
22	Trilogía Ditton	Saga Ditton completa	(Serie romántico-erótica)
23	La chica de Ayer		(Serie ranchos romántico-erótica)
24	Escala en tus besos		(Serie romántico-erótica)
25	No tengo tiempo para esto		(Serie romántico-erótica)
26	¿Quién es el padre?		(Serie ranchos romántico-erótica)

27	Y tú, ¿Qué quieres?		(Serie romántico-erótica)
28	Segunda Oportunidad		(Serie romántico-erótica)
29	Te juro que no lo he hecho a propósito		(Serie romántico-erótica)
30	Los caminos de Adela		(Serie romántico-erótica)
31	La vida de Eva		(Serie romántico-erótica)
32	El número 19		(Serie romántico-erótica)
33	El Lobo de Manhattan		(Serie romántico-erótica)
34	Ojos de Gata		(Serie romántico-erótica)
35	Lo que pasa en las Vegas se queda en las Vegas		(Serie romántico-erótica)
36	El hombre que más amo		(Serie romántico-erótica)
37	I Mónica	Los Hijos de Mónica Amder	(Serie romántico-erótica)
38	II Alex	Los Hijos de Mónica Amder	(Serie romántico-erótica)
38	III John	Los Hijos de Mónica Amder	(Serie romántico-erótica)
39	IV West	Los Hijos de Mónica Amder	(Serie romántico-erótica)